

El P. Juan Antonio Martínez Camino responde con claridad meridiana y rigor histórico a 153 preguntas que recogen cuantas cuestiones suelen plantearse sobre la vida y muerte de Jesús, sobre sus andanzas, sobre sus milagros y sobre sus enseñanzas. Todo para poder dar una respuesta acertada a la pregunta definitiva:

“Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?” (Mt 16,15)

JESÚS DE NAZARET



9 788493 272876

JESÚS DE NAZARET

La verdad de su historia

JUAN ANTONIO MARTÍNEZ CAMINO

Secretario General de la Conferencia Episcopal Española



Lo que realmente sabemos de Jesucristo,
en un diálogo apasionante

JUAN A. MARTÍNEZ CAMINO

JESÚS DE NAZARET



Edi

JUAN ANTONIO MARTÍNEZ CAMINO

JESÚS DE NAZARET

La verdad de su historia

Edicel Centro Bíblico Católico

© Edicel Centro Bíblico Católico

© Juan Antonio Martínez Camino.
Catedrático de Cristología y Secretario General de la Conferencia
Episcopal Española.

Nihil obstat: Carlos Aguilar Grande
Imprimatur: Joaquín Iniesta Calvo-Zataráin

1ª Edición, julio de 2006
2ª Edición, octubre de 2006

Editorial:
Edicel Centro Bíblico Católico
C/. Bustamante, 35 - 28045 Madrid
Tel.: 902 444 550 - 915 063 650
www.edicel.com - edicel@edicel.com

ISBN: 84-932728-7-6

Depósito legal: M-40269-2006

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro en cualquiera forma o por cualquier medio, sea electrónico, sin autorización escrita del editor. Reservados todos los derechos.

Diseño y preimpresión:
A'Resti Multimedia y Comunicación S.L.

Impreso en España:
Franjograf

SUMARIO

Introducción

CONOCER A JESÚS

I

¿CÓMO CONOCEMOS A JESÚS DE NAZARET?..... 13

1. Los testigos: Jesús y la Iglesia..... 13
2. Los escritos: Jesús y el Nuevo Testamento..... 27
3. La historia: Jesús y los historiadores..... 43

II

¿QUÉ CONOCEMOS DE LA HISTORIA VERDADERA DE JESÚS DE NAZARET?..... 49

4. El final: pasión y resurrección..... 51
5. El comienzo: nacimiento y familia..... 77
6. La luz: bautismo, tentación y transfiguración..... 99
7. Los hechos: milagros y elección..... 119
8. Los dichos: la felicidad de la salvación de Dios..... 151
 - a) ¿Cómo hablaba Jesús?..... 152
 - b) ¿Qué decía Jesús?..... 160

- Bibliografía..... 174
Índice General de las 153 preguntas..... 177

Introducción

CONOCER A JESÚS

Contamos los años a partir del nacimiento de Jesús de Nazaret. Pero ni siquiera eso lo sabe todo el mundo; tampoco todos los cristianos. Hace algún tiempo, en una charla con jóvenes que se preparaban para recibir el sacramento de la Confirmación, hablábamos de Jesucristo. Empezando por lo más elemental, pregunté cuándo había nacido Jesús. Mi sorpresa fue grande al comprobar que las opiniones se dividían. Las había para todos los gustos. Pero curiosamente ninguna de las catorce personas presentes pudo dar una respuesta tan sólo aproximada sobre el tiempo transcurrido desde que Jesús vino al mundo.

¿Qué sabemos de Jesús de Nazaret? Él es, sin duda ninguna, el personaje sobre el que más se ha escrito. Los libros que tratan de él pueden llenar por sí solos una gran biblioteca. Se cuentan por decenas de miles. Sin embargo, hay mucha gente que no tiene ideas precisas sobre Jesús. Son bastantes los cristianos que no están bien informados sobre aquél que es el iniciador y el fin último de su fe. Se conforman con una creencia más o menos perezosa, recibida casi sin querer y sostenida por inercia. No se han preocupado de hacerse una idea definida de la figura de Jesús. Su fe queda así expuesta al capricho de los vientos de la crítica y de las opiniones infundadas, tan aireadas por la prensa, la televisión, el cine y las novelas. Pero la fe cristiana es amiga de saber; necesita, sobre todo, conocer lo que es vital para ella. Nada le puede interesar más que Jesús de Nazaret.

Hay mucho escrito sobre Jesús, pero ¿por dónde empezar? Unos libros son demasiado complicados o críticos. Otros, demasiado elementales o crédulos. Bastantes de los más difundidos hoy son, simplemente, fruto de la fantasía, benévola o maliciosa, novelesca o pseudocientífica. En estas páginas ofrecemos una información sobre Jesús fácil de leer, sencilla, pero suficientemente explicada y fundada. ¿Fundada en qué? En el método y en las fuentes fiables para conocer la verdad de su historia.

Somos creyentes, no puros historiadores, supuestamente imparciales. Algunos pensarán que es una desventaja; que para escribir la historia de Jesús de modo fidedigno sería mejor ser neutral, es decir, en su opinión, no creyentes. Pero tanto el creyente como el no creyente pueden comportarse de modo parcial o imparcial con los datos de los que dispone. La cuestión es acertar con el camino que hay que andar para encontrar lo que se busca, ser honesto y no falsear la realidad que los diversos documentos despliegan ante nuestros ojos. Nosotros haremos todo lo posible por presentar la realidad con objetividad. No tenemos ningún motivo para temer la verdad. El lector podrá comprobarlo por sí mismo.

Pero hay más ¿Quién puede ser, en realidad, neutral? ¿Quién no tiene ya una opinión o una idea sobre Jesús, si se pone a hablar en serio de él? Lo importante será acertar con la perspectiva justa para llegar a comprenderle de verdad. Tratar de situarse en un terreno de nadie, es condenarse de antemano a no entender la clave de su personalidad. No se puede confiar en quienes se presentan como neutrales ante Jesucristo y pretenden, al mismo tiempo, descubrirnos el secreto de su existencia. ¿Cómo van a haber dado ellos con ese secreto si de verdad se han mantenido a distancia de él? Para comprender hay que acercarse. Acercarse con honestidad, sin abdicar nunca de la propia razón. Pero hay que acercarse. Más, cuando se trata de comprender a una persona.

Nos acercamos a Jesús de Nazaret con un respeto y un cariño inmensos. Creemos que el respeto y el amor son, sin duda, mucho mejores consejeros para conocer su verdad que la distancia calculada o, por supuesto, que el desdén. Nos acercamos a él, también y sobre todo, con la fe que Dios nos ha dado. Porque en su persona hemos encontrado el cimiento firme sobre el que apoyar nuestra vida. Su palabra renueva en nosotros cada día la esperanza última. La actualización que celebramos de su muerte y de su victoria nos hace libres para no desfallecer ante nuestra culpa y para caminar con aliento renovado hacia la meta. No cabe, tal vez, mayor cercanía a una persona que ésta que la fe nos proporciona respecto a Jesucristo: la de su presencia misteriosa, pero real y viva, en el sacramento del cuerpo y de la sangre de Cristo, que hace a la Iglesia ¿Habrá mejor manera de conocerle de verdad?

Vivimos y venimos de la fe en Jesús, el Cristo, pero lo que escribi-

mos en estas páginas podrá ser entendido por todos. Al menos, por todos los "neutrales". Incluso los adversarios podrán leer con provecho esta historia, que les hará olvidarse de sus juicios negativos sobre Jesús, por el tiempo necesario para concederse una pequeña pausa de reflexión.

Conocer de verdad a Jesús es importante. Ningún otro hombre ha marcado la historia de la Humanidad como él. Nuestra cultura occidental resulta incomprensible sin algún conocimiento de Jesucristo. No es aconsejable para nadie vivir de estereotipos ni, mucho menos, de falsedades. Sobre todo, cuando se trata del único ser humano del que se ha dicho con seriedad por muchos, durante siglos, que en él está la clave de toda existencia, ya que en él es Dios mismo quien vive la historia atormentada de los hombres desde dentro de ella. Por fidelidad a esta convicción y por amor a Jesucristo han dado su vida miles, millones de personas. Y muchas más han encontrado en ella el sentido de su vida y de su muerte, de sus penas y de sus glorias.

Quienes creen que Dios se nos manifiesta y nos salva en Jesús de Nazaret no dudan de que han de conocerle lo mejor posible. Escribimos sobre todo para ellos, para facilitarles un conocimiento accesible de Jesucristo. Se trata de comprobar, primero, que Jesús de Nazaret es un personaje histórico, no una invención de nadie. Y, segundo, que ese personaje ha vivido y ha muerto de tal manera, que es razonable creer en él como el Hijo de Dios, como la encarnación de Dios mismo en la historia humana. Dicho de otro modo, se trata de mostrar cómo la verdad de la historia de Jesús de Nazaret es que Dios se ha manifestado en él como el misterio del Amor redentor, del que procedemos y hacia el que nos encaminamos.

Comenzaremos, pues, por explicar el camino que seguimos y en qué nos basamos para afirmar que Jesús es un personaje de nuestra historia y para conocerle de verdad: ¿Cómo conocemos a Jesús de Nazaret? Luego describiremos los rasgos más sobresalientes de su vida, buscando lo que en ella nos conduce a su secreto más profundo: ¿Qué conocemos de la historia verdadera de Jesús de Nazaret? Es un orden lógico, pero quien se acerca a estas páginas puede empezar a leer por donde le parezca más interesante.

Ésas dos grandes cuestiones las desentrañaremos en otras mu-

chas preguntas más pequeñas. Esperamos responder así, amigo lector, a tus interrogantes sobre Jesús. Al menos, a los más básicos. Porque, sin duda, acabarás por plantearle tú mismo a él la pregunta de tu vida; y será de él, y de su santo Espíritu, de quien recibirás la respuesta completa.



I ¿CÓMO CONOCEMOS A JESÚS DE NAZARET?

1. LOS TESTIGOS: JESÚS Y LA IGLESIA

1. ¿“Yo creo en Jesús, pero no en la Iglesia”?

Está bastante extendida la idea de que quien quiera conocer a Jesús de Nazaret tendrá que olvidarse de lo que la Iglesia ha venido diciendo de él desde hace siglos. Se desconfía de la visión que la Iglesia da de Jesús. Se piensa que no corresponde a la verdad de lo que Jesús fue en realidad. Se sospecha o se afirma que las enseñanzas eclesíásticas sobre él son invenciones más o menos brillantes, pero, en todo caso, falsas, que nos impiden acercarnos a la verdadera figura de Jesús.

En cambio, se supone que Jesús fue un personaje grande y fascinante. Se supone que él fue y quiso otra cosa muy distinta de lo que la Iglesia hizo después de su figura. Ya sería hora de encontrar de nuevo al verdadero Jesús: al Jesús de carne y hueso; al Jesús de corazón grande; al Jesús que ha descubierto a los hombres horizontes de humanidad y de solidaridad insospechados. Son muchos los libros sobre Jesús que prometen dar a sus lectores lo que la Iglesia les oculta sobre él. Hay un deseo de conocer su verdadero secreto. Y hay también quienes saben aprovecharse de este noble deseo.

Pues bien, separar a Jesús de su Iglesia es un fenómeno nuevo que tiene sus razones de ser históricas, pero que impide el acceso a la verdad de la historia de Jesús. Es un punto de partida bastante extendido hoy. Sin embargo, no es difícil caer en la cuenta de que no da lo que promete.

2. ¿Libres ya de la tutela y de la guía de la Iglesia para conocer a Jesús?

Se piensa que los adelantos de las ciencias históricas, de la

arqueología, de la historia de las religiones, etc., nos permiten ya conocer al verdadero Jesús sin necesidad de depender para ello de la Iglesia. En este campo, como otros muchos, podemos y tenemos que ser modernos. Lo moderno es ser libres para usar la propia razón. La libertad ha permitido el desarrollo de las ciencias. Ellas nos han traído el progreso en todos los ámbitos de la vida. Las ciencias naturales, producto de la libre investigación del mundo, nos posibilitan, por ejemplo, predecir el tiempo, alargar la vida, comunicarnos sin restricciones y ser, por tanto, más dueños de nuestra propia existencia.

Lo mismo habría pasado con las ciencias del espíritu. Antes dependíamos de ciertas autoridades para conocer nuestra historia o para pensar y proyectar nuestro futuro. Nos lo daban hecho. No teníamos acceso a las fuentes del conocimiento y de la reflexión. Algunos poderosos, entre ellos los eclesiásticos, se habían convertido en los administradores, interesados, de la historia, de la filosofía y de la teología. Hoy, en cambio, disfrutamos de libertad de investigación también en este campo. Podríamos, por tanto, conocer a Jesús de Nazaret prescindiendo de los intermediarios eclesiásticos, que habrían diseñado un Jesús a la medida de sus intereses o, en el mejor de los casos, de sus falsos sueños.

3. ¿Cuándo se empezó a pensar en un Jesús sin Iglesia?

Poner en contraposición a Jesús con su Iglesia es algo relativamente reciente. Siempre ha habido modos diversos de entender la fascinante figura de Jesús de Nazaret. Esto no es nada nuevo. Las herejías, por ejemplo, eran modos parciales o fragmentarios de entenderle, que recortaban algún aspecto de su persona. Pero ni siquiera ellas se consideraban como un modo de prescindir por completo de la Iglesia para entender a Jesús. También las diversas escuelas ortodoxas de interpretación de su figura eran y son visiones diferentes entre ellas, pero siempre coherentes con la vida y enseñanza de la Iglesia.

Ha sido a partir del siglo XVIII cuando se ha comenzado a sospechar sistemáticamente de la Iglesia como medio adecuado para conocer a Jesús. Es la época llamada de la Ilustración o "de las luces". Por entonces empezó a difundirse entre la gente la idea

de que la razón es la única luz capaz de iluminar el camino del hombre en el mundo. La razón, entendida, por desgracia, sólo como el ejercicio independiente de las propias facultades del hombre, al que se comprende como individuo pensante, capaz de orientarse por su propio entendimiento, sin dependencia alguna de nada ni de nadie.

4. ¿Eran ateos los que pensaban así?

No. Los ilustrados eran más bien teístas. Es decir, eran gentes que no podían imaginarse el mundo sin una referencia a "lo divino". Pero eso divino, según pensaban ellos, no podía ser en modo alguno semejante a lo humano. Dios, para ser Dios, de acuerdo con el teísmo, no puede estar sometido de ninguna manera a lo histórico, no puede cambiar, ni sufrir, ni querer. El Dios del teísmo está por encima de todo eso, que sería indigno de la razón. Ésta, cuando piensa a Dios, le piensa sólo - según los ilustrados - como impasible y supratemporal; como un ser por encima del mundo que ni interviene para nada en él, ni, menos aún, podría o tendría que hacerse él mismo parte del mundo para nada. Le ha dado el ser y luego le deja simplemente estar y evolucionar por él mismo. Es un buen relojero que no necesita darle cuerda continuamente al mecanismo que ha construido. El Gran Relojero, el Gran Arquitecto, no tiene que mancharse las manos con su máquina. Para eso la ha creado perfecta, sin defecto alguno.

5. ¿Eran cristianos quienes comenzaron a separar a Jesús de la Iglesia?

Sí. Eran cristianos de un modo peculiar; la mayoría de ellos, protestantes. Un tipo de protestantes llamados liberales, precisamente porque empezaron a tomarse la libertad de cuestionar el Credo de la Iglesia, también y precisamente en lo referente a Jesucristo. El protestantismo había surgido, en el siglo XVI, como un movimiento de reforma de la Iglesia que pretendía liberarla de los defectos que entonces tenía, para devolverla a una vida acorde con el Evangelio. Las cosas se complicaron y lo que había comenzado como reforma acabó, bien pronto, en escisión y, por

tanto, en oposición a lo que la Iglesia es y debe ser. Al principio no se tocó la figura de Jesucristo, unánimemente reconocido como el Hijo único de Dios, encarnado para la salvación de los hombres. Lo que estaba en cuestión era sólo la comprensión y la organización de la Iglesia. Pero la historia ha mostrado que ciertos principios protestantes iban a conducir también a cuestionar la visión eclesial de Jesucristo, como sucedió desde el siglo XVIII.

6. ¿Qué principios protestantes están en la base de la confrontación moderna entre Jesús y la Iglesia?

Ante todo, el llamado principio de “la sola Escritura”. El protestantismo clásico insiste en que sólo Cristo es el Señor; sólo él es el Salvador. Toda otra autoridad debe estar sometida a él, también la autoridad de la Iglesia. Es un principio que subraya con acierto lo que constituye el corazón de la revelación cristiana. Pero de ahí no se sigue, como pretende la doctrina protestante, que la única autoridad que nos habla legítimamente de Cristo en la Iglesia sea la Sagrada Escritura, es decir, la Biblia y sólo ella. Curiosamente, por este camino no sólo se acabó poniendo en entredicho que Jesucristo sea el único Señor, sino también los títulos en virtud de los cuáles Jesús es confesado por la Iglesia, con toda razón, como tal.

7. Pero ¿no es verdad que la Biblia es la fuente principal del conocimiento de Jesucristo? ¿Cómo pudo, entonces, convertirse en un obstáculo para entender de verdad su historia?

El problema no ha sido la Biblia, sino el modo equivocado en el que ha sido empleada. La Biblia es el testimonio escrito más autorizado del acontecimiento de Jesucristo. Pero, como cualquier texto escrito, ella se presta a diversas interpretaciones. Quien quiera entenderla bien, tendrá que leerla en el espíritu y en el contexto en el que ha sido escrita. De lo contrario, se la podrá hacer decir cosas muy diversas e incluso contradictorias entre sí. Pues bien, la matriz espiritual de lo que la Biblia nos dice sobre Jesucristo hay que buscarla en la Iglesia. Fueron aquellos testigos autorizados y enviados por el mismo Jesús, y sus sucesores y discípulos, que constituyeron la Iglesia, los que escribieron, transmitieron e interpreta-

ron lo acontecido con Jesús. Volveremos sobre ello.

Quienes propugnaron el principio de la “sola Escritura” se olvidaron de esto. Dejaron de lado el hecho de que la Escritura sólo habla correctamente de Jesucristo cuando va unida a la Tradición eclesial, es decir, al medio ambiente propio de su origen y de su sentido. Esta grave laguna del protestantismo llegó a convertirse en algo bastante trágico para la historia del cristianismo, pues constituyó uno de los puntos flacos mejor aprovechados por el ataque de los ilustrados y de sus epígonos a Jesucristo y a su Iglesia. Es decir que: el biblicismo protestante se convirtió en un inopinado aliado del positivismo materialista en el interior de la Iglesia.

8. ¿Cómo se aprovechó el positivismo moderno del biblicismo?

Los protestantes creyeron hallar en la Biblia un baluarte frente al abuso de la autoridad en la Iglesia. Es verdad que la Sagrada Escritura es para todos, incluidos los Pastores del Pueblo de Dios, criterio imprescindible al que deben someter sus juicios y sus conductas. Nada en la Iglesia puede estar legítimamente en contra de la Palabra de Dios escrita. Ahora bien, la Escritura no es una especie de “contrapoder”, plantado en la Iglesia frente a los enviados por el Señor, es decir, frente a la autoridad apostólica.

El protestantismo, en cambio, quiso ver en la Biblia una letra siempre “clara” frente a las conductas con frecuencia oscuras de la Iglesia. Lutero hablaba de la “claridad de la Escritura”, suponiendo que su interpretación quedaba siempre a salvo de toda disputa posible; ella es -decía- “la intérprete de sí misma”. Detrás de este modo de pensar estaba la idea de que Dios mismo sería el autor inmediato de cada una de las palabras de la Biblia, ya que él las habría inspirado una por una a sus autores humanos. Es la llamada teoría de la “inspiración verbal”. También la compartían algunos católicos, pero éstos no la separaban de la idea de la Tradición.

Llegó un momento en que la teoría de la inspiración verbal entró en crisis. Fue precisamente en la época de la Ilustración, cuando se empezaron a estudiar con más detalle los textos bíblicos y se constataron divergencias que parecían hacer imposible la atribución de la autoría inmediata de todos esos textos a Dios mismo. ¿Dónde

apoyarse entonces para seguir manteniendo que la Escritura es “clara” en el sentido aludido, es decir, fuente única en la Iglesia de conocimiento seguro sobre Jesucristo y sobre su salvación? Muchos protestantes no vieron alternativa a “la inspiración verbal” y mantuvieron esa teoría, derivando, con frecuencia, a formas de fundamentalismo bíblicista. Pero muchos otros creyeron encontrar en los métodos de investigación histórica, que por entonces comenzaban a utilizarse con rigor, el instrumento providencial para comprender lo que la Biblia realmente quería decir con claridad, más allá de las aparentes o reales divergencias y de los diversos géneros literarios presentes en ella.

Ahora bien, los métodos históricos venían, por su parte, inspirados por el positivismo materialista. Habría sido necesario liberarlos de ese lastre para poder ser bien empleados en teología. Porque el positivismo excluye por principio todo aquello que no sea controlable por los métodos de las ciencias empíricas, es decir, todo aquello que no sea susceptible de medida y de cuantificación. ¿Cómo emplear, entonces, esos métodos para comprobar si Jesús es el Hijo de Dios, según la Tradición de la Iglesia? Muchos buscaron soluciones más o menos voluntaristas (o fideístas). Pero, para salvar la autonomía de la Biblia como instancia única de sentido en la Iglesia, no pocos protestantes parecieron estar dispuestos a prescindir de tal visión de Jesús como el Hijo de Dios. Es así como el bíblicismo se convirtió en un aliado más o menos involuntario del positivismo materialista.

9. Pero el problema fundamental fue el materialismo moderno ¿verdad?

No cabe duda de que el problema básico para entender bien la historia de Jesús fue y es hoy para muchas personas el materialismo que impregna un poco por todos los lados nuestra cultura occidental. Quien afirma que sólo es real lo mensurable y lo regulado por las leyes de la naturaleza, convertidas en patrón absoluto de lo que puede ser y de lo que no puede ser, tendrá enormes dificultades para entender algo tan básico en la historia de Jesús como son sus milagros o su propia resurrección. Dirá que esas cosas no son históricas porque, simplemente, no pueden darse: ni

entonces ni ahora; o mejor: no se dieron entonces, porque no pueden darse ahora. Se trataría de hechos declarados imposibles “científicamente”. Desde esta perspectiva será imposible o muy difícil comprender la verdad de la historia de Jesús de Nazaret.

Con todo, si buscamos las razones que explican que esta mentalidad esté hoy tan difundida y de que resulte para muchos como una especie de muro infranqueable, a la hora de conocer a Jesús, hemos de remitirnos de nuevo a los motivos intraeclesiales profundos de la contraposición entre Jesús y la Iglesia. Esta contraposición surgida en el interior del cristianismo no sólo hizo posible la alianza mencionada entre bíblicismo y materialismo, sino que actuó como caldo de cultivo de una mentalidad positivista a la que no le resulta nada fácil abrirse a la realidad en toda su riqueza.

10. De modo que ¿tan importante es no separar a Jesús de sus testigos?

No nos cabe duda: separar a Jesús de sus testigos significa acabar perdiendo al Jesús real y verdaderamente interesante para nosotros. La historia de muchos intentos de este tipo lo ha demostrado. La imagen de Jesús que se puede obtener del mero estudio y análisis de textos, aunque sean los textos sagrados de la Biblia, resulta más bien pobre; con frecuencia, un reflejo de las ideas y de los deseos del investigador, en lugar de un retrato fiel del original. Es un peligro que acecha a la investigación de cualquier personaje histórico. Pero en el caso de Jesús no será sólo un peligro, sino un hecho casi inevitable. Porque Jesús es un figura absolutamente singular. En su persona se cruzan los caminos del Cielo y de la tierra, de Dios y del hombre, de lo Infinito y de lo limitado, del Poder creador y de la debilidad del esclavo. ¿Qué método histórico o científico podrá servirnos para conocer lo que pasa realmente en una persona como ésta, si realmente es así? Ciertamente no podrá servir ningún método que no sea capaz de abrimos el camino hacia todas esas realidades tan diversas. Los textos bíblicos reflejan, es cierto, toda esa riqueza y esa complejidad. Pero ni siquiera ellos son suficientes para expresarla por sí solos en toda su profundidad. ¡Tan único es aquello que testimonian! Los textos

han de ser sostenidos e iluminados por el acontecimiento mismo del que hablan. Si no, se quedarán cortos, como les sucede a los lectores del Evangelio bienintencionados, pero solitarios, que no los leen a la luz del hogar eclesial; o sufrirán el acoso de métodos que, en último término, no harán más que hacerles decir lo que en realidad los textos no quieren decir, como ha sucedido casi siempre que la crítica histórica moderna los ha separado del ambiente vital propio de ellos.

11. ¿Qué aporta el testimonio de la Iglesia para el conocimiento de Jesús?

El testimonio eclesial permite dar unidad a los elementos, tan diversos, que configuran la persona de Jesús. Es decir, permite captar la singularidad de su figura y evita que se la interprete parcialmente, de un modo reductivo. La singularidad de Jesús está en los textos, pero es necesario captarla. Se trata, en definitiva, de la unidad concreta conformada en Jesucristo por su historia humana y su trascendencia divina; una unidad que constituye su persona. Es la unidad que atestigua siempre la Tradición de la Iglesia.

La Iglesia existe en la historia como una comunidad de comunicación en varias direcciones. En ella se encuentran en diálogo los que convivieron con Jesús y fueron testigos de su resurrección con quienes hoy abrimos las páginas del Evangelio en un medio secular adverso a todo lenguaje sobre Dios. Pero en ella se encuentran también en comunicación los cristianos de una misma generación, entre ellos y con los hombres de su tiempo. En ella se encuentra, por fin, en comunicación con todas las generaciones el mismo Jesucristo por medio de su Espíritu. La Iglesia aporta, pues, para el conocimiento de Jesús, comunicaciones o testimonios vitales de orden histórico, antropológico y teológico. Todo ello está implicado en lo que se llama la Tradición eclesial.

12. ¿Qué se entiende por el testimonio histórico de la Iglesia en orden al conocimiento de Jesús?

La Iglesia es una comunidad que se extiende en el tiempo abrazando más de veinte siglos. Jesús de Nazaret sigue hoy vivo por

medio de ella. Por eso, él no es simplemente una figura de la historia, como lo son, por ejemplo, Alejandro Magno o Napoleón. Éstos han dejado, ciertamente, la memoria de sus hechos. Pero han pasado a la historia. Ninguna comunidad humana de hoy se remite a ellos como a su razón de ser actual y futura. Ningún ser humano encuentra en ellos el sentido de su existencia. En cambio, la Iglesia proclama que la única razón de ser de su existencia es comunicar a Jesucristo a los hombres de cada generación, también a los de hoy. Los miembros de la Iglesia, por su parte, son precisamente quienes han sido alcanzados por él en lo más íntimo de sus vidas.

Nada extraño tiene, pues, que no sea posible conocer la peculiaridad de Jesús, sin conocer este fenómeno, también único en la historia, como Jesús mismo, que es su Iglesia. De hecho ¿cuál es la fuente principal del interés que hoy, como siempre, se manifiesta por Jesús? ¿Podemos imaginar lo que habría sido de la memoria de este judío crucificado en el siglo I, si la Iglesia no la hubiera perpetuado a lo largo del tiempo? ¿A quién, si no a ella debemos la presencia de Jesús en nuestra historia y en nuestra vida? Incluso quienes se adhieren más o menos al eslogan de “Jesús, sí; Iglesia, no” tendrán que reconocer que el interés vivo por Jesucristo en nuestros días no se debe tanto a las bibliotecas y a los historiadores que estudian al llamado “Jesús histórico”, cuanto a las comunidades que celebran los sacramentos de Jesús y a quienes, en su seno, han hecho de sus vidas una prolongación íntima de la vida de Jesucristo.

Pues bien, en este hogar de la memoria viva de Jesús, que es su Iglesia, no sólo se mantiene vivo el interés por su figura, se conservan también numerosas claves de interpretación de su persona que no se hallan en ningún otro lugar. Pensamos tanto en detalles particulares de su perfil biográfico, como en la interpretación global de su figura. Por ejemplo, la pregunta por la familia de Jesús (cómo fue su Madre, quiénes sus “hermanos”, etc.) o la cuestión del sentido de su muerte en la cruz (destino fatal o redención querida por Dios) no hallarán solución cierta más que a la luz de las noticias conservadas en la memoria viva de la comunidad eclesial.

La Iglesia, pues, despierta y mantiene el interés por la figura histórica de Jesús y, además, ofrece claves fundamentales para entenderla.

13. ¿Y qué entendemos por el testimonio antropológico eclesial en orden al conocimiento de la verdad de la historia de Jesús?

La Iglesia no sólo presenta a Jesús a las diversas generaciones como una figura histórica con presencia viva, sino que también, a la inversa, presenta, por así decir, a los hombres y mujeres de cada época al Jesucristo que vive en ella. Queremos decir con ello algo muy simple.

Si deseamos conocer a alguien hemos de presentarnos, o nos han de presentar a él. Si nunca se nos ofrece esta oportunidad y nos mantenemos en la distancia, no podremos llegar a conocer a alguien desconocido. Para ello hemos de disponer las condiciones adecuadas de acercamiento.

No nos será posible conocer la verdad de Jesús si carecemos de las condiciones adecuadas para ello. Hemos de estar preparados para el encuentro con él. En concreto, si nos acercáramos a él con una mentalidad alérgica a lo religioso, saturados de materialismo o de puro escepticismo sobre la verdad del hombre, difícilmente podríamos hacernos una idea correcta de Jesús.

La Iglesia es una comunidad de comunicación en la que el ser humano se siente continuamente interpelado acerca de su verdadera condición humana, lo que es tanto como decir, acerca de la profundidad de su esperanza. Quien entra en el diálogo que se establece entre los miembros de la Iglesia, y entre ellos y quienes se ponen en contacto con ella, no podrá dar pacíficamente soluciones sólo intramundanas a sus aspiraciones y deseos. Porque en la Iglesia se habla de la dimensión eterna de la existencia humana, de la profunda orientación al Infinito, a Dios, de los deseos más arraigados en el corazón del hombre. En ella se desenmascara el engaño que supone la supuesta instalación perfecta en el bienestar material o la abdicación pretendidamente "moderada" de la pregunta por Dios.

De este modo, la Iglesia da testimonio del dinamismo más profundo del ser humano, de su inderogable sed religiosa, y así hace posible la comprensión de Jesús en su realidad de máxima apertura del hombre al misterio insondable y atrayente de Dios y, a la vez, de punto de aquella máxima cercanía de Dios al ser humano desde el que éste es atraído hacia lo divino de un modo insupera-

blemente íntimo a su ser, al tiempo que externo a él.

He ahí el trabajo antropológico - de disposición del ser del hombre en cuanto tal - que se realiza en la comunidad de fe cristiana para el conocimiento adecuado de Jesús. Es un trabajo que se puede realizar también en otros lugares. Pero la Iglesia de Jesús lo hace ya explícitamente -aunque no siempre y en todo momento así- para facilitar el encuentro con él. Es su tarea propia, a la que la mueve el Espíritu de Jesús.

14. ¿Y el testimonio teológico?

"Nadie conoce al Hijo, sino el Padre. Y nadie conoce al Padre, sino el Hijo y aquél a quien el Hijo se lo quisiera revelar" (Mt 11,27). No es posible conocer a Jesús como Hijo de Dios, sin el testimonio de Dios mismo. A algunos esto les parece muy difícil de entender; piensan que se trata de un círculo vicioso, es decir, una especie de trampa lógica por la que se pretende dar ya por supuesto precisamente aquello a lo que la investigación debería llegar. Entre ellos están quienes suponen que el recurso a los textos y a los métodos históricos podría ofrecerles un conocimiento más apropiado de Jesús que el que tienen de él los creyentes que, en comunión con la Iglesia, reconocen en Jesús de Nazaret al Hijo de Dios. Tachan a éstos de precipitados y de sumisos, porque piensan que antes de haber recorrido por sí mismos, con paciencia y tesón, el camino del conocimiento histórico, ya habrían sometido su juicio al veredicto tutelar de la Iglesia.

Es comprensible esta postura en quienes no se hayan parado a considerar el significado del testimonio histórico y antropológico del que acabamos de hablar. En cambio, quienes hayan reflexionado con cierto detenimiento sobre las condiciones que el mismo conocimiento histórico de Jesús exige, no emitirán tan fácilmente el juicio de precipitación sobre quienes hayan hecho el recorrido histórico hacia Jesús, sí, pero sin ignorar el cualificado testimonio de la Iglesia sobre él. Y quienes hayan entrevisto la clave antropológica de apertura del espíritu humano a la divinidad, se mostrarán dispuestos a comprender que es Dios quien ha de darse a conocer al espíritu finito, si es que éste no quiere verse condenado a permanecer encerrado en sus propios límites. Historia y tras-

endencia van unidas y se condicionan mutuamente también en el modo de acceso a la persona de Jesús, en la que precisamente la unidad de ambas encuentra su realidad fontal y más singular.

La realidad de Dios no es accesible al ser humano más que por medio de Dios mismo: no hay conocimiento del Dios vivo sin que él se revele. Sucede ya, en su medida, con cualquier persona: ¿quién puede conocer bien a un ser humano sin contar de algún modo con él, sin que se manifieste a sí mismo de alguna manera? Con mucha más razón será necesario contar con Dios para conocerle, pues él, en cuanto verdaderamente Infinito personal, nunca puede ser considerado como un objeto a disposición de nuestras capacidades cognoscitivas. "Sólo Dios habla bien de Dios", escribía Pascal.

Pues bien, la Iglesia forma parte del lenguaje propio de Dios en el mundo. Ella es, ciertamente una comunidad humana de vida y comunicación. Pero antes que eso es un medio de comunicación de Dios con el hombre; el Espíritu de Dios la conduce y la ilumina: "Él os conducirá a la verdad completa". Ante todo, a la verdad



completa de la historia de Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios. ¿Cómo se podría comprender esa verdad de otra manera, sin la revelación de Dios?

15. Y bien, ¿cuál es en concreto el testimonio de la Iglesia sobre Jesús de Nazaret?

Podríamos decir brevemente que se halla formulado en el Credo. Pero el testimonio de la Iglesia sobre Jesús no se reduce a ningún texto escrito. En realidad se identifica con toda la riqueza multiforme de su vida en su expresión litúrgica, profética y de caridad. ¿Dónde se puede conocer mejor a Jesús que en el culto que él mismo ofrece al Padre en la liturgia como actualización constante de la ofrenda única de su persona? ¿Dónde mejor que en el anuncio del Reino de Dios que la Iglesia realiza con su predicación y en su enseñanza? ¿Dónde, si no en la participación del amor de Jesús a los pecadores, es decir, a cada ser humano, débil y necesitado?

Con todo, es necesario preguntarse también por la verdad de la liturgia, del anuncio y de la caridad. Porque podría darse falsedad en todo ello. Nos situamos así ante la cuestión de la doctrina de la fe, es decir, ante la identificación precisa de lo que conocemos como objeto de la revelación que Dios hace de sí mismo en su Hijo, Jesucristo.

Entonces, sí, hemos de volvernos al Credo, a la formulación refleja y escrita de la conciencia que la Iglesia ha adquirido, bajo la acción del Espíritu Santo, del acontecimiento de Jesús de Nazaret en su integridad.

El Credo, por su parte, remite tanto a la historia dramática de aquel hombre, que "padeció bajo el poder de Poncio Pilato", como a la inserción de su acontecer biográfico en la gran obra que Dios realiza con el mundo: obra de creación, redención y consumación.

He ahí de nuevo la unidad entre historia y transcendencia, característica del testimonio de la Iglesia sobre Jesús. La misma unidad que encontramos en el Nuevo Testamento, ese conjunto de escritos en el que se decanta el primitivo testimonio eclesial autorizado sobre Jesucristo.



2. LOS ESCRITOS: JESÚS Y EL NUEVO TESTAMENTO

16. ¿Dejó Jesús algo escrito sobre su vida y su obra?

Son escasos los personajes de la antigüedad que han dejado escritos sobre sí mismos o sobre sus cosas. Ni siquiera de grandes filósofos, como Sócrates, conservamos algún escrito de su mano. Sin embargo, ello no es obstáculo para que podamos tener un conocimiento seguro sobre su pensamiento y sobre su vida. Porque se conservan testimonios acerca de ellos procedentes de sus discípulos o de otras fuentes, que, estudiadas con cuidado, ofrecen informaciones válidas y bastante completas. En el caso mencionado de Sócrates, es a través de Platón, su gran discípulo, como podemos conocer al maestro.

Es casi seguro que Jesús de Nazaret -como veremos más adelante- sabía leer y escribir. Pero no dedicó los pocos años de su vida ni a estudiar ni a escribir, sino a orar, a trabajar manualmente y a anunciar el Reino de Dios a Israel con palabras encendidas y obras maravillosas. No tenemos ningún documento escrito por Jesús.

17. ¿Cuáles son entonces las fuentes fiables acerca de su vida?

Los documentos escritos que nos informan con mayor amplitud y seguridad acerca de Jesús de Nazaret son el conjunto de obras llamado el Nuevo Testamento, es decir, la parte de la Biblia redactada por los discípulos de Jesús. El nombre "Nuevo Testamento", por contraposición al "Antiguo" (la Biblia de los judíos), empezó a usarse a finales del siglo II. Parece que fue Tertuliano, en torno al año 200, quien primero lo empleó. Pero las obras o "libros" que contiene esa colección son de fecha muy anterior, como veremos.

Además de estos testimonios bíblicos, debidos a personas que creían en Jesús como el Hijo de Dios, también hay algunos otros documentos escritos por autores no creyentes que nos dan alguna noticia del Nazareno. Es importante este hecho, que confirma no sólo la existencia histórica de Jesús, sino también algunas cosas de su vida. Pero las fuentes no cristianas aportan en realidad muy poco al conocimiento de la figura de Jesús. De ellas hablaremos en el próximo capítulo.

En cuanto a los llamados “evangelios apócrifos” -que no forman parte del Nuevo Testamento- se trata de escritos también de ámbito cristiano, pero de fechas más tardías que los evangelios bíblicos; son interesantes para diversos estudios comparativos, pero en cuanto fuentes históricas no añaden prácticamente nada a los escritos neotestamentarios, de los que -según Meier, por ejemplo- dependen por completo en lo que respecta a los datos históricos recogidos.

18. ¿Cuál es el valor histórico del Nuevo Testamento?

El Nuevo Testamento no es un libro de historia ni una biografía de Jesús. En él se recoge, más bien, el testimonio plural y reconocido de la Iglesia acerca de la realidad y del significado último de Jesús de Nazaret como el Hijo eterno de Dios, hecho hombre para la salvación de cada ser humano. Pero precisamente por eso, contiene datos históricos suficientes para que sus lectores se puedan hacer una idea acerca de la verdad de la historia de aquel judío del siglo I, llamado Jesús, a quien se confiesa como el Cristo y el Hijo de Dios. De modo que el valor histórico del Nuevo Testamento es grande, aunque indirecto.

Con todo, desde el punto de vista de su orientación más o menos histórica, el Nuevo Testamento contiene dos tipos diversos de escritos: unos que podemos llamar históricos y otros exhortativos, es decir, por un lado los cuatro evangelios y los Hechos de los apóstoles y, por otro, las cartas de San Pablo y demás autores.

19. ¿Son menos históricos los escritos de San Pablo?

Los *escritos exhortativos* son los menos interesados en ofrecer datos históricos. Se trata sobre todo de las cartas en las que el apóstol Pablo y otros autores recuerdan “el evangelio” a las comunidades cristianas a las que ellos mismos se lo habían predicado de palabra recientemente. Por ejemplo, se lee en la primera Carta de San Pablo a los Corintios:

“Os recuerdo, hermanos, el evangelio que os prediqué, el que recibisteis, en el que os mantenéis firmes y por el que estáis en camino

de salvación, si es que retenéis en la memoria en qué términos os lo prediqué... Pues os transmití lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras; y que fue sepultado; y que resucitó al tercer día según las Escrituras; y que se dejó ver de Cefas; después de los Doce; después se dejó ver de más de quinientos hermanos a la vez, de los cuáles la mayoría siguen vivos hasta ahora, y algunos murieron; después se dejó ver de Santiago...; al final de todos se dejó ver también de mí...” (1Cor 15,1-8).

He ahí lo que se llama el kerygma o el anuncio más original que reciben y en el que se basan las primeras comunidades cristianas. Ese es el Evangelio: la buena noticia de la salvación por Jesús, el Cristo. Los escritos exhortativos se limitan a recordarlo, a explicarlo y a considerar sus consecuencias para la vida de los cristianos.

Entre estos escritos, que llamamos exhortativos, están las obras más antiguas del Nuevo Testamento, es decir, que son los primeros documentos cristianos de que disponemos. Las cartas a los Tesalonicenses fueron escritas por Pablo en torno al año 50 y a lo largo de los cincuenta, las dirigidas a los Corintios, a los Gálatas, a los Romanos y a los Filipenses. Para entonces, hacía sólo unos veinte años de la muerte de Jesús, quien, como veremos, murió muy probablemente el año 30.

Todas estas cartas, presuponen la vida de Jesús, además de su muerte y de su resurrección, pero apenas nos hablan de ella, es decir, del origen, dichos y hechos del Nazareno. Eran acontecimientos muy recientes y los testigos, no sólo de la resurrección, sino también de la vida de Jesús, todavía vivían. Por eso, durante aquellos veinte primeros años no se había sentido tanto la necesidad de escribir algo así como una vida de Jesús, cuanto, más bien, de proclamar el asombroso acontecimiento de su muerte y resurrección y el gozoso cambio de perspectivas que aquello significaba para la fe de Israel. Ésa era la urgencia absoluta y prioritaria.

Fueron años, aquellos veinte que siguieron a la Pascua de Jesús, de enorme actividad misionera y espiritual entre los cristianos. Conducidos por el Espíritu llegaron a comprender de modo admirable el misterio encerrado en aquel ajusticiado por los romanos en una cruz. En su carta a los Filipenses, San Pablo

recoge un himno litúrgico que, al parecer ya era conocido para entonces, es decir, que tuvo que haber sido compuesto a los 15 ó 20 años de la muerte de Jesucristo, como muy tarde. Y dice cosas asombrosas para una mente judía, aunque también para la griega y para cualquier otra:

*“Cristo Jesús,
aunque era de condición divina,
no consideró una presa arrebatada el ser igual a Dios,
antes se despojó de sí mismo,
tomando forma de esclavo,
haciéndose semejante a los hombres;
y presentándose como hombre,
se rebajó a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte,
¡y una muerte de cruz!
Por eso Dios lo elevó sobre todo
y le dio el nombre sobre todo nombre,
de modo que ante el nombre de Jesús doblen la rodilla todos los
seres del cielo, de la tierra y del abismo,
y toda lengua confiese,
para gloria de Dios Padre,
que Jesucristo es Señor” (Flp 2,6-11).*

La comprensión de Dios que denota este himno suponía una revolución para todo el mundo. Tal terremoto es el que se nota en las cartas de Pablo y en la expansión rápida de la fe en Jesús como el Señor por todo el Mediterráneo. Se trata, naturalmente, de un acontecimiento histórico de primera magnitud. En este sentido, los documentos exhortativos del Nuevo Testamento son documentos históricos que testifican las consecuencias trascendentales de la vida de Jesús. Son imprescindibles para estudiar el nacimiento y primer desarrollo de la fe de la Iglesia. Pero lo reciente de los acontecimientos y la impresión causada por ellos en sus testigos vivos nos permiten comprender por qué aquellos escritos ocasionales, que eran las cartas, no hablaban de la vida de Jesús a penas más de lo que recoge el *kerygma*. San Pablo predicaba el Evangelio, sin necesidad de contar todavía con unos evangelios.

20. ¿Cuándo aparecieron los evangelios?

Los cuatro evangelios del Nuevo Testamento tienen un carácter más histórico que las cartas. Se redactan precisamente cuando el testimonio acerca de lo que Jesús hizo y dijo, así como de los datos de su vida, se iba haciendo más difícil, bien a causa de las distancias, pues los cristianos se iban extendiendo cada vez más por el Mediterráneo, bien a causa de la desaparición progresiva de la primera generación, la de aquellos que habían visto a Jesús o, al menos, habían conocido a un testigo inmediato de él. Es entonces cuando se siente la necesidad de apoyar el anuncio del *kerygma*, o del Evangelio, en relatos más pormenorizados de la vida de Jesús. Es entonces cuando, con este fin, se componen los cuatro evangelios. De este modo, los cristianos velaban por la integridad de su fe en Jesucristo, que se remite a la historia de un hombre, de Jesús, sin la cual no es posible entender bien el misterio de Dios. Era necesario prevenirse frente a la negación de la verdadera humanidad del Hijo de Dios.

Aunque no hay coincidencia total, sí existe un gran acuerdo entre los especialistas en fechar la aparición de los evangelios en la segunda mitad del siglo I. En concreto, el evangelio según San Marcos, en los años sesenta; los de San Mateo y San Lucas, junto con los Hechos, en los años setenta; y el de San Juan, en la última década del siglo.

21. ¿Hasta entonces no se había escrito nada sobre la vida de Jesús?

Los evangelios que conocemos no nacieron sólo de la mente y de la pluma de sus autores. Éstos utilizaron ya materiales orales y, muy probablemente también escritos, que recogían hechos, dichos y tradiciones diversas acerca de Jesús, provenientes del testimonio de los que habían estado con él desde el principio.

Prueba de ello es que entre los tres primeros evangelios -los de San Mateo, San Marcos y San Lucas- existen grandísimas coincidencias. Como usan hasta las mismas palabras para describir o relatar las mismas cosas, los estudiosos piensan, con razón, que han utilizado fuentes orales y escritas comunes, en diversa medi-

da, a los tres. Por eso se les llama los *evangelios sinópticos*: porque se les puede confrontar uno con otro en un cuadro sinóptico, que permite comprobar de un vistazo las coincidencias y diferencias existentes entre ellos, tanto en su plan general, como, sobre todo, en el texto de cada uno de los pasajes o elementos que los integran. En cambio, el evangelio de San Juan, que es el más tardío, sigue un plan propio y utiliza materiales propios, casi siempre diversos de los de la llamada tradición sinóptica.

Este dato es importante para valorar la fiabilidad histórica de los evangelios. Es verdad que el evangelio de San Marcos, el más antiguo, se escribió algo más de treinta años después de la muerte de Jesús y el de San Juan, el más tardío, unos sesenta. Pero todos ellos se escriben sobre la base de tradiciones y textos anteriores, de la misma antigüedad de las cartas de Pablo y aún anteriores. De modo que nos encontramos ante unas obras cercanísimas en el tiempo a los acontecimientos de los que hablan: tanto los mismos evangelios como, en particular, las fuentes que utilizan.

22. La llamada "fuente Q" ¿es uno de esos relatos primitivos utilizados por los autores de los evangelios?

A diferencia de los evangelios, la fuente Q no es un documento que se conserve como tal ni al que hagan referencia los escritores antiguos. Pero hablaremos alguna vez de ella, porque es uno de los descubrimientos más interesantes de la exégesis moderna. No se trata más que de una hipótesis de trabajo, pero bastante bien fundada. ¿Fundada en qué? En el estudio comparado de los evangelios sinópticos. Se ha visto con exactitud que Mateo y Lucas coinciden sólo entre ellos más o menos en un 60%. La coincidencia se da tanto en la secuencia de la narración como en el vocabulario que emplean. En cambio, en el restante 40% ambos coinciden con Marcos. Pues bien, muchos estudiosos suponen que en la elaboración de los evangelios de San Mateo y de San Lucas se utilizó, de distinta manera, una fuente común, hipótesis que explicaría el alto grado de coincidencia que se observa entre ellos y sólo entre ellos. A esa fuente común se la ha llamado "la fuente Q" (Q es la primera letra de la palabra alemana "fuente": *Quelle*) (Véase el esquema de esta coincidencia en la figura 1). Los autores discu-

LA FUENTE Q

I. Inicio		
Predicación del Bautista	Lc 3,7-9.16-17	= Mt 3,7-12
Relato de las tentaciones	Lc 4,1-13	= Mt 4,1-11
II. Sermón inaugural		
Marco inicial	Lc 6,17.20a	= Mt, 5,1-2
Bienaventuranzas	Lc 6,20b-23	= Mt 5,3-12
Sobre la venganza	Lc 6,29-30	= Mt 5,39b-42
Amor al enemigo	Lc 6,27.28.32-36	= Mt 5,44-48
Regla de oro	Lc 6,31	= Mt 7,21
Sobre el juicio	Lc 6,37.38	= Mt 7,1.2
Guías ciegos	Lc 6,39	= Mt 15,14
Maestro y discípulos	Lc 6,40	= Mt 10,24.25
Sobre la hipocresía	Lc 6,41.42	= Mt 7,3-5
Árbol y frutos	Lc 6,43.44	= Mt 7,16-20
Tesoro del corazón	Lc 6,45	= Mt 12,34b.35
Parábola del constructor	Lc 6,46-49	= Mt 7,21.24-27
III. Jesús y su generación		
La fe del centurión	Lc 7,1-10	= Mt 8,5-10.13
El Bautista y Jesús	Lc 7,18-28.31-35	= Mt 11,2-11.16-19
IV. Seguimiento y misión		
Sobre el discipulado	Lc 9,57-60	= Mt 8,19-22
Misión	Lc 10,1-12	= Mt 9,37-10.15
Aviso contra aldeas de Galilea	Lc 10,13-15	= Mt 11,21-23
Alabanza por la revelación	Lc 10,21-22	= Mt 11,25-27
Bienaventuranza del testigo	Lc 10,23.24	= Mt 13,16.17
V. Oración		
Padrenuestro	Lc 11,2-4	= Mt 6,9-13
Confianza en la oración	Lc 11,9-13	= Mt 7,7-11
VI. Controversias		
Disputa sobre Beelzebú	Lc 11,14-23	= Mt 12,22-30
Retorno del espíritu inmundo	Lc 11,24-26	= Mt 12,43-46
El signo de Jonás	Lc 11,29-32	= Mt 12,38-42
La lámpara y el ojo	Lc 11,33-36	= Mt 5,15; 6,22.23
Contra fariseos	Lc 11,39-44,46-52	= Mt 23,25-31.34-36
VII. Sobre el testimonio		
Confesar a Jesús	Lc 12,2-12	= Mt 10,19.26-33
VIII. Sobre la ansiedad y el juicio venidero		
Preocupaciones y el tesoro	Lc 12,22-34	= Mt 6,25-33.19-21
El amor y el ladrón	Lc 12,39-46	= Mt 24,43-51
División en la tierra	Lc 12,51-53	= Mt 10,34-36

Figura 1: Esquema de la Fuente Q.

ten acerca del carácter exacto de Q: si se trataba de un escrito o más bien de una tradición oral, así como sobre el lugar y la fecha de su composición. En todo caso, la existencia de esta fuente nos retrotrae a fechas todavía más cercanas a la vida de Jesús que las de los evangelios. Algunos autores piensan que Q, una colección de dichos de Jesús que no recoge los relatos de la pasión, se confeccionó en torno al año 50, es decir, veinte años después de la crucifixión del Señor. Habría sido un excelente prontuario para la predicación más primitiva que luego iba a ser aprovechado por San Lucas y San Mateo.

23. Pero ¿no estarán mediatizados por la fe todos estos escritos cristianos?

Hay un sentido en el que no cabe duda que los evangelios están "mediatizados" por la fe. Y es que provienen de ella y a ella quieren conducir. Es decir, que los evangelistas, al acometer sus obras, no tenían un interés meramente biográfico o histórico, sino *kerygmático* y teológico. Les mueve a escribir su fe en Jesús como el Hijo de Dios y el deseo de darla a conocer. Lo dice bien claro San Juan al final de su evangelio: "escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre" (Jn 20, 31).

Sin embargo, a no ser que partamos de una desconfianza previa contra la fe y los creyentes, no tenemos motivos para pensar que lo escrito por las primeras generaciones de discípulos de Jesús esté mediatizado por su fe en el sentido de que nos presenten los hechos de la vida de su Maestro de modo falseado. Por el contrario, hay diversas razones que nos inducen a confiar en la veracidad y en la fiabilidad histórica de lo que nos cuentan.

24. ¿Qué es lo que ha llevado a poner bajo sospecha la fiabilidad histórica de los evangelios?

En primer lugar, el mero hecho de que sean libros, como hemos dicho, de la fe y para la fe. Para la mentalidad positivista materialista, ese solo hecho ya levanta la sospecha, pues parte del prejuicio de que quienes tienen fe, no ya en Jesús como el Hijo de Dios, sino

en algo más que lo que sea mensurable y perceptible para los sentidos, están incapacitados para un juicio objetivo sobre la realidad. Los creyentes adolecerían de un cierto defecto cognoscitivo que les induciría a interpretar fantiosamente los hechos. Es evidente que este juicio contrario a la fe resulta demasiado lejano de la realidad, como para ser tenido en cuenta en su generalidad. Se puede aceptar que el entusiasmo que, en ocasiones, se deriva de la fe, pueda dar lugar a ciertas exageraciones o incluso a equivocaciones. Pero esto no es específico de la fe religiosa. Es algo que también sucede con los entusiasmos de cualquier tipo, por ejemplo filosófico o político. Dejando, pues, los prejuicios, habrá que analizar los hechos. Sobre la mentalidad materialista volveremos a hablar algo más en detalle cuando tratemos de los milagros, en el capítulo 7.

En segundo lugar, hay unos motivos más concretos, de orden teológico-literario, que han conducido a sospechar de la fiabilidad histórica de los evangelios. Los estudios de los dos últimos siglos acerca de la composición de los evangelios han permitido caer en la cuenta con nueva claridad de que se trata de obras de un género literario muy particular, tanto que, según algunos estudiosos es un género único: el evangélico. Con ello se advierte lo que ya hemos dicho: que son obras escritas bajo la impresión de la Pascua de Cristo y ante la urgencia de la misión. No son, pues, biografías neutrales - como se supone que son las modernas - pues narran la vida del hombre Jesús, el crucificado, sobre el fondo dorado de su gloria de Resucitado y Viviente hoy. Y es verdad que los discípulos releieron y reinterpretaron la vida del Nazareno desde la experiencia de la Pascua de resurrección, que arrojó una luz nueva sobre los hechos que habían vivido con Jesús, sin acabar de entenderlos nunca del todo. Pero esto no significa necesariamente que la nueva visión de la vida de Jesús, adquirida con la Pascua, no fuera acertada, es decir, no respondiera a su verdadero significado, oculto hasta entonces para ellos. Y mucho menos tuvo que significar aquella nueva visión que sus protagonistas se hubieran convertido en falsarios y en fabuladores de hechos no acontecidos. De todos modos, será importante comprender el estilo *kerygmático* y teológico de los evangelios para entenderlos bien.

En tercer lugar, los estudios minuciosos han puesto cada vez

más de relieve algo conocido desde antiguo: que los relatos evangélicos difieren entre sí, a veces en cuestiones de cierta importancia. Por ejemplo, según los sinópticos la última cena de Jesús con los suyos habría sido la cena pascual judía de aquel año, mientras que según el evangelio de San Juan los judíos habrían comido la cena pascual cuando Jesús ya estaba muerto. Y así, muchísimas diferencias de detalle que, para algunos, más que de honradez de los testigos y de respeto a las tradiciones diversas, argüirían en favor de la fabulación más o menos controlada.

Pero al tiempo que los estudios han ido avanzando, también entre los críticos ha crecido la confianza en que los evangelios, aun sin ser meras crónicas o biografías, son documentos de seria base histórica que permiten un conocimiento fundado de la verdad de la historia de Jesús de Nazaret.

25. ¿Por qué son fiables los evangelios desde el punto de vista histórico?

Las razones que inspiran confianza en que los evangelios permiten conocer lo fundamental de la historia de Jesús, junto con su sentido teológico, son de diverso orden. Unas se refieren a aspectos externos de los mismos, como son la conservación de los textos o la autoría de las obras. Otras se basan más bien en sopesar sus mismos contenidos, comparando los que ofrecen las diversas fuentes neotestamentarias entre sí y con el contexto histórico del ámbito cristiano, judío o pagano.

La convergencia de todos esos datos permite pensar que los evangelios y los datos que ofrecen sobre Jesús no son el fruto de una mera imaginación religiosa más o menos exaltada, sino que reflejan una realidad histórica cierta, aunque el grado de certeza no sea en cada caso particular el mismo.

26. ¿Qué quiere decir que los evangelios son textos bien conservados?

Una buena parte de escritores antiguos no son conocidos más que a través de copias de sus obras hechas en la Edad Media. Es el caso, por ejemplo, de autores tan famosos como Cicerón o

César. ¿Qué pasó en los siglos transcurridos sin testimonio escrito alguno de sus obras? ¿Cómo estamos seguros de la medida en que las obras que tenemos son las suyas? Nadie lo pone seriamente en duda por diversos motivos que no son aquí del caso.

En cambio, de los evangelios conservamos manuscritos anti- quísimos, muy cercanos a la época de su composición. El llamado Códice Vaticano y el llamado Códice Sinaítico datan de en torno al año 350. Éste último contiene todo el Nuevo Testamento, el primero prácticamente, también. Por si fuera poco, contamos también con papiros, hallados en Egipto en el siglo XX, que traen fragmentos de escritos del Nuevo Testamento, y que se aproximan todavía más a las fechas de su composición. Así, por ejemplo, el papiro Rylands 457, trae cuatro versículos del evangelio de San Juan y data de en torno al año 135; y los papiros Chester Beatty, mucho más extensos, son, aproximadamente, de los años 205/215.

El trabajo de fijación del texto del Nuevo Testamento que se ha hecho a base de todos los papiros, códices y citas antiguas, no tiene parangón con ningún otro texto de la Antigüedad. De modo que, si leemos con confianza a Cicerón, con mucha más confianza podemos leer el Nuevo Testamento, en lo que toca a la autenticidad del texto.

Que se hayan conservado textos tan antiguos de los evangelios es una muestra significativa de la veneración y la fidelidad con que esos relatos fueron tratados por la tradición cristiana.

27. ¿Y de los autores de los evangelios qué se puede decir?

No tenemos certeza plena sobre la persona que haya redactado cada uno de los evangelios en esa etapa del desarrollo del cristianismo en la que iban faltando los testigos de la vida de Jesús. Sí sabemos que en cada uno de los evangelios se presenta el único evangelio o buena noticia de Jesucristo, en cada caso, *según* Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Son cuatro versiones del mismo acontecimiento, *según* o *de acuerdo con* cuatro tradiciones diversas. Cada una de ellas es remitida por testimonios cristianos del siglo II (Papías y otros autores recogidos por el historiador Eusebio) a personajes importantes del cristianismo de los orígenes. Pero hemos de tener

en cuenta que los evangelios no llevaban ellos mismos “la firma” de nadie: no dicen que sean “de” un autor determinado.

El testimonio de los autores antiguos parece más verosímil en el caso de Marcos y de Lucas. En cambio, según los conocimientos actuales de las tradiciones evangélicas, es menos probable que hayan sido Mateo y Juan en persona, los apóstoles del grupo de los Doce que siguieron a Jesús, quienes hubieran escrito los evangelios que llevan sus nombres.

San Marcos es presentado como un discípulo de San Pedro; y San Lucas, como discípulo y compañero de San Pablo. Son, pues, personajes importantes de la segunda generación cristiana que podían actuar bien como garantes de la transmisión del evangelio. Por lo demás, lo que sabemos de sus biografías no es incoherente con los escritos evangélicos que se les atribuyen: ambos habrían estado capacitados, por su lengua y cultura griegas, para la redacción de estas obras.

San Mateo y San Juan, en cambio, son discípulos inmediatos de Jesús, de lengua y cultura arameas y, sobre todo en el caso de Juan, con menos capacidad previa para escribir en un lenguaje teológico tan elevado: era un joven pescador galileo, sin formación especial ni conocimiento del griego. Pero esto no obsta para que los evangelios que llevan sus nombres hayan sido redactados por personas que se encontraban en estrecha relación de discipulado con aquellos testigos de la primera hora, garantes de la veracidad de lo atestiguado. Así, por ejemplo, se habla de los círculos joánicos, en los que los discípulos de San Juan habrían elaborado y profundizado en las enseñanzas de su maestro.

La fiabilidad del testimonio cuádruple acerca del único evangelio de Jesús se pone de relieve justamente cuando se presta atención al hecho incontrovertible de que en medio de la clara diversidad de las tradiciones evangélicas brilla una notoria unidad en lo fundamental, tanto en lo que toca a los hechos narrados como a su interpretación.

28. ¿Cómo se percibe la unidad de fondo del testimonio histórico de los evangelios?

Los autores modernos han desarrollado los llamados criterios

de historicidad, cuya aplicación al estudio de los evangelios permite cerciorarse de la fiabilidad histórica de sus narraciones.

El criterio del *testimonio múltiple* conduce a la certeza moral de la fiabilidad histórica de un relato en base a la coincidencia fundamental existente entre fuentes que se presuponen independientes entre sí. Así, por ejemplo, el hecho de que Jesús haya sido bautizado por Juan es testimoniado tanto por los tres sinópticos, como por el cuarto evangelio y los Hechos de los apóstoles. Esta convergencia de datos de procedencia distinta, se impone sobre las divergencias de detalle que cada fuente ofrece como matices propios del hecho básico, cuya historicidad difícilmente podría ser negada. Precisamente las faltas de coincidencia hablan a favor de que hay un hecho básico históricamente incontrovertible, porque ponen de relieve que nos encontramos ante testimonios independientes que no han sido armonizados de un modo más o menos forzado. En suma: que una lectura atenta de los evangelios los presenta como testimonios diversos de un mismo acontecimiento. La diversidad -que, en algunas ocasiones se acerca a la posible divergencia- es muestra de la independencia y de la originalidad de los testigos. No son, en absoluto, testimonios falsificados.

29. Pero ¿no podría ser que la falsificación se hallara ya en un estadio absolutamente primitivo del que se alimentarían las diversas fuentes o tradiciones evangélicas contaminándolas a todas desde su origen?

La verdad es que los estudiosos piensan que las fuentes son realmente independientes entre ellas. El hecho común del que se alimentan todas es el acontecimiento de Jesús, su vida, muerte y resurrección. Hasta ese venero originario se remontan directamente, cada una por su parte, las diversas tradiciones evangélicas particulares identificadas por los especialistas. Este es el presupuesto en el que se apoya el criterio mencionado del testimonio múltiple.

No obstante, existen también otros criterios complementarios que ayudan a superar la posible sospecha de que se hubiera producido una falsificación originaria por parte de los intérpretes o testigos primeros del acontecimiento del Nazareno. Así, en particular, el llamado *criterio de discontinuidad*.

Hay, en efecto, hechos que contrastan de tal modo con lo que se podía esperar de un falsario, que hay que suponer que no han podido ser contruidos por la imaginación o por el interés de un fabulador común. El contraste o la "discontinuidad" puede referirse al ambiente general en el que se movían aquellos hombres, en nuestro caso, a las costumbres y la religión judía; o bien, al ambiente particular del grupo cristiano inicial, en concreto, a los posibles intereses de la iglesia primitiva.

Así, por ejemplo, que Jesús corrigiera a Moisés cuando aseveraba "pero yo os digo"; que fuera él quien eligiera a sus discípulos y que entre sus seguidores hubiera mujeres; que se le reconociera, al menos implícitamente, una categoría divina, etc. son hechos que están tan en discontinuidad con lo habitual en el mundo judío y en su religión estrictamente monoteísta, que difícilmente podían ser fruto de los hábitos de pensamiento de un posible fabulador.

Ejemplos relativos al contraste con los "intereses" de la iglesia naciente hay también muchísimos: el mero recuerdo de que Jesús hubiera sido condenado a una muerte infamante por los paganos (tanto más el subrayado fuerte y constante de ese hecho) era capaz de arruinar por sí sólo la propaganda más sofisticada acerca de un nuevo "dios"; la descripción reiterada de las debilidades y hasta de las traiciones de los discípulos contrastan con su posible idealización o autoglorificación interesada; el relato de hechos difíciles de integrar en la proclamación de Jesús como el Hijo de Dios, cuáles son su ignorancia respecto de algunas cosas, su debilidad física, etc. Estos y otros muchos hechos "chocantes" hablan en favor de la veracidad de unos testimonios que se muestran capaces de no escamotear nada, ni siquiera asuntos que podrían parecer comprometedores para los mismos testigos.

30. ¿Y no podría ser que algo tan "original" y tan "chocante" fuera, en realidad, una fábula excelentemente compuesta por algún gran genio poético?

En abstracto podría ser. Pero en concreto es poco verosímil. Podría ser si sólo tuviéramos en cuenta el criterio de discontinuidad. Pero eso sería una abstracción, en el sentido de que sería una operación que prescindiría injustificadamente de los demás crite-

rios, que deben ser tenidos en cuenta todos a la vez. La discontinuidad no es de un genio, sino de muchos: eso es lo que nos dice el criterio del testimonio múltiple, que los hechos "chocantes" son atestiguados por diversas fuentes independientes, hecho que resta fuerza a la idea de alguna ocurrencia a contracorriente.

Pero, además, también hay que tener en cuenta *el criterio de conformidad* al que los estudiosos recurren para mostrar que lo más original de Jesús se encuentra, al mismo tiempo, en cierta coherencia con el medio ambiente. Es decir, que los relatos evangélicos recogen descripciones de problemas, costumbres y planteamientos religiosos que responden a lo que conocemos como histórico de aquella época. Es decir, que lo extraordinario o lo chocante se da en un marco absolutamente real, no imaginario.

Además, la conformidad o coherencia también se puede estudiar respecto del conjunto de la figura de Jesús y de su enseñanza. Así, por ejemplo, sus parábolas, su predicación del Reino y la interpretación que él hizo de su muerte en la cruz están unidas por un hilo conductor que presenta la figura de Jesús como la de un personaje dotado de una armonía y coherencia tan pasmosa como original.

31. ¿Cuál es el contenido de los evangelios? ¿Están redactados todos según el mismo esquema y la misma concepción?

No. Tanto el esquema como la concepción de cada uno de los evangelios son diversos. Esa es su riqueza como conjunto. La diferencia mayor es la existente entre los tres sinópticos y el evangelio de San Juan. Este último presenta una interpretación de la verdad de Jesús más desarrollada y con conceptos muy suyos. Pero sin dejar de ser por eso también histórico.

El esquema de los cuatro evangelios se puede ver más adelante en el capítulo 7, preguntas 113, 114 y 115.

32. Pero ¿por qué ésos y sólo esos escritos incluidos en el Nuevo Testamento serían las fuentes fiables para conocer la verdad de la historia de Jesús?

Sólo ésos han sido acogidos por la comunidad de los testigos

como expresiones auténticas de su propio testimonio acerca de Jesús. Esto es lo que significa, en último término, que los escritos recogidos en el Nuevo Testamento sean escritos "canónicos", es decir, que actúan como "regla" de la interpretación que la Iglesia ha hecho siempre y hace hoy de la historia de Jesús de Nazaret.

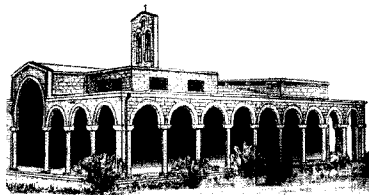
En este sentido sólo los textos neotestamentarios son plenamente fiables para comprender la verdad de Jesús. Las razones de esta afirmación las hemos apuntado en el primer capítulo, al hablar de Jesús y sus testigos. Los textos sólo se entienden bien en su contexto propio. La Iglesia es el contexto propio de los textos más originales que tenemos acerca de Jesús de Nazaret.

Pero es verdad que contamos también con otros textos sobre Jesús. Los del Nuevo Testamento no son los únicos. La pervivencia de algún testimonio no cristiano sobre Jesús es una prueba adicional sobre su figura, aunque referido prácticamente sólo a su existencia histórica. Dedicamos a continuación un breve capítulo a esta cuestión.

33. ¿Y los evangelios apócrifos? ¿Constituyen fuentes históricas fiables?

Se llaman apócrifos a algunos relatos acerca de la vida de Jesús que circularon en las comunidades cristianas, pero que no llegaron a ser reconocidos por la Iglesia universal como testimonio propio autorizado.

La mayoría de los autores coinciden en que no aportan conocimientos fiables nuevos. Son de fecha posterior a los evangelios canónicos y de ellos recogen los datos fundamentales. Por lo general son narraciones legendarias que tratan de responder a base de la fantasía a curiosidades a las que los evangelios no dan respuesta. Por ejemplo, acerca de la infancia de Jesús o de la vida de sus amigos y discípulos.



3. LA HISTORIA: JESÚS Y LOS HISTORIADORES

Las fuentes evangélicas constituyen testimonios históricos de gran valor. Lo hemos comprobado. Proceden de cristianos que quieren dar a conocer a Jesús de Nazaret como el Hijo de Dios. Constituyen el testimonio selecto, canónico, de la comunidad de los seguidores de Jesús, en la que se perpetuará su memoria viva. Este carácter suyo, testimonial y "evangelizador", no les hace perder a los evangelios su fiabilidad histórica. Así lo ha puesto de relieve precisamente la investigación rigurosa, y hasta inmisericorde, a la que han sido sometidos durante siglos, especialmente por la llamada investigación histórico-crítica de las tres últimas centurias. Si los historiadores antiguos no cristianos no hubieran hecho ninguna referencia a Jesús, nos bastarían los evangelios y el testimonio secular de la Iglesia para estar seguros de lo fundamental acerca de Jesús. Pero hay más, aunque no sea mucho: algunos historiadores profesionales de los años posteriores a Jesús se refieren a él. Es sorprendente, pero contamos también con esta confirmación, escueta, pero muy interesante.

34. ¿Por qué es sorprendente que hubiera algún historiador no cristiano que se haya ocupado de Jesús poco después de su muerte?

Jesús murió crucificado y sus discípulos se dispersaron. Nadie defendió su causa. Por supuesto, nadie luchó en su favor. Él no había sido ningún liberador político de Israel que hubiera reunido ni siquiera un pequeño grupo de resistencia digno de aparecer en los anales de la multitud de guerrillas y escaramuzas organizadas contra Roma. Por otra parte, tampoco se puede decir que como líder o reformador religioso hubiera obtenido demasiado éxito. Ninguno de los grupos religiosos de su tiempo aceptó sus enseñanzas. Ni siquiera sus seguidores, gente de poca cultura e influencia, estaban seguros de lo que significaba realmente aquel "profeta" galileo. Le admiraban, pero no le entendían. En definitiva, aquel hombre extraño y extraordinario parecía condenado a desaparecer de la memoria histórica común, igual que les había parecido a quienes lo condujeron a la muerte que su desaparición de la escena iba a ser

definitiva. ¿Quién se iba a preocupar de su suerte y de su memoria?

35. ¿Quién escribió, entonces, sobre Jesús por aquel tiempo sin ser cristiano?

Fue un compatriota suyo, llamado Flavio Josefo, que escribe sobre Jesús más o menos al mismo tiempo en el que se estaba componiendo el evangelio de San Juan. Su testimonio es, por tanto, muy antiguo y, según los especialistas, independiente de las fuentes cristianas.

Su nombre era José ben Matías, nació sobre el año 38 y murió algo después del 100. Era un judío aristócrata, de familia sacerdotal, que comenzó luchando contra los romanos y, hecho prisionero, acabó siendo favorecido por los emperadores Flavios, de quienes adoptó el nombre y a quienes servía con sus escritos.

Entre sus obras, la más extensa se llama *Antigüedades judaicas*, escrita entorno al año 93. Es una historia de Israel en la que trata de presentar las peculiaridades de su pueblo de modo que pudieran ser comprendidas de algún modo desde Roma. Al llegar a los tiempos más recientes, habla también de algunos personajes típicos, como eran los mesías políticos -de los que cuenta varias historias- o de otras figuras para él curiosas, como Juan el Bautista o Jesús. Un historiador judío escribiendo para Roma ha sido, pues, el llamado a dejar a la posteridad un testimonio no cristiano de Jesús de la primera época y de primera mano.

36. ¿Y qué dice Flavio Josefo sobre Jesús?

En las *Antigüedades* se menciona a Jesús en dos pasajes. El más importante de ellos es el llamado *testimonium flavianum*, donde Josefo hace un escueto retrato de Jesús cuando narra la historia del gobernador romano de Palestina Poncio Pilato.

Algunos eruditos niegan que esas líneas sobre Jesús las haya escrito Josefo. Piensan que son un añadido introducido en el texto original por copistas cristianos. No conservamos el texto salido de la mano del historiador judío, sino copias sólo muy posteriores. Los estudios sobre este asunto son muchísimos. Los autores se inclinan a

pensar que sí ha habido interpolaciones hechas por cristianos, pero que el pasaje es fundamentalmente de Josefo. Suprimiendo lo que serían añadidos, el texto original queda así:

“En aquel tiempo apareció Jesús, un hombre sabio. Porque fue autor de hechos asombrosos, maestro de gente que recibe con gusto la verdad. Y atrajo a muchos judíos y a muchos de origen griego. Y cuando Pilato, a causa de una acusación hecha por los hombres principales entre nosotros, lo condenó a la cruz, los que antes lo habían amado no dejaron de hacerlo. Y hasta este mismo día la tribu de los cristianos, llamados así a causa de él, no ha desaparecido” (Antigüedades judaicas, capítulo 18).

Se trata, como puede verse, de un texto sobrio. Las interpolaciones cristianas añadían algunas apreciaciones propias de la fe cristiana o cercanas a ella. Josefo se mantiene, en cambio, en un tono distante, en nada incompatible con la religión judía. Fue precisamente esta sobriedad con la que habla simplemente de “un hombre sabio” la que debió parecer poco a algún copista cristiano, que no se resistió a añadir: “si es que basta con llamarle hombre”. Más adelante se añadió también: “era el Cristo”. Pero de éstas y otras interpolaciones se puede prescindir perfectamente. Es inverosímil que hubieran salido de la pluma de Josefo. Basta y sobra lo que parece que él escribió.

37. ¿Concuerda Josefo con los evangelios?

Es fácil notar que las pocas informaciones que el historiador judío ofrece acerca de Jesús coinciden con algunos rasgos importantes de su figura que conocemos por los evangelios: Jesús atrajo la atención y se ganó la admiración de la gente por sus palabras y por sus hechos, enseñó con sabiduría y obró milagros; le siguieron tanto judíos como griegos; fue acusado por los notables de Israel y condenado a morir en la cruz por el gobernador romano, Pilato; sus seguidores se mantuvieron fieles a él y siguen presentes en el mundo como tales cuando Josefo escribe su historia a finales del siglo I.

El historiador ofrece de este modo una descripción externa de

la vida de Jesús. Se nota que no tiene las claves para interpretar la verdad de esa vida. Escribe desde la distancia. No da oídos ni a las palabras de Jesús ni a las de sus seguidores. Ni siquiera habla de la resurrección. Con todo, su descripción de lo que Jesús hizo y de lo que aconteció con él concuerda básicamente con lo que los evangelios narran, desarrollan e interpretan en las claves de la fe.

38. ¿Cuál es el valor principal del testimonio de Flavio Josefo?

El testimonio del historiador judío permite responder afirmativamente a la pregunta de si existe alguna otra prueba acerca de la existencia de Jesús distinta de los escritos cristianos: sí, la historia profana, independiente de las fuentes cristianas, ha recogido la presencia de Jesús en el mismo contexto y con algunos de los rasgos fundamentales que aparecen también en los evangelios.

En realidad, Josefo no aporta nada que no tengamos por las fuentes cristianas. Pero su testimonio independiente resulta importante y sorprendente.

39. ¿No hay más historiadores antiguos que mencionen a Jesús?

Sí, hay referencias a Jesús, o al Cristo, en varios autores: Mara Bar Sarapion, Tácito (56-120), Plinio el Joven (ca. 111), Suetonio (ca. 120), Julio Africano (170-240) y Luciano de Samosata (ca. 115-200).

Es interesante que en fechas tan tempranas se mencione a Jesús en las historias generales o en cartas entre personajes no cristianos. De este modo se confirma la rapidez con que se extendió el cristianismo. En efecto, todos estos autores hablan de Jesús cuando tienen que hablar de los cristianos. Y se refieren a él de un modo muy escueto, como al originador del movimiento cristiano.

40. ¿Cuál es el valor histórico de estas menciones de los historiadores?

Se piensa que, tal vez con excepción de Tácito, estos autores no disponían de fuentes de información propias para hablar de Jesús.

Dicen lo que era sabido para quienes conocían a los cristianos, normalmente a partir de lo que los cristianos mismos comunicaban de sí mismos. Los autores paganos, reinterpretan irónica o despectivamente la fe de los cristianos.

En el caso de Tácito, es posible que contara con otras fuentes directas de información, pues él había sido gobernador de Asia hacia el año 112. En todo caso, lo que dice acerca de Jesús cuando narra la historia de Nerón en su obra *Anales* es, después de Josefo, lo más sustancioso que un autor no cristiano de la época escribiera acerca de Jesús. Algunos sospechan que Tácito había leído a Josefo. Él escribía así:

“Por tanto, para acallar el rumor (de que era Nerón mismo el causante del incendio de Roma), Nerón creó chivos expiatorios y sometió a las torturas más refinadas a aquellos que el vulgo llamaba cristianos, odiados por sus abominables crímenes. Su nombre proviene de Cristo, quien bajo el reinado de Tiberio, fue ejecutado por el procurador Poncio Pilato.” (Anales, capítulo 15)

Ni Tácito ni los demás historiadores aportan noticia alguna sobre la vida de Jesús que no conozcamos por las fuentes cristianas.

41. ¿Los judíos, a parte de Josefo, no escribieron por entonces acerca de Jesús?

No. El Talmud (comentario de la Biblia hecho por maestros notables) es una fuente importante para conocer el mundo religioso judaico. Recoge algunas alusiones a Jesús. Pero según los autores más serios, estas alusiones fueron añadidas a partir del siglo IV a las tradiciones talmúdicas que presentaban alguna analogía con su persona o su mensaje. Se trata de alusiones polémicas hechas por los autores judíos cuando la presencia del cristianismo en el mundo antiguo era ya del todo insoslayable. Pero para entonces, el mundo judío no guardaba ya ningún recuerdo concreto y autónomo sobre la existencia de Jesús en Palestina. Todo lo que dicen es reacción a las fuentes y a la vida cristianas.



II ¿QUÉ CONOCEMOS DE LA HISTORIA VERDADERA DE JESÚS DE NAZARET?

Conocemos mucho de la historia verdadera de Jesús de Nazaret. Sabemos con bastante exactitud las fechas más importantes de su vida: la de su muerte, su aparición pública y su nacimiento. Sabemos igualmente cuál fue su cultura, su estilo de vida, su actividad y el contenido de su enseñanza. Sobre todo, podemos acercarnos con seguridad suficiente a las razones que movieron su existencia y que le condujeron a la muerte y a la victoria sobre ella. Sabemos también cómo valoró su camino en este mundo y con qué conciencia lo anduvo.

Sin embargo, no son pocos los que leen hoy -al parecer con gusto- libros empeñados en hacerles creer que Jesús es, en realidad, un desconocido. Corre la voz de que es inseguro, si no falso, casi todo lo que sabemos de él por el Nuevo Testamento y por el testimonio de la Iglesia. Nada más lejos de la realidad. Lo que sucede es que no se acierta o no se quiere acertar con el camino que conduce a la verdad de Jesús. Se parte de prejuicios que impiden acercarse a él, como los del positivismo y el materialismo. Además, se seleccionan arbitrariamente las fuentes y se las trata de modo inapropiado. En realidad, Jesús permanece desconocido sólo para quien no quiere conocerle.

En los capítulos siguientes ofrecemos un compendio de lo que sabemos sobre la verdad de la historia de Jesús. No es, ni mucho menos, todo. Se trata de un panorama que nos permite tener ante los ojos un conocimiento básico de la figura única del Nazareno. Naturalmente, seguimos el camino que hemos trazado en los primeros capítulos.

Comenzaremos por el final de Jesús en la cruz, iluminada por su resurrección. Nos volveremos enseguida al comienzo de su vida terrena y, luego, la recorreremos en sus rasgos más notables. Si alguien se sorprende de este modo de proceder, que dé, por favor, una ojeada a las ilustraciones del espléndido *Libro de*

Jesucristo ¿Cuál es la imagen que más se repite? ¿Qué figura de Jesús veneran ante todo los fieles cristianos en los centenares de santuarios y advocaciones de Cristo que salpican toda la geografía religiosa de España? No es precisamente la imagen, entrañable, de Jesús recién nacido o de Jesús niño. Es a Jesucristo en la cruz, o en los pasos de su pasión, al que la fe de nuestro pueblo profesa una veneración emocionada y permanente. La Navidad tiene su momento específico en el año litúrgico. La Cruz, en cambio, está siempre, día tras día, en el ábside de todas nuestras iglesias, en la cabecera de nuestros santuarios y, también, sobre nuestros lechos y nuestras tumbas.

Por eso comenzamos nuestro recorrido por ahí. El final dramático y glorioso de Jesús fue el momento decisivo de su vida. La cruz y la resurrección pusieron definitivamente en claro lo que él había sido en aquellos breves años palestinos, tan llenos de incomprendiones; de la cruz y de la resurrección procede la luz que ilumina a lo largo de los siglos a los seguidores de Jesús. En aquel final se encierra el significado de toda su vida. Es un dato teológico de primera magnitud. Por otro lado, constituye también el más firme punto de partida histórico, del que se conservan incluso testimonios antiguos procedentes de fuera del ámbito cristiano.



4. EL FINAL: PASIÓN Y RESURRECCIÓN

42. ¿Cuándo murió Jesús de Nazaret?

Hay una notable coincidencia entre los especialistas sobre el año e incluso sobre el día de la muerte de Jesús. Aquel acontecimiento, terrible y grandioso al mismo tiempo, tuvo lugar un viernes, según la gran mayoría de los estudiosos, el día 7 de abril (14 del mes judío de Nisán) del año 30.

43. ¿Cómo sabemos la fecha de la muerte de Jesús?

Los datos que permiten fijar con mucha aproximación la fecha mencionada son de tres órdenes: de historia general, de cronología evangélica interna y de cálculo astronómico. Cada una de estas fuentes de información por sí sola ofrece datos menos exactos, pero la combinación de todas ellas arroja un resultado preciso con altas posibilidades de exactitud histórica.

Nadie debe sorprenderse de que sean necesarios muchos cálculos para precisar ésta y otras fechas de la vida de Jesús. Hay que recordar que entonces no existían los documentos públicos de nacimiento ni de defunción ni siquiera para los personajes importantes del mundo. Menos aún, para el hijo de un carpintero de la obscura aldea de Nazaret que acabaría sus días ajusticiado.

Sin embargo, es importante subrayar que, en el campo de la historia general, la muerte de Jesús en la cruz está atestiguada *de forma independiente* al menos por un historiador no cristiano en una historia de Israel compuesta hacia el año 93 y titulada *Antigüedades judaicas*. Se trata de Flavio Josefo, un judío que escribía en Roma para sus protectores, los Flavios, y que no tenía ningún interés en mostrar una imagen de su país de origen como tierra propicia a la aparición de mesías revoltosos que tuvieran que ser castigados por la autoridad imperial. Sin embargo, Josefo dice de Jesús, entre otras cosas, que "siguiendo las instigaciones de los notables de nuestro pueblo fue condenado por Pilato a morir en cruz; con todo, sus anteriores adeptos no dejaron de amarlo".

El testimonio de Josefo corrobora lo que atestigua el Nuevo Testamento de modo unánime: que Jesús fue condenado por Pilato al

suplicio de la cruz. Éste ejerció su mandato de prefecto de Judea del año 26 al 36, el arco de tiempo más amplio en el que, por tanto, tuvo que acontecer la muerte de Jesús. No es poco que la historia general arroje estos datos ciertos, cuando de numerosos personajes de la época no tenemos más que referencias mucho más vagas; por ejemplo, del propio Flavio Josefo sólo sabemos que murió después del año 100.

Pero la cronología evangélica nos permite precisar aún que la muerte de Jesús tuvo que acontecer más exactamente entre el año 27 y el 32. Es el lapso de tiempo que resulta de sumar a las fechas más temprana y más tardía posibles del comienzo de la vida pública de Jesús (los años 26 y 29 respectivamente) la duración más breve y más larga posible de su actividad, a saber: uno o tres años. De cómo se deducen estos datos de los evangelios hablaremos en el próximo capítulo.

Los cuatro evangelios coinciden también en afirmar que la muerte de Jesús tuvo lugar un viernes de Nisán, mes en el que se celebraba la Pascua, siempre el día 15. Esto permite a los especialistas hacer cálculos astronómicos para precisar en cuáles de los años que entran en cuestión el viernes coincidió con el día de la Pascua o con el de su preparación. Hay que tener en cuenta las dos posibilidades, pues según los Sinópticos, Jesús murió el día de Pascua y según San Juan, el día de la preparación de la Pascua.

Pues bien, tal coincidencia se dio sólo en los años 27, 30, 33 y 34. De entre ellos se elige el año 30 por los siguientes motivos: es el más coherente con lo que dice San Lucas, que "Jesús tenía unos treinta años al iniciar" (Lc 3, 23) su ministerio público, pues, en nuestro supuesto, habría tenido entonces unos treinta y tres años; y, por otro lado, aquel viernes era día 14, o sea, el día de la preparación de la Pascua, que es el señalado por San Juan como el de la muerte del Señor y el más aceptado por los estudiosos.

44. ¿Previó Jesús su muerte de cruz?

No cabe duda: Jesús no sólo previó su muerte violenta (posiblemente de cruz, ya que era el castigo que los romanos aplicaban a quienes consideraban una amenaza seria para su poder), sino que vivió asumiéndola conscientemente, preparó a sus amigos para ese

trance y, llegado el momento, quiso anticiparse a ella de modo solemne en una celebración muy especial, que llamamos la Última Cena.

Juan el Bautista había sido ya ejecutado por Herodes Antipas (probablemente en la primavera del año 29) y el cerco de sus propios detractores, los saduceos y los fariseos, se estrechaba cada vez más amenazante en torno a él, cuando Jesús contó una parábola importantísima: la de los viñadores homicidas (Mc 12, 1-12). En ella desvela indirectamente que se consideraba a sí mismo como "El Hijo", el "último" de los enviados de Dios, ante quien, por tanto, era urgente y decisivo tomar postura. Además, pone de manifiesto que en aquel momento contaba ya con una muerte violenta a manos del mismo pueblo que había rechazado uno tras otro a los mensajeros de Dios. Los investigadores más serios y competentes consideran que esta parábola refleja la conciencia que Jesús tenía sobre su final y que hay que tenerla presente para interpretar bien lo que hizo y dijo en la última cena.

En los evangelios Jesús predice varias veces que va a padecer y a morir de modo violento; así lo hace por segunda vez en el relato de San Marcos (9, 30-32):

"Saliendo de allí iban de camino a través de Galilea, y no quería que lo supiera nadie, pues iba instruyendo a sus discípulos, y les decía: 'el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres; y lo matarán; y ya muerto, después de tres días resucitará'. Pero ellos no entendían aquella conversación, y tenían preguntarle."

Algunos exegetas han interpretado estos anuncios como meras composiciones literario-teológicas hechas después de los acontecimientos del Gólgota y puestas luego en los labios de Jesús por los evangelistas. Su redacción actual es, no cabe duda, de los autores de los evangelios. Pero no es posible negar que reflejan el hecho de que Jesús preveía su pasión.

Los evangelistas rodean estos anuncios de una atmósfera de secreto. Según los exegetas mencionados, se trataría de un recurso literario para ocultar la supuesta ignorancia de Jesús respecto de su peculiar mesianismo y de su desenlace dramático. Pero lo que más bien querían explicar o justificar era la incapacidad de los dis-

cípulos para entender la figura de su Maestro. Esto es lo que en realidad persiguen los autores sagrados con el llamado "secreto mesiánico". Jesús les advirtió repetidamente sobre su condición de Mesías sufriente. Pero ellos no lo comprendieron por entonces y los evangelistas echan sobre aquella pertinaz incomprensión de los discípulos el manto pudoroso del secreto. Vienen a querer decir algo como lo siguiente: Jesús hablaba de su pasión, pero, al mismo tiempo ocultaba su condición mesiánica, mandando callar y no divulgar sus enseñanzas al respecto; por eso sus amigos no acabaron de comprenderle hasta después de la resurrección.

45. ¿Cuándo tuvo lugar la Última Cena? ¿Fue la habitual cena de Pascua?

No parece que Jesús haya celebrado exactamente la misma cena pascual que la mayoría de los judíos festejaban la noche anterior al día solemne de la Pascua.

Según los tres primeros evangelios, Jesús celebró la cena pascual el jueves por la noche, la víspera del día de su muerte: "¿Dónde quieres que vayamos a hacer los preparativos para que comas el cordero pascual?" (Mc 14, 12-17 y par). En cambio, según San Juan, los judíos celebraron la cena pascual el viernes, cuando Jesús ya estaba muerto: "no entraron en el pretorio para no contaminarse y poder comer el cordero pascual" (Jn 18, 28) aquella noche, la del día de "la Preparación de la Pascua" (19, 14 y 31).

Hay, pues, una diferencia de un día entre los sinópticos y el cuarto evangelio a la hora de fijar el día de la muerte de Jesús: el 15 ó el 14 de Nisán respectivamente; es decir, el día de Pascua, según los Sinópticos, o el día de la Preparación, según San Juan. La cuestión tiene su importancia, pues en el primer caso la cena que Jesús celebró con sus discípulos el día antes de padecer, habría sido, sin duda ninguna la cena ritual de la Pascua, que los judíos celebraban la noche anterior a esta fiesta solemne. En cambio, si, como dice San Juan, Jesús fue crucificado el día antes de la Pascua, ya habría estado muerto cuando los judíos celebraban la cena pascual, aquella noche. ¿Cómo sucedieron, en realidad, las cosas?

Según hemos adelantado ya, pensamos que el Evangelio de San Juan es el que refiere el curso real de los acontecimientos. Jesús fue

arrestado el día 13 de Nisán, jueves, y crucificado el día 14, viernes, víspera de la Pascua, que aquel año coincidía con el sábado o *sabbat*, pero se celebraba siempre el día 15. Si esto fue así, la cena que tuvo lugar el jueves no pudo ser la cena ritual de pascua, celebrada por los judíos normalmente el día 14.

46. ¿Por qué no le dejaron a Jesús celebrar ya aquella Pascua con todos?

Hay dos motivos -uno estratégico y otro religioso- que hablan en favor de lo que dice el Evangelio de San Juan.

Los dirigentes están decididos a poner ya fin al asunto de Jesús. No quieren arriesgarse a que el supuesto provocador y blasfemo acabe por hacerse con la simpatía del pueblo; y deciden detenerle, aprovechando que está en Jerusalén. Pero lo tienen que hacer con prontitud: mejor "antes de la fiesta", como dice el segundo evangelio (Mc 14, 2). Así lo exige la elemental razón estratégica de no exponerse a revueltas o resistencias del pueblo. Algunos entienden esta precisión de Marcos en sentido espacial, no temporal, es decir: no *antes* de la fiesta, sino en secreto, *fuera del lugar* concurrido para la fiesta. Pero aunque éste fuera el sentido -menos probable- de sus palabras, el evangelista pone también así de manifiesto una objeción respecto a hacer coincidir el arresto y muerte de Jesús con la fiesta de Pascua, que congregaba a multitudes enfervorizadas en Jerusalén.

Los dirigentes podían temer que algunos judíos piadosos apoyaran al Nazareno; más todavía, si lo juzgaban y ejecutaban en el día solemnisimo de la Pascua, cuando la Ley prohibía estrictamente éstas y otras actividades. Tampoco los saduceos querían ni tenían por qué quebrantar las disposiciones legales de modo tan llamativo, ellos que precisamente iban a juzgar a Jesús por transgresor de la Ley. Este motivo religioso se añade al estratégico a favor de la cronología de San Juan. Es cierto que serían los romanos -a quienes la Ley judía no obligaba- quienes pronunciaran y ejecutaran la sentencia, pero no sin la iniciativa y la colaboración activa de personas y poderes judíos.

El mismo Marcos aporta otros datos que hacen inverosímil que el día de la muerte de Jesús fuera el de la fiesta de la Pascua. Dice que

Simón de Cirene venía del campo y que se le impone un trabajo más desagradable todavía que el agrícola: llevar la cruz de Jesús (Mc 15, 21); y dice que José de Arimatea compra una sábana para el entierro de Jesús (Mc 15, 46). Ninguna de estas actividades estaban permitidas en el día de la Fiesta. Como tampoco parece lógico que se diera una amnistía pascual, soltando a un preso (Mc 15, 6), el mismo día de Pascua, cuando el agraciado ya no iba a poder celebrar la cena pascual. Se hubiera hecho el día anterior.

47. Pero ¿qué sentido le dio Jesús a aquella celebración postrera?

Aunque no pudo celebrar la Pascua en el momento marcado por la costumbre ritual, Jesús sí celebró con sus discípulos el banquete pascual previsto por la Ley para conmemorar la liberación de Israel de la servidumbre de Egipto y el establecimiento de la Alianza entre Dios y su Pueblo. Pero lo hizo, según parece, adelantando su celebración un día. Es la explicación que nos resulta más convincente para conciliar, por un lado, lo que los Sinópticos afirman: que Jesús celebró con sus discípulos la cena de Pascua, y, por otro lado, la cronología más verosímil, ofrecida por San Juan. San Juan Crisóstomo daba ya esta explicación, que ayuda a comprender cómo ambas tradiciones evangélicas tienen su fondo histórico. San Juan relata el curso temporal de los acontecimientos y los Sinópticos mantienen la memoria de la cena pascual. Nadie inventa nada.

Jesús celebró anticipadamente la cena de Pascua porque preveía que los acontecimientos se iban a precipitar. Por eso organiza los preparativos con tanto misterio y secreto. Envía a sus amigos desde Betania con instrucciones precisas para que contacten con el dueño de una casa de Jerusalén, cuyo nombre no les da. Éste les iba a tener todo preparado. Posiblemente también el cordero, que, según Flavio Josefo, dada la cantidad enorme de peregrinos, se podía obtener en el templo, ritualmente sacrificado, días antes de la Pascua.

Jesús manifestó el gran deseo que tenía de comer aquella Pascua con sus discípulos. Era la hora suprema que no volvería a sonar hasta su retorno glorioso: "He tenido gran deseo de comer

este cordero pascual con vosotros antes de padecer. Pues os digo que ya no lo comeré hasta que tenga su cumplimiento en el Reino de Dios" (Lc 22, 15).

Son palabras que los especialistas consideran un reflejo muy fiel de la conciencia escatológica de Jesús, es decir, de que consideraba inminente una acción trascendental de Dios en el mundo a través de su muerte. Era necesario, pues, anticipar la Pascua y celebrarla como expresión de su propio paso al Padre.

48. ¿Entendió, entonces, Jesús su muerte como instrumento de una Nueva Alianza de Dios con su Pueblo?

Todo lo que venimos diciendo apunta en esa dirección. Sin embargo, R. Bultmann, un exegeta protestante del siglo XX, sostuvo que Jesús se encontró con la muerte como con un destino fatal, es más, que muy posiblemente se hubiera desesperado ante ella. Mantiene que esto no afectaría para nada a su fe en que Dios actuó en aquella muerte -experimentada por Jesús como absurda- convirtiéndola en fuente de salvación para los hombres. Como protestante, piensa que Dios salva haciendo simplemente que el pecado -en este caso la desesperación- no cuente, es decir, sin colaboración humana ninguna. De esta suerte, además, Bultmann cree encontrar una tabla de salvación para la fe cristiana, que quedaría así como blindada frente a cualquier escándalo que pudiera ser descubierto por la investigación histórica en la historia de Jesús. ¡Qué mayor contrasentido que su supuesta desesperación final! Sin embargo, los novelistas y pseudohistoriadores que han difundido estas teorías, haciéndolas llegar hasta las pantallas del cine y de la televisión, no eran tan pietistas como Bultmann. Lo que ellos sacaron de ahí no fue ningún supuesto blindaje para la fe, sino todo lo contrario. Propalaron a los cuatro vientos que el Jesús fracasado y desesperado era el Jesús que la Iglesia se había empeñado en ocultar al mundo, mientras que el Jesús real y simpático habría sido un ser humano aplastado, como tantos otros, por un grandioso ideal de fraternidad, que la ruda naturaleza de este mundo sin sentido se habría encargado de desenmascarar como imposible.

Estos intérpretes no están cegados sólo por la aversión a la fe

LA PASCUA JUDÍA

La cena pascual se divide en cuatro partes principales:

I. Primer plato

Fórmula de bendición pronunciada por el padre de familia sobre la primera copa (= copa de *qidduš*).

Primer plato (legumbres, hierbas amargas, salsa de compota de frutas).

Se servía la comida (pero no se tomaba aún); se mezclaba la segunda copa y se presentaba (pero todavía no se bebía).

II. Liturgia pascual

Hagadā pascual del padre de familia (en arameo).

Primera parte del *hallēl* pascual (en hebreo) = Sal 113 + 114.

Se bebía la segunda copa (= copa de *hagadā*).

III. Plato principal

Oración de la mesa pronunciada por el padre de familia sobre el pan ácimo.

Comida (cordero pascual, *maššôt*, hierbas amargas, compota de frutas, vino).

Oración de la mesa sobre la tercera copa (= copa de bendición).

IV. Conclusión

Se servía la cuarta copa.

Segunda parte del *hallēl* pascual (en hebreo) = Sal 115-118.

Plegaria de alabanza sobre la cuarta copa (copa de *hallēl*).

Figura 2: La cena de la Pascua.

cristiana o por la inquina antieclesial. Cuentan también para sus fantasías con los materiales proporcionados por una exégesis que se había extraviado a sí misma alejándose de la interpretación eclesial de la Escritura y, a la vez, de la Escritura misma. Porque, según la Sagrada Escritura, la verdad de la historia de Jesús fue otra: que él asumió su muerte dándole un sentido salvador trascendente.

49. ¿Cómo fue capaz de darle un sentido a lo que parecía un fracaso final?

Exegetas católicos de talla han mostrado cómo los *gestos* y las *palabras* de Jesús en la Última Cena ponen de relieve su conciencia de que Dios, el Padre, actuaría también de un modo extraordinario a través de su muerte, igual que había actuado durante toda su vida en su obras y en su mensaje.

Lo que Jesús hizo en aquella cena, es decir, *sus gestos*, bastaría para dar a entender -según piensa H. Shürmann, pero también el protestante P. Stuhlmacher- que era consciente del significado salvador de su muerte inmediata. ¿Qué hizo Jesús? Introducir dos nuevos gestos en el rito de la cena pascual que denotan la conciencia mencionada de la intervención nueva y definitiva de Dios. A saber: las palabras sobre el pan ácimo, antes de comer el cordero; y la distribución de una única copa después de este plato principal. Son los únicos gestos de los que hablan los evangelios que narran la cena del Señor. No necesitaban contar toda la cena, porque suponen que sus destinatarios, que eran judíos o cercanos a ellos, conocían bien el rito pascual. Puede verse en el esquema adjunto el curso del ritual pascual y los momentos en los que Jesús hizo sus intervenciones especiales (figura 2).

Ambos gestos son llamados por los especialistas "acciones mesiánicas simbólicas", es decir, expresiones dramatizadas de que allí se está poniendo en juego la acción definitiva del enviado de Dios. En concreto significan que el banquete que los profetas habían previsto como expresión de la nueva situación de paz entre Dios y su pueblo para el fin de los tiempos, está teniendo lugar ya allí. Lo habitual en el ritual judío era que cada cual bebiera de su copa. En cambio Jesús, a la hora de la llamada "copa de bendición", hace que todos beban de la misma copa: la única gran copa de bendición de la que los rabinos esperaban que Israel iba a beber en el banquete final (Sal 116, 13). Jesús está diciendo con este gesto que el final obrado por Dios está a punto de llegar anticipadamente.

Las palabras con las que acompaña sus gestos explican en qué consiste el final vislumbrado por Jesús, esa acción definitiva de Dios en su enviado. Los exegetas -R. Pesch en particular, pero tam-

bién el protestante M. Hengel- han visto que el Nazareno se interpretaba a sí mismo como el "Siervo de Yahvé" del que había hablado misteriosamente el libro de Isaías (Is 52, 13 - 53, 12). La profecía, que había resultado hasta entonces una especie de cuerpo extraño en la tradición de Israel, ocupa un lugar central en el Nuevo Testamento. Jesús pensaba en ella cuando decía que la copa que daba a beber era la de su "sangre de la alianza, la derramada por muchos" (Mc 14, 23). El profeta, en efecto, había previsto un "varón de dolores entregado a la muerte y contado entre los malhechores, porque llevó los pecados de muchos e intercedió por los pecadores". Así entiende Jesús su muerte: como la del Siervo que padece en lugar de los pecadores para darles comunión con Dios.

Jesús pudo dar sentido a su muerte porque él fue el gran intérprete de las Escrituras. Él las cumplió. Hablaban de él. Jesús estuvo muy lejos de ser un hombre desorientado ante el misterio del mal y de la muerte.

50. Pero ¿no contradecía aquella muerte vergonzosa su predicación acerca de la bondad de Dios? ¿Cómo es que el Padre bueno permitía un final así para su Hijo amado?

Hay quien se hace una idea tal vez demasiado romántica de la predicación de Jesús. El Nazareno sería -según piensan algunos- el profeta del amor, entendido éste como la condescendencia del hombre con sus propias tendencias, supuestamente bondadosas de por sí; ese amor cuenta con la complicidad de un Dios bonachón, en absoluto deseoso de inquietar a nadie demasiado.

La muerte libremente aceptada por Jesús contradice esa visión simplista de las cosas. El Dios de Jesús no es ese Dios "ligero", sin peso propio. Tampoco es, naturalmente, un Dios justiciero y sediento de sangre. La muerte de Jesús nos alerta acerca de la verdadera situación de la humanidad, por un lado, y nos descubre el verdadero rostro del Padre, por otro lado.

Dios Padre no desea la muerte de sus criaturas. Él es verdaderamente justo y bueno: hace salir el sol sobre justos e injustos; sale él mismo todos los días al camino para esperar la vuelta a casa del hijo que se ha marchado y corre peligro; después de muchos intentos de atraerlo, le ofrece ahora, con la presencia del Hijo, una

última oportunidad de regreso a casa.

El Hijo sabe que ha venido a servir y entiende su camino hacia la muerte como la culminación de su servicio: "el Hijo del hombre no vino a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos" (Mc 10, 45). Es "el Siervo", de Isaías, que soporta y calla.

Pero la pregunta sigue ahí: ¿Por qué? ¿Por qué es necesario ese "rescate" sangriento? ¿No bastaba el servicio de la palabra, de la invitación al Reino? Parece que no. La muerte de Jesús muestra hasta qué punto la libertad del hombre es respetada por Dios, incluso en su extravío. Por eso es reveladora tanto de la verdadera situación de perdición de la humanidad, por su alejamiento crónico de Dios, como de la verdadera "condescendencia" divina: la que le mueve a padecer con los hombres las consecuencias mortales de tal perdición.

Dios "permite" la muerte del Hijo porque así muestra a los humanos la seriedad de su amor en la locura de nuestro alejamiento culpable de él. La "permite" porque antes, como Creador, se había embarcado en la gloriosa y pesada aventura de la libertad.

51. En definitiva, ¿cuál fue el motivo de la sentencia de muerte contra Jesús? ¿Un decreto eterno de Dios o la maldad de los hombres?

El Creador estuvo siempre dispuesto a cargar con las consecuencias de haber creado seres libres. Pero eso no significa que él dispusiera la muerte de Jesús. Hemos de pensar, más bien, que lo que Él dispuso en su eternidad fue que los hombres respondieran con amor a su Creador. No podía, sin embargo, disponer una respuesta de amor sin arriesgarse a que la respuesta no fuera ésa; es decir, que se estaba aventurando por el camino de la libertad creada.

Jesús fue sentenciado a muerte como consecuencia de un determinado ejercicio de la libertad humana que se apartaba de su propia razón de ser y del designio primero de Dios. Pero el Creador tiene, como veremos, más recursos.

La sentencia de muerte fue pronunciada por el prefecto romano, Poncio Pilato. Sin embargo, parece claro que no fue él quien tomó la iniciativa de arrestar y de procesar a Jesús. Por el contrario, todo

apunta en el sentido de que trató de evitar dictar aquella sentencia. Con todo, condenó a muerte a Jesús aun cuando no estaba convencido de su culpabilidad. Más que la justicia y la veracidad, pesaron en su ánimo ponderaciones referentes a su propio prestigio y futuro profesional: "Si sueltas a ése, no eres amigo del César".

Según el testimonio de los evangelios y también, de Flavio Josefo, fueron las autoridades judías, es decir, los saduceos, y el Sumo Sacerdote en particular, quienes planearon la muerte de Jesús e instigaron a la autoridad romana a ejecutarla, ya que ésta se reservaba el derecho general de la pena capital.

Jesús pudo haber sido sometido a la lapidación. Él mismo había salvado a una mujer de morir apedreada. Este castigo parece que era competencia de las autoridades judías para determinados

delitos específicamente previstos por las leyes religiosas, como el adulterio o la blasfemia. Éste último parece que fue el cargo que las autoridades religiosas le imputaban: pensaban que era un blasfemo, porque se atribuía poderes y atributos divinos. Sin embargo quisieron dar a su acusación contra Jesús el carácter de un asunto político: lo entregaron a Pilato bajo el cargo de rebelde y de conspirador contra el poder de Roma. ¿Por qué?

El hecho es bastante claro. En la inscripción de la cruz constaba el motivo de la condena: por ser un supuesto "rey de los judíos". Menos clara resulta la razón por la que los saduceos levantaron esta calumnia contra Jesús y se aliaron así aparentemente con su enemigo oficial: el poder romano que les sometía y controlaba a ellos. ¿Acaso para evitar entrar en serio en la discusión planteada en el sanedrín por quienes advertían del posible carácter verdaderamente divino de la actuación de Jesús? Haciéndole matar como un exaltado rebelde más, se distraía, ciertamente, la atención del fondo misterioso de la verdadera pretensión de Jesús. De ese modo se salía al paso de posibles divisiones en el seno del Pueblo, que esperaba una intervención divina en su desdichada historia. Luego protestaron de que Pilato, cogiéndoles por la palabra, hubiera hecho clavar en la cruz aquel título regio, que también les humillaba a ellos. Además, la división del Pueblo se iba a consumir del modo más dramático.

En definitiva, la causa de la condena a muerte de Jesús fue la mentira: la calumnia de las autoridades judías y la corrupción del prefecto romano. La libertad actuando en contra de la verdad.

52. ¿Significó, entonces, la cruz de Jesús la muerte de la Verdad?

El cuerpo asfixiado y desangrado de Jesús colgaba de la cruz a las tres de la tarde del día 14 de Nisán, a pocos metros de las murallas de Jerusalén, en la salida hacia el noroeste por la puerta llamada de Efraím (véase el plano de la figura 3). Su aspecto debía ser deplorable y lastimoso, "sin figura humana", según la asombrosa profecía de Isaías. Había sido cruelmente azotado por Pilato, por ver si con aquel castigo sus acusadores se daban ya por satisfechos y podía soltarlo; si bien los condenados a la cruz solían ser flagela-

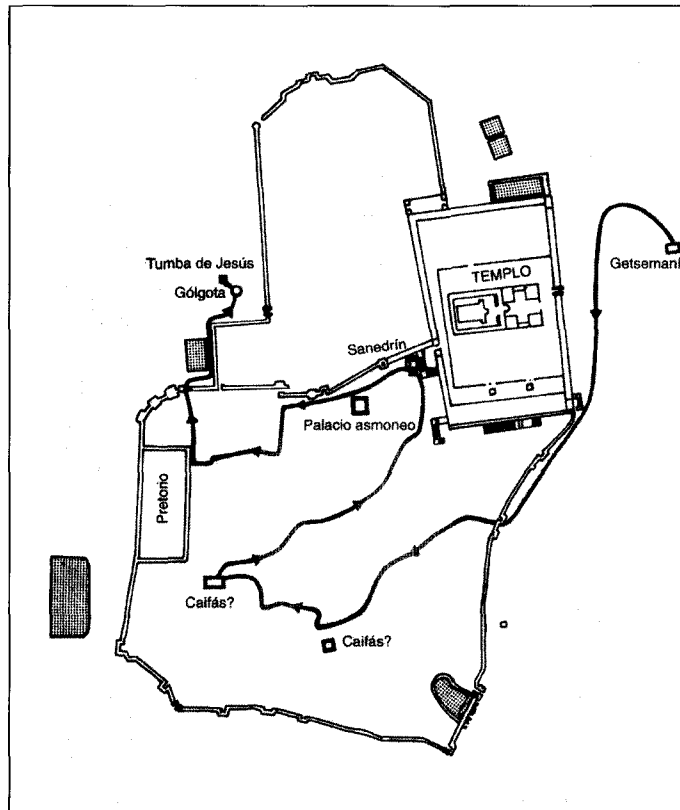


Figura 3: Jerusalén en tiempos de Jesús.

dos para debilitar su resistencia. Algunos morían ya destrozados por las varas o las correas, erizadas de púas metálicas, que sacaban los huesos del tórax de la víctima a la vista de sus verdugos. Jesús había sido además “coronado” como rey con espinos, de esos que todavía crecen en los alrededores de Jerusalén y son capaces de taladrar las maletas de los peregrinos que intentan llevárselos a sus casas como evocación piadosa de la realeza del Nazareno.

La escena era aterradora. Pero la sensibilidad de las gentes estaba hecha a aquellos espectáculos que pretendían aleccionar a los posibles criminales. Eran muchos los que pasaban por allí y se paraban a curiosear. Quienes no le conocían seguro que decían:

- Algo habrá hecho...

Más lacerantes aún eran los comentarios burlescos de quienes le habían visto antes o habían oído hablar del profeta de Nazaret y de su obra:

- “¡Vaya! Tú que destruyes el santuario y lo edificas en tres días, sálvate a ti mismo bajando de la cruz” (Mc 15, 29).

Mientras tanto, los que le habían seguido de cerca, invitados por él a compartir su vida y su misión, los apóstoles, brillaban allí cegadoramente por su ausencia. ¡Qué sinceridad la de los evangelios! No son ciertamente un relato fraudulento destinado a glorificar a la comunidad cristiana naciente.

Dolor, abandono, fracaso... ¡muerte! Aparentemente, una vez más, la verdad era silenciada y aplastada por la mentira del mundo. ¿Tampoco ahora había sido posible el triunfo de la vida y de la verdad? ¿También Jesús de Nazaret había sido un iluso al anunciar que su muerte iba a significar un nuevo comienzo y una Nueva Alianza? ¿También él había sido un ingenuo, ahora derrotado, que se había fabricado una idea megalómana de sí mismo y había inducido, con alguna razón, a sus adversarios a considerarle un blasfemo y un peligro para el orden social?

Jesús murió en la cruz y las tinieblas cubrieron la tierra.

53. Si murió acusado por la legítima autoridad religiosa del Pueblo de Dios ¿cómo sabemos que Jesús no era culpable de la impostura blasfema que le imputaban sus jueces?

Ésta es una pregunta muy seria. Hay quienes se apresuran a

decir que Jesús era en realidad “culpable”, si no de blasfemia, sí de sedición contra Roma y de desobediencia a los poderes religiosos de su tiempo. Jesús habría sido un héroe de la liberación social, ejemplo para todos los inconformistas y rebeldes de la historia, para todos los condenados legalmente por leyes y poderes injustos.

Ciertamente Jesús fue víctima de un abuso del poder. Ya lo hemos dicho. Pero sólo en la cabeza de determinados intérpretes políticos de su figura se podrá encontrar un fundamento para pensar que él no reconociera a las autoridades religiosas que lo acusaron o incluso que recusara en absoluto la potestad del prefecto romano que dictó su sentencia. Por el contrario, Jesús, en el momento del juicio en el pretorio, reconoce que Pilato tiene una cierta autoridad que le ha sido dada “de lo alto”, igual que antes le había reconocido al César un ámbito de competencia distinto del que él mismo consideraba como objeto específico de su misión: “dad al César lo que es del César”. Los testimonios de que Jesús aceptaba las leyes y las autoridades de su Pueblo son muchísimos: por ejemplo, paga el impuesto del templo, ordena a los leprosos curados que se presenten a los sacerdotes y, en particular, acepta la autoridad del Sumo Sacerdote que le juzga, rebatiendo la acusación de falta de respeto que se le hace.

Ni Jesús ni sus jueces consideraban que lo que estaba en cuestión era una simple causa de sedición o de rebeldía social. Era mucho más que eso. La causa de Jesús era la misma causa de Dios, eran los caminos que el Creador había diseñado para llevar adelante su plan de salvación para una humanidad cegada por la rebelión contra él. Pero ¿lo sabían sus jueces? ¿Podían saberlo? ¿Tenían razón al condenarle por blasfemo, por presunto manipulador de Dios?

Parece que Jesús, ya en el patíbulo, disculpaba a quienes lo habían llevado a la muerte porque “no sabían” lo que hacían. Lo mismo hace San Pedro en uno de sus primeros discursos después de Pentecostés: “no conocían” al que crucificaron. Pero ¿querrá esto decir que Jesús no habría explicado con claridad la misión que traía de parte de Dios? ¿No había mostrado sus credenciales? Volveremos más adelante sobre estas preguntas cuando repasemos el modo en el que Jesús se presentó ante el pueblo con sus obras y palabras.

Lo que ahora tenemos que decir es que, como Jesús preveía,

después de su muerte sucedió algo que le vino a dar la razón frente a sus jueces: su resurrección de entre los muertos. Ésa fue la última credencial divina de Jesús. Si Jesús no fue abandonado en la muerte por el Padre, ahí tenemos una confirmación decisiva, de parte de Dios mismo, de que Jesús tenía razón. Lejos de ser un blasfemo, Jesús había vivido e interpretado correctamente su vida y su destino como actuación divina para la salvación de los hombres. Jesús resucitado sale vencedor de la mentira y de la muerte.

54. ¿Y cómo sabemos que Jesús resucitó realmente?

Hay dos tipos de argumentos sobre el hecho de la resurrección de Jesús. Unos lógicos y otros históricos. La combinación de ambos ofrece una altísima credibilidad a la afirmación central y más antigua de la predicación de la Iglesia: “que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; y que fue sepultado; y que resucitó al tercer día, según las Escrituras; y que se dejó ver de Cefas; después de los Doce” (1 Cor 15, 3-4).

La lógica exige suponer que algún acontecimiento verdaderamente extraordinario tuvo que suceder para que la muerte de Jesús no haya significado el final de su causa. Fueron muchos los judíos que habían sido condenados por revueltas contra el poder establecido. Todos cayeron pronto en el olvido y, por supuesto, ninguno de ellos contó, ni de lejos, con unos seguidores que llegaran a constituirse en un vigoroso grupo religioso, como lo fue la comunidad cristiana desde bien pronto. Un hecho así exige una *razón suficiente* que lo explique. Tanto más cuanto que sabemos que el grupo humano que fue el germen de la Iglesia, se había manifestado siempre como poco o nada comprensivo con la causa de Jesús. Le admiraban, sí, pero no le comprendían. No habían entendido nunca en qué consistía su misión salvadora. Se habían resistido a aceptar las enseñanzas de Jesús acerca de su rechazo y de su muerte. Y cuando llegó el momento de la verdad, uno de ellos le traicionó y los demás le abandonaron vergonzosamente, huyendo de nuevo a su patria de Galilea.

El historiador ha de preguntarse por la causa del cambio radical acontecido al poco tiempo de la crucifixión de Jesús: ¿qué fue lo que consiguió convertir a aquellos rudos y cobardes galileos en

clarividentes y decididos testigos de la causa de Jesús en Jerusalén, en Roma y en “todo el mundo”? ¿A qué pudo deberse aquel cambio tan chocante? La lógica histórica pide que se busque una razón suficiente, capaz de explicar aquella metamorfosis inesperada para todos que echó a andar a la Iglesia de Jesucristo por los caminos de la historia, hasta el día de hoy.

Quien, desde el punto de vista del historiador, se haga preguntas como éstas, se encontrará, con los argumentos históricos que subyacen a la predicación cristiana: la tumba vacía y las apariciones del Resucitado. Se encontrará también con la argumentación filosófico-teológica que interpreta aquel acontecimiento, carente de paragon histórico alguno, en el horizonte de la fe de la Iglesia.

55. ¿Se descubrió vacía la tumba de Jesús?

Claro. ¡Si no, no hubieran sido posibles la predicación cristiana ni el desarrollo de la Iglesia! Los adversarios del Evangelio hubieran podido señalar con el dedo la falsedad del anuncio cristiano de la resurrección y lo hubieran hecho inviable desde el principio; hubieran tenido la prueba en contrario:

- “Ahí tenéis la tumba con el cadáver de ése que dicen que ha resucitado”

De hecho, todas las tradiciones evangélicas hablan del hallazgo de la tumba vacía; también la tradición de San Juan, de modo independiente de los sinópticos. Es verdad que los testimonios escritos más antiguos acerca de la resurrección no mencionan expresamente este hecho. Por ejemplo, el capítulo 15 de la primera Carta a los Corintios, citado en la pregunta anterior. Pero es que daban por supuesto que si el “sepultado” (cosa que sí mencionan expresamente) se había dejado ver fuera del sepulcro, es porque ya no se encontraba en él. Su interés era anunciar el hecho, todavía de un modo escueto y como entrecortado por el asombro, el miedo y el gozo. Sólo más tarde, ante los ataques y las objeciones de los adversarios, fue necesario hablar expresamente del hallazgo de la tumba vacía.



56. Pero ¿basta la tumba vacía para demostrar que Jesús resucitó?

No, no basta. Prueba de ello es que, aun reconociendo el hecho de que Jesús no estaba ya en el sepulcro, los judíos daban una explicación distinta del mismo, aunque tuvieran que recurrir a la simple suposición de un fraude: decían que los discípulos lo habían hecho desaparecer. No se negaba el hecho, pero se intentaba darle otra explicación, ya que se trataba de un dato realmente incómodo, sobre todo, si además de no estar ya en la tumba, Jesús se mostraba vivo a la gente. Esto exigía una explicación alternativa a quienes no aceptaban la versión cristiana de los hechos; y echaron mano de lo más sencillo: los discípulos del crucificado dicen que lo "ven", porque han robado el cadáver. Pero, al parecer no lo lograron demostrar, ya que los supuestos testigos de los hechos - los extraños guardias de un sepulcro - ¡estaban dormidos!... En cambio, otras explicaciones de novelistas y racionalistas posteriores más fantosias no parecieron posibles en la cercanía de los acontecimientos: Jesús había muerto a la vista de todos y estaba bien muerto; difícilmente iba a haberse recuperado de aquel suplicio por el fresco benefactor de la tumba, saliendo a continuación de viaje para la India...

La tumba estaba vacía, pero ¿por qué? ¿Cuál era el sentido de aquel dato empírico?

57. ¿Qué significa que el crucificado "fue levantado" del sepulcro y "se dejó ver" por los discípulos?

En el lenguaje bíblico, las formulaciones en forma pasiva "fue levantado" y "se dejó ver", igual que el detalle de "al tercer día", remiten a una actuación de Dios mismo en y tras la muerte de Jesús. El escándalo de la muerte había roto la relación de los discípulos con Jesús, pero no la relación de Jesús con Dios y, viceversa, del Padre con él. Naturalmente, como toda actuación divina, aquella intervención de Dios en la resurrección de Jesús no se puede reducir a un acontecimiento clasificable empíricamente como un dato más de los hechos intramundanos. Tampoco se puede tratar de explicar como una pura experiencia subjetiva de unas personas

II ¿Qué conocemos de la historia verdadera de Jesús de Nazaret?

más o menos impresionadas por acontecimientos dramáticos e interesadas en ellos. A no ser, claro está, que se pretendiera excluir absolutamente como imposible toda actividad de Dios, el Creador, en y con el mundo; una exclusión que es difícilmente justificable ante la razón verdaderamente humana y no limitada por prejuicios materialistas o racionalistas.

Las apariciones del resucitado son atestiguadas también por todas las tradiciones evangélicas. Hay divergencias entre éstas. No es posible, por ejemplo, hacer coincidir fácilmente la narración de Marcos, que sitúa todas las apariciones en Jerusalén, con las de Juan, que sólo habla de apariciones en Galilea. En todo caso, se trata de elaboraciones de la tradición antigua que recogía el hecho de las apariciones del Señor Resucitado a Cefas, a los Doce, a más de quinientos hermanos, etc., como Pablo atestigua en la primera carta a los Corintios.

58. Pero ¿en qué consistían las apariciones? ¿Era un Jesús vuelto de nuevo a la vida de antes el que les salía al encuentro?

No. Jesús no había resucitado como resucitó Lázaro, por ejemplo, a quien él había llamado de nuevo a esta vida, pero a quien los judíos planeaban matar también, porque muchos seguían a Jesús por su causa. A Jesús resucitado nadie lo puede matar de nuevo; ya no muere más, porque su vida es la vida de la gloria de Dios. La resurrección no devolvió a Jesús a este mundo temporal y corruptible, sino que lo asumió en la vida imperecedera propia de Dios.

Los que se encontraban con Jesús resucitado experimentaban un acontecimiento muy distinto que la visión de un cadáver simplemente reanimado. Las apariciones no eran visiones de un muerto. Eran una revelación de Dios mismo en la persona de Jesucristo, el Hijo eterno.

59. Entonces ¿Jesús resucitado es un espíritu sin cuerpo?

San Pablo habla de que el Resucitado tenía un "cuerpo espiritual". Tal vez por eso sus amigos no le reconocían siempre a la primera. Estaba transformado. Pero no era un puro espíritu, ni un



ella. No. El cuerpo forma parte de la identidad de la persona tanto como el alma. ¿Cómo podríamos seguir siendo nosotros mismos con el cuerpo de otros? ¿De quién seríamos entonces hijos y hermanos? ¿A qué pueblo perteneceríamos? Por medio del cuerpo el ser humano se inserta en una red de relaciones en el espacio y en el tiempo que forman parte de su identidad. Esas relaciones no son prescindibles para la persona. Tampoco lo son para Dios. Él nos llama a compartir su vida, no a dejar la nuestra. Para vivir la vida de Dios no tenemos que dejar nuestro cuerpo como si fuera un cascarón inservible. Porque el cuerpo es criatura de Dios y él es poderoso para hacerlo capaz de la vida eterna.

La fe en la resurrección responde al anhelo de vida eterna de la persona entera. No sólo de una parte de ella, del espíritu, sino de toda la realidad completa de su identidad, que incluye también el cuerpo y todo lo que de positivo recibimos por medio de él.

62. ¿Es la resurrección de Jesús un hecho histórico?

No cabe duda: el sepulcro de Jesús quedó vacío, en Jerusalén, el día 16 de Nisán del año 30, muy probablemente. De la resurrección, como de todo hecho histórico, se puede precisar el lugar y la fecha en que aconteció. Por otro lado, se trata de un hecho que ha dejado su huella en la historia; la ha marcado tal vez de manera más profunda que ningún otro acontecimiento de los anales de la humanidad. De aquel primer domingo de la historia surge el impulso definitivo que pone en camino a la Iglesia y que abre un horizonte de esperanza para todos los mortales, en particular, para los que sufren y son alcanzados por una muerte aparentemente absurda. El hecho y sus efectos en el mundo son, pues, comprobables. Se trata de un acontecimiento histórico.

Pero también hay que decir que se trata de un acontecimiento sin parangón: no es un hecho histórico como los demás. Porque la resurrección de Jesucristo es precisamente el punto en el que confluyen el tiempo y la eternidad, el espacio de este mundo y el cielo de Dios. Justamente por eso no es un acontecimiento que caiga bajo el dominio de lo meramente empírico, que se puede experimentar bajo las condiciones de la física habitual, lo cual es, por definición, interior a este mundo. La resurrección no puede ser



NACIMIENTO DE CRISTO E INICIO DE LA ERA CRISTIANA

Nacimiento de Cristo		Muerte de Herodes			Inicio de la era cristiana				
↓	↓	↓					↓		
747	748	749	750	751	752	753	754	755	756
↑ ? ↑							a. C. ←		→ d. C.
de la fundación de Roma									

Figura 4: Relación entre el año del nacimiento de Cristo y el año de inicio de la era cristiana.

comprendida a fondo más que bajo las condiciones de la fe, es decir, de la apertura a la revelación de Dios. En este sentido, se trata de un acontecimiento que podríamos llamar metahistórico, o sea, que va más allá de los hechos históricos habituales.

Con todo, hay que mantener el carácter histórico de la resurrección del Señor. De lo contrario, es decir, si afirmamos que no es un hecho histórico, induciríamos a pensar erradamente que es menos que histórico, o sea, irreal; pero, en realidad, según acabamos de decir, la resurrección de Jesús es un acontecimiento más que histórico, o sea, real en grado sumo.

FECHAS PRINCIPALES DE LA VIDA DE JESÚS

Nacimiento de Jesús	→	Año 6 a. C.
Comienza a predicar	→	Año 27 d. C., tenía unos 33 años.
Crucifixión en Jerusalén	→	Año 30 d. C., tenía unos 36 años

Figura 5: Las fechas fundamentales de la vida de Jesús de Nazaret.

5. EL COMIENZO: NACIMIENTO Y FAMILIA

63. ¿Cuándo nació Jesús?

Curiosamente Jesús nació, con toda probabilidad, el año 5 ó 6 antes de Cristo, es decir, hace unos 2011 años y no los 2006 contabilizados hasta ahora por el calendario cristiano, aunque éste arranca de su nacimiento, convertido en la referencia más universal para el cómputo de los años. El reloj del tiempo humano marca un “antes” y un “después” de Jesucristo.

64. ¿Por qué no coincide el año del calendario con el del nacimiento de Jesús? ¿Cómo sabemos cuándo nació realmente Jesús de Nazaret?

Naturalmente, cuando Jesús nació, el tiempo se contaba todavía de otra manera. Sólo bastante más tarde, cuando su figura se había convertido ya en una referencia universal, surgió la idea de contar el tiempo en relación con su nacimiento. Entonces hubo que hacer cálculos para pasar del antiguo al nuevo sistema de cuenta. Y se cometieron algunos errores al fijar el momento del nacimiento de Jesús en el calendario que había sido el más usual hasta entonces, que era el que había contado los años a partir de la fundación de Roma.

En efecto, fue en el siglo VI cuando un monje romano, llamado Dionisio el Exiguo, hizo los cálculos mencionados. Para ello tomó como punto de referencia fundamental la muerte del rey Herodes, que él situaba en el año 754 de la fundación de Roma. Supuso que en ese mismo año había tenido lugar el nacimiento de Cristo y comenzó a contar la nueva era cristiana a partir del año 755. Pero se equivocaba tanto en la fecha de la muerte del rey, como en hacer coincidir el nacimiento de Cristo en aquel mismo año.

Según Flavio Josefo, Herodes murió en la primavera del año 750. Hoy prácticamente todo el mundo da por buena esta fecha. Con lo cual tenemos que adelantar ya el nacimiento de Jesús en cuatro años respecto al cómputo inaugurado por Dionisio, es decir, al año 4 antes de Cristo. Pero además, los evangelios de

Mateo y de Lucas coinciden en afirmar que Jesús nació “en tiempos del rey Herodes”; o sea, que habrá que remontarse aún algo más allá, pues lo más normal es que los “tiempos” de Herodes no se reduzcan al año de su muerte. Y, en efecto, lo habitual es adelantar todavía el nacimiento de Jesús al menos un año más, siguiendo para ello la pista de la orden dada por el tirano de matar a todos los niños menores de dos años, con el fin de asegurarse que entre ellos estuviera el temido mesías. Así es como nos situamos en el año 5 ó 6 antes de Cristo para el nacimiento de Jesús; o sea, en el año 748 de fundación de Roma (véase la figura 4).

Estos cálculos admitirían de por sí una mayor flexibilidad. Es bastante seguro que Jesús nació con anterioridad al año 4 antes de Cristo. Pero algunos adelantan la fecha hasta el año 8, dejando márgenes más amplios en los últimos años del rey Herodes; no le otorgan fiabilidad a la referencia de los dos años señalados por el evangelio de Mateo. Sin embargo, los años señalados, del 5 ó 6 antes de Cristo, son los más seguros, pues en su favor están también otras referencias cronológicas de la vida de Jesús que armonizan muy bien con esa fecha y, de este modo, la confirman; tenemos en cuenta, en particular, el comienzo de su actividad pública.

65. ¿Sabemos cuándo dejó Jesús Nazaret para comenzar su actividad pública?

Sí, es el momento sobre el que los Evangelios nos dan los datos cronológicos más precisos. Por eso esta fecha nos ha servido ya de referencia a la hora de señalar el año de la muerte de Jesús y ahora vuelve a servirnos también para fijar mejor el de su nacimiento.

Dos tradiciones evangélicas distintas -la de Lucas y la de Juan- ofrecen sendos datos coincidentes que nos permiten situar con bastante seguridad el comienzo de la vida pública de Jesús entre el año 27 y el 28 de la era cristiana.

San Lucas (3,1) se preocupa de encuadrar la aparición pública de Juan el Bautista y, con ella, la de Jesús, en el marco de la historia universal: “En el año decimoquinto del imperio del emperador Tiberio, cuando Poncio Pilato gobernaba Judea, cuando Herodes era tetrarca de Galilea”, etc.

¿Cuál es ese año decimoquinto de Tiberio? Si contamos a partir del año 14, en que murió Augusto -el emperador anterior- sería el año 29 de la era cristiana. Pero sabemos que Tiberio compartió el poder en las provincias occidentales del Imperio con su predecesor durante casi tres años, es decir, ya desde el año 12. Si Lucas se refiriera a esta fecha, el año decimoquinto del gobierno de Tiberio sería entonces el 26. Los años 26 y 29 son, pues, respectivamente, el más temprano y el más tardío posible para el comienzo de la vida pública de Jesús. Podemos precisar más recurriendo a la tradición de San Juan.

Éste, en efecto, coloca el comienzo de la actividad de Jesús cuarenta y seis años después del comienzo de la reedificación del templo: “En cuarenta y seis años se ha edificado este santuario ¿y tú lo levantarás en tres días?” (Jn 2, 20). Sabiendo que las obras del templo habían sido comenzadas por Herodes en el año 20/19 antes de Cristo, a partir de esta observación podemos deducir que Jesús hace su aparición pública el año 27/28. La correspondencia con los datos de San Lucas es bastante exacta. Podemos, pues, dar por sentado, que ésta es la fecha en que Jesús deja Nazaret para recorrer los caminos de Palestina. Es la fecha muy aproximada de su bautismo por Juan, del que hablaremos en el próximo capítulo.

66. ¿Cuántos años permaneció, entonces, Jesús en su pueblo de Nazaret?

San Lucas dice que “Jesús comenzaba hacia los treinta años” (3, 23) su actividad fuera de Nazaret. Otro dato que casa perfectamente con los anteriores y que nos inclina a no ir más allá del año 6 antes de Cristo a la hora de fijar el nacimiento de Jesús.

La expresión flexible “hacia los treinta años” permite contar con un margen de dos o tres años en torno a los treinta. Si Jesús nació el año 6 antes de Cristo y comenzó su vida pública el año 27, tenía para esta última fecha 32 ó 33 años. Largos años de oscuridad y de ocultamiento, (véase la figura 5).

67. Pero ¿son en realidad fiables todas estas fechas basadas en los Evangelios?

Algunos exegetas no se fían. Dicen, por ejemplo, que asignarle a Jesús “unos treinta años” cuando comienza su actividad, es simplemente un recurso literario que alude a una edad de vitalidad máxima juzgada ideal para tal empresa: la edad típica de otros personajes bíblicos como David o José en tales circunstancias (cf. 2 Sam 5, 3 y Gn 41, 46). Por lo que toca a los datos de la infancia de Jesús referida por Mateo y por Lucas, no son pocos los que los consideran puramente simbólicos o tipológicos.

Es seguro que Lucas hacía este tipo de alusiones tipológicas en los relatos de la infancia, puede que también al hablar de los treinta años aludidos. Pero esto no es razón suficiente para negar que *el conjunto* de los datos cronológicos aducidos, basados en referencias a la historia profana general y en la cronología relativa interna a los evangelios, ofrezca un panorama coherente y altamente fiable. Para negar en bloque su fiabilidad, habría que tener razones que pusieran en entredicho cada elemento de ese conjunto. A parte de que habría que mostrar que hacer alusiones tipológicas sea algo absolutamente incompatible con reflejar, al mismo tiempo, hechos históricos.

68. ¿Y del día del nacimiento de Jesús podemos decir algo seguro?

No sabemos el día del nacimiento de Jesús. Pero esto no es nada extraño. Hay que recordar que entonces no había registros civiles ni parroquiales, no había actas de nacimiento ni de bautismo. ¡Éstas no empezaron a hacerse con regularidad hasta el siglo XVII! Los registros civiles son más recientes aún. Por eso no conocemos el día del nacimiento de muchos personajes que nacían ya como príncipes o hijos de la clase pudiente, que iban a ser literatos o personas influyentes en el mundo. Jesús nació ya, es cierto, como “príncipe”, pero como un príncipe muy especial que lo era en la pobreza y la oscuridad de una familia humilde. No era de esperar que se registrara en ningún sitio la fecha de su nacimiento. No la sabemos.

69. ¿Por qué celebramos, entonces, su nacimiento el día de Navidad?

La celebración del nacimiento de Jesús el día 25 de diciembre tiene un origen y un sentido litúrgico, es decir, que no pretende tanto festejar un “cumpleaños”, cuanto celebrar lo que aquel acontecimiento significa también hoy para el cosmos y para la humanidad. Por eso, la fecha de la Navidad se estableció (en el siglo III) con una doble referencia: una cósmica y otra histórica.

La referencia al cosmos parte de la comparación de Cristo con el sol. El “día del sol”, el primer día de la semana, había acabado por imponerse como el día de la celebración de la Pascua cristiana, frente a la fecha fija, del 14/15 de Nisán, en la que los judíos la celebraban. Era el día de la resurrección del que había sido crucificado cuando se sacrificaba el cordero pascual. Pero entonces resultaba también que Cristo habría sido concebido, simbólicamente, el día mismo en el que el sol había sido creado. Una tradición de las cristiandades del norte de África señalaban para la creación del sol el 25/23 de marzo. Ahora bien, esta fecha era asignada asimismo a la muerte de Cristo en la cruz, igual que los judíos pensaban que en ese día Abrahám se había dispuesto a sacrificar a su hijo Isaac.

Pues bien, la referencia al acontecimiento histórico de la cruz y la resurrección fue determinante. Contando nueve meses a partir de ese momento, en el que la tradición hacía coincidir la conmemoración de la concepción y de la muerte del Señor, se llega al 25 de diciembre, día en que se comenzó a celebrar el nacimiento de Jesús.

Más tarde, a medio camino entre la Anunciación (marzo) y la Navidad (diciembre), se introdujo la fiesta del nacimiento de Juan el Bautista, el 24 de junio, cuando el sol, que había empezado a ganar espacio a las tinieblas en marzo, empezaba de nuevo a retroceder, para volver a correr victorioso desde el solsticio de invierno, en la Navidad. Se daba así una escenificación cósmica a la afirmación profética del Bautista: “Yo tengo que disminuir para que él crezca”.

De este modo, la historia de la salvación, marcada por la Pascua del Señor, integraba en su ritmo y en su finalidad salvífica los ciclos del devenir del cosmos. La Navidad no nace como una

mera réplica al culto imperial del sol, sino como expresión del cumplimiento del fin de la creación en Cristo.

70. ¿Nació Jesús realmente de una mujer virgen?

El Credo de la Iglesia proclama que Jesús “se encarnó por obra del Espíritu Santo, de María la Virgen”. Sin embargo, el Nuevo Testamento es, en realidad, muy sobrio cuando narra la concepción y, más aún, el nacimiento de Jesús. De ahí que algunas interpretaciones exegéticas, tratando de estar a bien con el llamado sentido común (en realidad, con el empirismo materialista), nieguen que Jesús haya sido concebido y haya nacido de manera extraordinaria. Éste es uno de los casos en los que la tradición eclesial resulta decisiva para la correcta interpretación de los textos bíblicos.

En efecto, sólo en dos pasajes del Nuevo Testamento se habla expresamente de que la concepción de Jesús fue obra del Espíritu Santo, es decir, de Dios mismo. Sólo en esos dos pasajes se dice también que ningún varón tomó parte en la generación de Jesús. Se trata de los evangelios de Mateo (1, 18-25) y de Lucas (1, 34-35). Mateo, además, concluye su genealogía de Jesús excluyendo a José de la acción generativa, al contrario de lo que había hecho con todos su predecesores varones, e introduce inesperadamente a María para decir que de ella nació Jesús (cf. Mt 1, 16).

71. ¿Son históricos esos pocos relatos que hablan de la concepción virginal de Jesús? ¿Cuál sería su fuente de información?

Los primeros capítulos de Mateo y de Lucas, precisamente los únicos que hablan de que Jesús fue concebido por obra del Espíritu Santo, son considerados por algunos como carentes de toda base histórica. Dicen que son composiciones literarias tipológicas, construidas para demostrar o bien, en el caso de Mateo, que en Jesús se cumplen las profecías del Antiguo Testamento, entre ellas la de Isaías que hablaba de una virgen o doncella madre (Is 7, 14), o bien, en el caso de Lucas, el paralelismo entre los nacimientos prodigiosos de Jesús y de Juan.

Son, ciertamente, composiciones literarias con una intención teológica. Pero ¿se puede afirmar sólo por eso que carecen de toda

base histórica? Si no se dan otras razones, nos tememos que este tipo de contraposición entre teología e historia no es más que un reflejo del prejuicio cognoscitivo que tiende a identificar las afirmaciones teológicas con construcciones puramente mentales e irreales y, a considerar, en cambio, que lo histórico es igual que lo mensurable y constable empíricamente, identificado con lo real. Pero es necesario abandonar los prejuicios y atenerse a los hechos. Entre éstos, los exegetas reconocen los siguientes.

En primer lugar, que las narraciones de Mateo y de Lucas son independientes la una de la otra. No se han copiado, como lo muestra, entre otras cosas, que sigan planes literarios tan distintos y las múltiples divergencias concretas que presentan. Sin embargo, en segundo lugar, entre los datos en los que coinciden están los referentes a la concepción virginal de Jesús por obra del Espíritu Santo. Este testimonio dúplice es muestra de que ambos dependen de una tradición más antigua que tienen interés en recoger y de la que hacen un elemento central de sus composiciones narrativas. En tercer lugar, se ha notado también que no es cierto que lo que los evangelios dicen responda en absoluto al esquema de los mitos o leyendas de algunas religiones sobre héroes o semidioses procedentes del comercio carnal de determinados dioses con algunas mujeres; ni siquiera reproducen los esquemas de ciertos nacimientos prodigiosos que aparecen en la Biblia. La narración evangélica habla de otra cosa muy distinta y sin parangón ninguno, como veremos enseguida.

Estos datos son suficientes para que no se pueda decir sin más en bloque de los capítulos evangélicos en cuestión que sean puras composiciones literarias sin fiabilidad histórica ninguna. Además, lo que dicen de la concepción de Jesús constituye el centro del interés histórico de ambos relatos.

No hay unanimidad a la hora de determinar el origen de la tradición histórica recogida por los evangelistas. Schürmann, por ejemplo, la hace remontarse a una “íntima tradición familiar”, en la que, sin duda, el testimonio de María habría jugado un papel importante. Otros prefieren remitirse a la comunidad primitiva, sin más especificaciones; es decir, a aquella misma comunidad en la que se desarrolló la primera comprensión elaborada de la figura de Jesús como el Hijo de Dios.

72. ¿Por qué no hay más testimonios de la concepción virginal de Jesús en el Nuevo Testamento, tratándose de algo tan original y maravilloso?

Naturalmente hay que recordar que el silencio no es, en ningún caso, un argumento en contra. Por lo demás, es explicable que ni San Pablo, ni San Marcos, ni San Juan hablen de la concepción virginal. Esos testigos de la tradición parten de otros presupuestos para decir lo mismo que Mateo y Lucas desarrollan hablando de la concepción de Jesús por obra del Espíritu Santo. Ellos parten “de arriba”, es decir, de que la persona de Jesús, el Logos, ya existía en el seno de Dios y se hace hombre. Así, el Evangelio de Juan comienza, en su conocido Prólogo, con la afirmación taxativa: “Al principio era el Verbo... y el Verbo se hizo carne”. San Marcos comienza también hablando del “Hijo de Dios” (1, 1), del mismo que es “Hijo de María” (6, 3). San Pablo, por su parte, muy poco después de la muerte de Jesús, recogía la interpretación que la comunidad primitiva había hecho de su figura como el Hijo preexistente de Dios que se anonada en la carne de pecado (Rom 1, 3; 8, 3; Fil 2, 6). En cambio, Mateo y Lucas, adoptan otra perspectiva, pues parten “de abajo”, es decir, no del Logos en cuanto Dios en el seno del Padre, sino, en cuanto hombre, en el seno de María.

73. ¿Qué dice la concepción virginal de la verdad de la historia de Jesús?

La historia de la concepción virginal de Jesús no es ni un mito ni un espiritualismo que haga de menos la corporalidad y la sexualidad humana. No es un mito en el que el Espíritu Santo actúe como si fuera un principio generativo que sustituyera a la paternidad biológica habitual, como sucede en la unión entre dioses y mujeres que contempla la mitología griega, por ejemplo. El Espíritu de Dios actúa, más bien, en el plano que le es propio, es decir, como fuerza divina creadora, de la que todo procede, que no tiene necesidad de quebrar las leyes de la naturaleza por él creada, pero que también puede actuar de modo que las trascienda: “para Dios nada hay imposible”. Con lo cual se ve ya que el objetivo de esta acción especial del Espíritu no es evitar la generación huma-

na normal, como si ésta fuera indigna de Jesús o de su madre, por tratarse de un ámbito impuro o menos bueno, según algunas concepciones espiritualistas pensaban erróneamente. El cuerpo humano y sus dinamismos sexuales son, por el contrario, también obra del Creador y, por tanto, de por sí, dignos y puros.

Que el Espíritu Santo “cubra con su sombra” a María, no es una expresión de connotación sexual, sino teológica. La finalidad de tal acción divina, como en el caso de la nube que “cubría” al Sinaí o la tienda de la teofanía (Ex 40, 35), cuando Dios se revelaba, es manifestar la realidad de Dios. En este caso, se pone de manifiesto que el ser humano concebido en el seno de la Virgen madre, pertenece inmediatamente, desde sus orígenes a la divinidad de Dios. Por eso el Creador actúa aquí de modo trascendente a las causalidades humanas ordinarias: para mostrar la especial y única pertenencia de la humanidad de Jesús a la divinidad de Dios.

La concepción virginal de Jesús le muestra como Hijo de Dios, en su humanidad, desde la raíz y el comienzo de su ser como criatura. De modo que se puede decir que Jesús no es Hijo de Dios por haber sido concebido virginalmente, sino que, a la inversa, fue concebido virginalmente porque él era Hijo eterno de Dios. Ahí radica precisamente la verdad profunda de su historia: el Lógos, la razón de ser de todo lo que existe, *crea*, por su Espíritu, *un nuevo comienzo*, al aparecer en el mundo como criatura humana.

74. ¿Cómo se compagina este hecho tan extraordinario en los comienzos mismos de la vida de Jesús con que todos, incluso su madre, parece que no acabaron de comprender quién era él hasta después de la resurrección?

La concepción virginal de Jesús no fue, muy probablemente, un hecho de dominio público. Perteneció, más bien, al misterio que María custodiaba en su corazón. Ella hizo partícipe de él a su esposo José (instruido también por Dios a este respecto) y ambos lo guardaron como parte de su intimidad personal y de su relación personal con Dios. También ellos necesitaban tiempo para comprender. Además, ¿cómo hubieran podido ser entendidos por parientes, vecinos o amigos si hubieran pretendido explicar una rea-

lidad tan maravillosa que ni ellos mismos, en su intimidad con Dios, habían podido desentrañar todavía del todo?

El entero sentido de aquel acontecimiento prodigioso se les fue revelando a María y José a medida que su hijo se les iba mostrando como el Hijo de Dios. Pero, sí, ellos lo sabían ya desde el principio: Jesús no era hijo de José. José era ni más ni menos que el elegido para darle nombre y para insertarlo legalmente en la genealogía de David. Pero sólo eso. Aquel niño encerraba en sí un misterio infinitamente mayor que el de todo niño que viene a este mundo. Sus palabras, sus hechos y, sobre todo, su muerte y su resurrección iban a ir poniéndolo plenamente de manifiesto. Eran también necesarios la paciencia y los ojos para ver.

75. Pero ¿no es poco creíble que una muchacha palestinese tuviera el propósito de mantener su virginidad en aquella cultura que tanto valoraba la maternidad y la paternidad? ¿No estaba ya, de hecho, prometida?

Era ciertamente muy poco común, mas no absolutamente impensable. La procreación y la prole abundante eran señales de la bendición de Dios. Pero tampoco dejó de haber en Israel personas, e incluso grupos enteros que se abstenían de las relaciones conyugales como señal de una especial dedicación a Dios o como respuesta a una particular llamada suya. Algunos profetas cuentan entre los primeros, entre ellos, Juan el Bautista. También en tiempos de Jesús, los grupos llamados de los esenios se abstenían de las relaciones conyugales por motivos religiosos, pues esperaban una inmediata intervención de Dios que implantaría su Reino y daría por finalizado este tiempo de la creación.

María estaba prometida a José. Pero ella se había hecho el propósito de consagrar su virginidad a Dios. Así se infiere de su sorpresa ante la anunciada concepción de Jesús: “¿cómo será eso, pues no conozco varón?” (Lc 1, 34). Ella no desconfía del poder de Dios; manifiesta su perplejidad ante una situación que le parecía contradictoria con lo que Dios mismo le había pedido y ella le había ofrecido. María, La Virgen de Nazaret representa, con su “hágase” (*fiat*), el asentimiento radical de la Humanidad entera a la invitación divina a la unión con Dios. María era una joven

excepcional por su vida interior con Dios, pero común por su modo de vida en la remota aldea de Nazaret. Por eso necesitaba estar prometida a un futuro esposo, que la protegiese y que diera regularidad social a su vida. José había sido elegido para ello. De ahí que Mateo le haga también a él destinatario directo de la revelación de Dios. Él tuvo sus dificultades para reconocer su vocación y para entender lo que sucedía con su prometida. Pero su apertura a los designios divinos fue también ejemplar y su misión, única.

76. ¿Nació Jesús en Belén? ¿Por qué le llamaban, entonces “el Nazareno”?

Algunos libros que pretenden ser muy exactos -y en otras cosas los son- afirman taxativamente que Jesús no nació en Belén de Judá, como se ha creído hasta ahora, sino en Nazaret de Galilea. ¿En qué se basan? Pues fundamentalmente en dos argumentos. El más sencillo es que todo el mundo le conocía como “el nazareno” y, en cambio, nunca se le apoda el betlemita. El otro argumento tiene de nuevo que ver con los relatos evangélicos que nos narran el nacimiento de Jesús en Belén, que son los capítulos de Mateo y de Lucas llamados “evangelios de la infancia”, de los que acabamos de hablar. No serían relatos históricos, sino puras demostraciones teológicas y, por eso hacen nacer a Jesús en Belén más por una necesidad teológica que por una realidad histórica. San Mateo, en particular, conseguiría así demostrar, a su manera, que Jesús es de la descendencia de David, cuya ciudad era Belén. Lo necesitaba para asegurar su condición mesiánica, pues, según la tradición más arraigada, el mesías habría de ser un descendiente de aquel gran rey.

De nuevo nos encontramos aquí con pruebas que, si algo prueban, son, a nuestro modo de ver, ciertos prejuicios sobre la excesiva libertad creativa de aquellos primeros teólogos que fueron los evangelistas. ¿Cómo se explica que tanto Mateo como Lucas coincidan en la misma “invención” teológica del nacimiento de Jesús en Belén, siendo escritores independientes el uno del otro? De nuevo su doble testimonio acredita la existencia de una tradición anterior a sus elaboraciones teológico-literarias. Tanto más cuanto que sus narraciones

presentan ciertas incongruencias que, sin embargo, dejan siempre a salvo el dato del nacimiento en Belén. Así, Mateo no menciona que María y José vinieran de Nazaret a Belén, sino que los *supone* desde el principio en Belén, mientras que Lucas explica ese viaje por causa de un censo imperial. Hay todavía un tercera referencia independiente acerca del nacimiento de Jesús en Belén en el Evangelio de San Juan (7, 42).

¿Por qué no dar crédito, entonces, a lo que los dos evangelistas recibieron de la tradición primitiva sobre Jesús, indudablemente integrado por ellos en sus respectivos y diferentes relatos? No es fácil dar con el referente histórico del censo del que habla Lucas. Algunos piensan enseguida que esta dificultad es un dato más a favor de la artificiosidad del relato de Belén. Pero este detalle, en el fondo secundario, no obsta para que el hecho principal pueda ser admitido: Jesús nació en Belén, sea cual fuere la razón por la que sus padres se encontraban allí en aquel momento. Por lo demás, para el famoso censo de Quirino es posible ofrecer diversas explicaciones que no lo hacen del todo inverosímil. Entre ellas, la que ofrecen García Pérez y Mariano Herranz, que relatamos al responder a la pregunta siguiente.

Que a Jesús se le llamara “el Nazareno” es normal, si tanto sus padres como él habían residido largos años en Nazaret, aunque hubiera nacido accidentalmente en Belén.

77. ¿Por qué fueron José y María de Nazaret a Belén?

Una medida administrativa debió ser la que les obligó a moverse, estando María encinta. Algunos autores indican que la ausencia permitió que el nacimiento de Jesús quedara providencialmente a salvo de los ojos escrutadores de los vecinos de la aldea, dejando bien parada la reputación de ambos, dadas las circunstancias excepcionales de la concepción de Jesús y el momento en el que empezaron a convivir, cuando ella ya había concebido a su hijo. Pero, aparte de estas consideraciones piadosas, los autores mencionados en la pregunta anterior encuentran una solución a la razón externa que les habría obligado (¡o brindado la ocasión “providencial”!) para viajar, aun esperando un hijo.

La explicación es lingüística. Todo cuadra, si se traduce bien el

texto evangélico. Éste no hablaría de un empadronamiento del tiempo de Quirino, lo cual nos llevaría por lo menos al año 6 después de Cristo (demasiado tarde), sino que se trataría de “un empadronamiento primero, que se hizo antes de ser gobernador de Siria Quirino”. De algo de esto hay constancia epigráfica extrabíblica, en el año 3 antes de Cristo, que según hemos visto, es la época aproximada del nacimiento de Jesús. Por entonces Augusto había dispuesto un juramento de fidelidad, ordenado directamente en cada lugar por la autoridad local, en nuestro caso, por Herodes. Para complacer a éste los jefes de la casa de David, en Belén, invitaron con insistencia a todos los suyos a que acudieran allí. De este modo podían presentar unas listas más nutridas ante el rey Herodes. Por eso José se habría desplazado hasta Judea, siendo así que habría podido prestar el juramento en la cabeza de distrito más próxima a Nazaret, como era Séforis, capital de Galilea. Pero “su ciudad” era Belén y allí era conocido y reclamado. No podía defraudar a los suyos.

78. ¿Dónde y en qué trabajaban José y Jesús?

José, o tal vez ya sus padres, se había trasladado de Belén a Nazaret probablemente por motivos de trabajo. Veremos por qué se piensa hoy así. Los vecinos de Jesús le llaman, en tono un tanto despectivo, “el hijo del carpintero”. Este es un dato fiable. Pero ¿qué quiere decir exactamente “carpintero”?

La palabra *tekton*, que se suele traducir por “carpintero”, se ha entendido tradicionalmente como referida al artesano popular, es decir, a alguien que era capaz de todo tipo de labores constructoras en un medio rural elemental: desde aperos para la labranza hasta elementos para el ajuar y la construcción de las humildes viviendas. José (Mt 13, 55) y el mismo Jesús (Mc 6, 3) habrían desempeñado estas funciones en la pequeña aldea de Nazaret.

Hoy se prefieren otras interpretaciones, que se apoyan en los avances de la arqueología. Las excavaciones han puesto al descubierto cómo era por entonces el poblamiento de minúsculas aldeas como Nazaret. Las casas eran excavadas casi por completo en la roca y apenas contaban con muebles. Los útiles del campo, muy elementales, se los podían fabricar los mismos campesinos. Nazaret, pues, no podía dar trabajo a una familia de “carpinteros” o

artesanos en el sentido en el que se ha venido entendiendo este término. De ahí que los especialistas, como González Echegaray, piensen que *tekton* era sencillamente el operario de la construcción. Pero ¿en qué obras podían trabajar José y Jesús en Nazaret?

La arqueología ha puesto al descubierto en los últimos años las ruinas de dos grandes ciudades que fueron capitales de Galilea, una tras otra, en la época de Jesús: Séforis, que pudo llegar a contar con cerca de 50.000 habitantes y luego Tiberias, más nueva y más pequeña. Allí hubo trabajo en abundancia para los operarios de la región, como José y Jesús.

Séforis se encuentra a sólo cinco kilómetros al norte de Nazaret. Se podía ir y volver en el día (véase el mapa de la figura 6, pág. 150).



Era una ciudad de tipo grecorromano, con su gran teatro -construido posiblemente a comienzos del siglo I- barrios de trazado rectangular, baños, etc. Había sido destruida en el año 4 antes de Cristo en el curso de una sublevación contra Roma; Antipas comenzó a reconstruirla enseguida como capital de su territorio. Las labores, al parecer febriles, debieron atraer operarios incluso de Judea, como parece el caso de José y sus padres. Establecido en Nazaret, José, como judío piadoso, prefirió vivir en aquel lugar menos contaminado de paganismo que la gran Séforis. Éste sería también el motivo por el que los evangelios no mencionan esta ciudad y sólo nombran una vez de pasada a Tiberias (Jn 6, 23). No eran lugares demasiado convenientes para la fe hebrea.

Tiberias fue fundada por Antipas entorno al año 22 para trasladar allí su capital. Estaba en las orillas del mar de Galilea al que acabaría dando su nombre: Tiberiades. La distancia desde Nazaret era mayor. No obstante, González Echegaray piensa que Jesús se trasladó a vivir allí, ya él solo, tras el fallecimiento de su padre, en busca de trabajo. No se puede excluir. Pero tampoco parece que haya razones suficientes para afirmarlo. ¿Qué indicios hay? ¿Qué habría podido hacer que Jesús se decidiera a ir a vivir a un lugar pagano incluso de nombre?

79. ¿Cuál era el nivel social de la familia de Jesús?

No eran pobres. Tampoco eran ricos. No eran obreros peones o jornaleros. Para estos trabajos se emplea en el griego del Nuevo Testamento la palabra *ergates*. En cambio, José y Jesús son llamados siempre con la palabra *tekton*, que designa al operario especializado en el campo de la construcción. A diferencia de lo que sucedía en los ambientes grecorromanos, el ejercicio de un oficio manual no estaba mal visto en el mundo judío en el que nació y vivió Jesús. Al contrario, los oficios gozaban de aprecio social, como se muestra en el hecho de que la mayoría de los escribas ejercían por entonces algún oficio.

80. ¿Qué idioma o idiomas hablaba Jesús?

Es muy probable que Jesús se manejara bien en dos idiomas.

No era extraño entre los orientales y menos en aquella Palestina en la que se cruzaban los caminos de oriente y occidente. Todo el mundo está de acuerdo en que el idioma materno de Jesús era el arameo, una forma dialectal del hebreo. Hay palabras arameas que, por así decir, han traspasado la traducción griega que conservamos de sus enseñanzas en el Nuevo Testamento. *Abba* (padre, papa) o *talita kumi* (niña levántate) son formas arameas. Seguro que, como Pedro, Jesús hablaba el arameo con modos y acentos galileos.

También es probable que Jesús hablara griego. Esta lengua era la lengua franca de entonces en el mediterráneo, algo así como el inglés en el mundo de hoy. Mucha gente se defendía en griego, sobre todo los comerciantes, los soldados y, por supuesto, los intelectuales. También los artesanos cualificados que trabajaban en ciudades más o menos cosmopolitas, como Séforis.

Además es casi seguro que Jesús podía entender algo del hebreo que se leía en la sinagoga. Era el idioma oficial del culto.

Incluso algo de latín pudo entender Jesús. Era el idioma de la burocracia oficial romana, aunque ésta también utilizaba el griego. Hay quienes piensan que Jesús habló directamente con Pilato en latín o, más bien, en griego.

81. ¿Escribía, leía? ¿Cuál era la formación de Jesús?

Jesús no era un intelectual, ya lo sabemos. Tampoco era un analfabeto, ni mucho menos. Muy probablemente no escribió ninguna obra literaria. Pero casi seguro que sabía leer y escribir. Entre los judíos observantes el grado de alfabetización y de cultura era bastante más alto que entre la media de la gente de entonces. En las familias y en la sinagoga se enseñaba a niños y niñas a leer la Ley y los Profetas. Así fue en el caso de Jesús, que seguramente aprendió a leer con sus padres y en la sinagoga, que sabemos que existía en Nazaret.

Los evangelios nos muestran a Jesús leyendo en la sinagoga de su pueblo (Lc 4, 16 s) y también preguntando a sus oyentes: "¿No habéis leído...?" (Mc 2, 25), fórmula que supone obviamente que él mismo sabía leer.

Jesús era tratado como *rabí*. Muy probablemente con ese título no se le consideraba como un "escriba" con estudios formales,

porque él no había estudiado (ver Jn 7, 15); pero se reconocía que era un "maestro", por su penetración y comprensión de la Escritura y porque se dedicaba a explicar su sentido como un auténtico "maestro", con gran capacidad comunicativa, tanto por sus recursos retóricos y literarios, como, sobre todo, por la "autoridad" con que aparecía y se expresaba. Volveremos más adelante sobre esta cuestión.

En resumen, podemos decir, que Jesús tenía la formación propia de un judío de familia piadosa de su época que no ha visitado escuelas "superiores". Le bastó para convertirse en un verdadero maestro admirado por todos, amigos y adversarios.

82. ¿Tuvo Jesús hermanos carnales?

La tradición histórica sobre Jesús habla expresamente, como hemos visto, de que el poder creador de Dios actuó de una forma muy especial en su concepción virginal, para manifestar que aquella humanidad del niño que nacería de María, era la del Hijo eterno del Padre. En cambio, no ofrece ninguna reflexión especial sobre la existencia de posibles hermanos carnales de Jesús. Pero el Nuevo Testamento hace algunas menciones, de paso, de "hermanos" y "hermanas" de Jesús que suscitan la cuestión de si la familia de Nazaret tenía otros hijos además de él.

Algunos piensan que incluso el primer capítulo de San Mateo ofrecería la imagen de una familia con más hijos que Jesús cuando dice que "él (José) no tuvo relación con ella hasta que dio a luz a su hijo" (Mt 1, 25). Pero esta frase no quiere decir más que José "no se unió a ella antes de que diera a luz"; no prejuzga nada acerca de posibles relaciones maritales posteriores entre ambos.

En cambio, el pasaje del evangelio de Marcos que cuenta la reacción negativa de los vecinos de Jesús ante su enseñanza, parece suponer que Jesús tenía hermanos, que eran hijos de María. Los nazaretanos sólo le llaman a él expresamente "el hijo de María", pero añaden inmediatamente que es "hermano de Santiago, de José, de Judas y de Simón"; y que conocen también a "sus hermanas" (Mc 6, 3). San Pablo se refiere a un Santiago, "hermano del Señor" (Gal 1, 19). Como, además, en otras ocasiones se habla también vinculando de modo semejante a "su madre y a sus hermanos" (3, 32), auto-

res antiguos y modernos (Tertuliano o los protestantes liberales, pero también algunos católicos) piensan que, según el Nuevo Testamento, Jesús tuvo hermanos que eran hijos de María.

Sin embargo, esas apariencias pueden engañar. Nadie tiene que llegar necesariamente a esa conclusión partiendo de los datos del Nuevo Testamento. Éste da más bien pie para la interpretación católica que entiende que María no sólo concibió virginalmente a Jesús, sino que permaneció siempre virgen. Veamos tres tipos de razones en este sentido.

Primero, algunas razones de coherencia general. Si la familia de Nazaret hubiera sido realmente una familia con varios hijos, ¿no se hubiera extraído ninguna consecuencia notable de ello? Por ejemplo, ¿no hubiera dado ese hecho pie para considerar hasta qué punto el Hijo de Dios se ha hecho realmente hermano de todos los hombres, que algunos, de nombre conocido, son incluso sus hermanos carnales? ¿No les habría prestado a éstos la comunidad cristiana primitiva una atención e incluso una veneración -semejante a la prestada a María y a José- que hubiera dejado fuera de toda duda el hecho de su existencia?

Por otro lado, si María hubiera contado con una prole más o menos numerosa, ¿no hubiera tenido mucho menos sentido el gesto de Jesús cuando se la confía desde la cruz al discípulo amado, convirtiéndola de este modo en madre de todos los discípulos y en figura de la Iglesia? ¿Hubiera sido aquél realmente un gesto posible o, al menos, tan cargado de sentido, si María no se hubiera quedado sola, en su vejez, después de la muerte de Jesús?

Segundo, indicios exegéticos. El evangelio de Marcos (15, 40) dice que junto a la cruz de Jesús se hallaba una María, a la que identifica como "la madre de Santiago y de José". Como observa Fitzmyer, no es nada probable que el evangelista utilizara este extraño circunloquio para designar a la madre del que colgaba allí mismo en la cruz, es decir, de Jesús. La escena hubiera exigido, en ese caso, una designación directa de "la madre de Jesús". Entonces, si aquella María no era la madre de Jesús, el Santiago, el José y los demás que Marcos menciona en la escena de Nazaret, no eran hermanos carnales de Jesús.

Tercero, interpretaciones alternativas. Los datos bíblicos no son, pues, imperativos. Permiten e incluso piden que se interprete el

sentido que puedan tener las alusiones a los "hermanos" y "hermanas" de Jesús. Esas interpretaciones, muy diversas, existen. Algunas de ellas se remontan a comienzos del siglo II, cuando el Evangelio apócrifo de Santiago dice que se trataba de hijos de José, aportados por él de un matrimonio anterior a su unión con María. San Jerónimo, en el siglo IV, se opone a esa explicación y aporta otra, de tipo filológico, que permite entender a los "hermanos" de Jesús en un sentido más amplio como "parientes" sin tener que determinar ni el tipo ni la vía concreta del parentesco. Es la explicación que se convirtió en dominante en la Iglesia Católica.

San Jerónimo cayó en la cuenta de que el término arameo *aha* o el hebreo *ah* significaban tanto hermano carnal como primo, sobrino o pariente en general. Por ejemplo: Abrahám dijo a Lot (siendo éste propiamente sobrino de aquél): "No haya contienda entre tú y yo, ni entre mis pastores y tus pastores, ya que somos hermanos (*ah*)" (Gen 13, 8). Éste mismo sería el uso que el Nuevo Testamento refleja al hablar de los hermanos del Señor en un contexto en el que -como hemos señalado- no es sin más obvio entender que se trate de hermanos carnales.

Quienes objetan que *ah* no significa siempre pariente, sino que también puede significar hermano, tienen razón en la pura constatación lingüística, pero olvidan que la explicación jeronimita parte de que los textos neotestamentarios sobre los "hermanos de Jesús" presentan una dificultad o una sospecha que hay que aclarar. Ellos en cambio, suponen de entrada, un tanto acríticamente, que es obvio que el Nuevo Testamento habla de hermanos carnales de Jesús.

Quienes, en la misma línea de objeción a la explicación jeronimita, se hacen fuertes en que el Nuevo Testamento conoce y emplea un término específico para significar "primo" (*anepsios*: cf. Col 4, 10), alegando que podría haber sido empleado si se hubiera tratado de primos y no de hermanos de Jesús, olvidan dos cosas. Por un lado, que también en otros casos el Nuevo Testamento emplea el término "hermano" (*adelphos*) en sentidos diversos de hermano carnal: puede significar "hermanastro" (Mc 6, 17-18: Herodes Antipas respecto de Herodes Filipo), "vecino" (Mt 5, 22-24: con quien hay que reconciliarse) o "correligionario" (Rom 9, 3: Pablo llama así a todos los judíos); de modo que no tenía por qué tratarse necesariamente de primos, cuestión que puede que-

dar abierta. Por otro lado, olvidan estos intérpretes que tanto de- sean afinar en argumentos lingüísticos, que, como señala aguda- mente Raymond E. Brown, el griego del Nuevo Testamento po- dría reflejar perfectamente el uso estereotipado del arameo hecho por las comunidades cristianas, en las que, al modo semítico, lla- maban repetidamente, con frase hecha, “hermanos de Jesús” a quienes todos conocían como parientes suyos, incluso, específi- camente, como primos (el arameo no tiene ningún término específico para significar “primo”). Esa expresión -“hermanos de Jesús”- ha- bría sido, pues, traducida al griego neotestamentario como frase hecha de procedencia aramea y, en este caso, *adelphos* podría signi- ficar también primo, aun cuando el vocabulario griego neotestame- tario contara, *en otros contextos*, con un término propio para ese tipo de parentesco.

Nos hemos extendido un poco en la respuesta a esta pregunta. No tanto porque con ella esté en cuestión la virginidad perpetua de María, cuanto porque está de moda afirmar categórica y acrítica- mente que Jesús tuvo hermanos carnales, incluso que se ha en- contrado el sepulcro de alguno de ellos (¡qué credulidad “científi- ca”!); tales afirmaciones y hallazgos son presentados como una prueba tangible de la falsedad de la imagen de Jesús que la Iglesia nos ha transmitido. Se llega a sugerir que el siguiente descubrimien- to de la ciencia será el del sepulcro de Jesús, con sus restos morta- les... ¡Cuánta fantasía anticristiana! La verdad de la historia de Jesús es más sencilla. Pero quienes colocan a Jesús frente a su Iglesia no tienen acceso a ella. Pierden la historia y pierden la verdad de Jesús.

83. ¿No habría sido más estimulante para la imagen cristiana de la familia que Jesús hubiera tenido hermanos?

El hecho histórico de la virginidad perpetua de María, al que tenemos acceso claro gracias a la memoria y a la interpretación de la figura de Jesús que debemos a la comunidad de sus seguidores, a su Iglesia, tiene que ver ante todo con la verdad de la filiación divina de Jesús. Ya lo hemos dicho en una pregunta anterior al hablar de la concepción virginal (la número 73). Pero, naturalmente, como ya ha quedado apuntado también, a ese nuevo comienzo que significa para el mundo la aparición en él de la humanidad del mismo Hijo

eterno de Dios, corresponde asimismo una determinada realidad humana por parte de la madre, de María, que ha de llevar el signo de la novedad de las cosas definitivas de Dios. Hablamos de su consagración total, en cuerpo y alma, a la maternidad divina. La voluntad de consagración virginal de María a Dios, no se redujo a la etapa anterior a la concepción y al nacimiento de Jesús, sino que, fue una constante de toda su vida. Ella cumplió anticipada- mente la invitación de Jesús a la virginidad “por el Reino de los Cielos”. No es, por tanto, casual que la Iglesia descubriera en plenitud el don de la virginidad perpetua de María, cuando ella misma comprendía el sentido de la vida consagrada en virgini- dad como cumplimiento de la invitación de Jesús, es decir, al tiempo que, en el siglo IV, el monacato se fue consolidando como estado de vida reconocido en la Iglesia.

Por tanto, sorprendentemente, que Jesús fuera el hijo único de María, dice mucho acerca de la imagen que ha de adoptar toda la familia cristiana y del modo de vida de sus miembros, en parti- cular de los cónyuges. Éstos, como María y José, han de saber poner su vida entera, en cuerpo y alma, al servicio de su misión en el plan salvador de Dios. Ellos no han sido llamados a la virgi- nidad, pero tampoco habrán de reservarse nada en la realización de su misión de colaboradores del Creador en la paternidad y la maternidad.

Si Jesús hubiera tenido más hermanos, María no habría sido el prototipo de la consagración de toda la persona que reclama y sus- cita la cercanía de Dios a sus criaturas. La virginidad de María no menoscaba el sentido cristiano de la maternidad y de la paternidad humanas como modo específico de consagración a Dios, sino que está, en cierto modo, a su servicio; señala el camino de lo definiti- vo, es decir, de aquella cercanía suprema de Dios que Jesús anun- ció e instauró como su Reinado.

84. ¿Y los llamados “años oscuros” de Jesús en Nazaret? ¿Se habrá dedicado Jesús a viajar en ese tiempo?

Se han escrito cosas muy fantasiosas sobre los llamados “años oscuros” de Jesús. Algunos suponen que en ese tiempo aprendió la magia con los sacerdotes de Egipto, otros prefieren llevarlo hasta la

India. En realidad, no existe documentación alguna que permita hacer estas afirmaciones. La imaginación es libre. Pero la coherencia con los demás datos que tenemos acerca de Jesús, nos lleva a excluir tales aventuras.

Hay algunos evangelios apócrifos (véase la pregunta 33) que cuentan maravillosas escenas de la infancia de Jesús. Por ejemplo, hablan de los milagros que hacía para impresionar a sus pequeños compañeros de juego y cosas semejantes. Así, el llamado protoevangelio de Santiago o el evangelio de la infancia de Tomás. Pero esas leyendas populares carecen de fundamento histórico. La sobriedad de los evangelios canónicos refleja la mente de la Iglesia acerca de los "años oscuros" de Jesús: fueron, efectivamente, años de silencio y de solidaridad con las gentes trabajadoras de su pueblo; se mantuvo "sujeto" a sus padres, aprendiendo de ellos y preparándose para el momento en que sonara la hora de manifestarse a Israel.



6. LA LUZ: BAUTISMO, TENTACIÓN Y TRANSFIGURACIÓN

El Evangelio de Juan pone en labios de Jesús una afirmación que se reproducirá una y otra vez en las páginas abiertas del libro con el que se representa a Jesucristo en muchísimos iconos: *Yo soy la luz del mundo* (Jn, 8,12).

Jesús de Nazaret ilumina, efectivamente, al mundo con la luz de su vida; tan potente que ha disipado las tinieblas de la muerte. Su resurrección es el foco principal del que proceden los haces de la Luz de Vida eterna que bañan las vidas frágiles y caducas de los hombres a lo largo de los siglos. Pero la Luz de Cristo comenzó a alumbrar, ya antes de su Pascua, en los días de su camino por este mundo. Su sola presencia, su palabra y su actuación encandilaron a sus contemporáneos y, en especial, a sus amigos y discípulos. La "transfiguración", que nos cuentan los evangelios sinópticos, es el punto más fuerte de luz en el camino de Jesús hacia Jerusalén, hacia la cruz. Mas la luz estaba ya puesta sobre el monte desde el comienzo de su misión pública, desde el bautismo en el Jordán. Jesús hubo de resistir, soberanamente, el acoso y la tentación de las tinieblas, que pretendieron ilusamente extinguir aquella Luz de Vida apartándole de su camino, tal vez deslumbrándolo con su propia luz. Pero "la luz brilla en las tinieblas".

En este capítulo presentamos tres acontecimientos destacados de la vida de Jesús que le manifiestan como la Luz. De un modo u otro se reflejaba ya en ellos, por anticipado, la gloria de la resurrección. Considerándolos juntos, después de haber hablado ya de la Pascua y antes de contar los hechos y los dichos de su vida, obtenemos una visión profunda de la obra de Jesús, al modo de una especie de prelude musical sintetizador de toda la pieza.

85. ¿Fue bautizado Jesús por Juan el Bautista?

El evangelio de San Lucas -ya lo sabemos- sitúa el comienzo de la misión pública de Jesús en el tiempo en el que Juan apareció predicando su bautismo de conversión. Era el año 27/28. No hay duda de que Jesús se acercó a él y de que se sometió al bautismo

que practicaba. Por un lado, Flavio Josefo, como fuente extrabíblica, confirma la predicación y la actividad del Bautista. Por otro lado, los cuatro evangelios dan noticia del acontecimiento. Lo hacen con diversas variantes, que lejos de ser óbice para la historicidad del mismo, la robustecen. Por ejemplo, Lucas y Juan no dicen expresamente que Juan el Bautista haya bautizado a Jesús, pero lo presuponen. En sus relatos hay explicación para su silencio: en el de Lucas, porque se acaba de narrar el encarcelamiento del Bautista; en el de Juan, porque se subraya, ya desde el prólogo, que la función del Bautista respecto de Jesús es la de dar testimonio de la identidad del Nazareno con el Logos.

El Evangelio de Mateo trae un diálogo entre Jesús y Juan en el que éste se resiste a bautizarle. Aquí aflora la dificultad que se le presentaba a la comunidad primitiva ante aquel hecho insólito: ¿por qué Jesús, en cuyo nombre se bautizaba a los cristianos, ya que él era el Señor, se había dejado bautizar por Juan, si éste no era más que su precursor? El hecho de que, a pesar de esta cuestión embarazosa y difícil de responder, el testimonio acerca del bautismo de Jesús por Juan sea unánime, no sólo no nos permite dudar de que el bautismo tuvo lugar, sino que nos hace pensar que la relación de Jesús con Juan debió ser de notable importancia.

86. ¿Había sido Juan un esenio?

Se ha escrito mucho sobre Juan el Bautista. Llama la atención la cantidad de hipótesis que se han hecho sobre su figura. Algunos dicen que se había formado en la famosa comunidad de los esenios de Qumran, al norte del Mar Muerto. En aquella especie de monasterio, apartado de la vida ordinaria de los judíos, se practicaban a diario los lavados rituales para la purificación de los pecados y se preparaban para una pronta intervención de Dios. Juan también esperaba una actuación inminente de Dios y predicaba la conversión a quienes desearan subsistir ante Él, que estaba a punto de aparecer como Juez terrible. Pero estas coincidencias son demasiado genéricas para probar una vinculación biográfica de Juan con los esenios. No basta para ello la indicación evangélica de que permaneció en el desierto hasta que salió a predicar. Además, el estilo y el contenido de lo que Juan hace y dice tienen un sello propio evidente.

El Bautista no rehuye a la gente ni les pide que se retiren a una vida apartada como único modo de estar dispuestos para la intervención de Dios. Por el contrario, busca el encuentro con todos para pedirles que actúen con justicia en sus profesiones habituales: en el mostrador de los impuestos, en el ejército o, también, en la interpretación de la Ley y en el templo, según les dice con mucha fuerza y hasta con cólera a los escribas y a los sacerdotes.

Su bautismo, por otra parte, es algo muy distinto de los baños diarios de purificación que practicaban los esenios. El agua con la que Juan lavaba a los que se acercaban a él en el Jordán, era un signo extraordinario y ocasional de una conversión de vida que debía acontecer de una vez para siempre, dada la premura de los tiempos de Dios.

87. ¿Fue Jesús discípulo de Juan el Bautista?

Algunos autores barajan la posibilidad de que Jesús hubiera dejado su casa y su trabajo para incorporarse al grupo de discípulos que Juan el Bautista había reunido en torno a sí. Habría abandonado Nazaret movido por el anuncio que el Bautista hacía de la inmediata intervención de Dios y por su llamada a la conversión. Tal interpelación, que corría de boca en boca y de pueblo en pueblo, habría sacado a Jesús del monótono discurrir de sus largos años de vida nazaretana y le habría hecho descubrir su vocación de predicador itinerante.

Jesús, ciertamente, no sólo se sometió al bautismo de Juan, sino que le admiró y le defendió siempre. Le llama el “mayor de los nacidos de mujer”; les reprocha a los escribas que no hubieran dado crédito a sus palabras, e incluso, al responder a sus adversarios sobre su propia autoridad, en cierto modo, se pone en paralelo a sí mismo con Juan, cuya misión tampoco había tenido éxito entre los dirigentes del pueblo y había terminado decapitado (cf. Mc 11, 27-33).

Sin embargo, no tenemos datos firmes para pensar que Jesús hubiera sido un discípulo más de Juan durante algún tiempo. Todo indica que Jesús se acercó a Juan y que quiso ser bautizado por él, pero que luego se apartó de ese rito de agua, que quedaba superado por “el bautismo de Espíritu y fuego” que él iba a inau-

gurar. Esto es lo que nos transmiten sus testigos, la comunidad que, con todo, después de la resurrección y del mandato del Señor de bautizar a todos los pueblos, volverá a utilizar el signo del agua como uno de sus propios distintivos. Pero lo hará en el nombre de Jesús y del Dios Padre y Espíritu. Porque Jesús, en su vida, a diferencia de Juan, perdonaba él mismo los pecados (Mc 2, 7), sin mediación ninguna de agua ni de templo. Una pretensión jamás sostenida por el Bautista, que, en cambio, sí suscitó las iras de la clase sacerdotal de Jerusalén porque, con su bautismo, entraba en competencia con el templo, como único lugar y fuente del perdón divino.

88. Pero, en realidad, ¿no empezó Jesús bautizando, a imitación de Juan?

Meier y otros afirman que Jesús también bautizaba, como Juan. Lo toman como un dato fundamental para construir la teoría de que Jesús fue discípulo de Juan. Sólo el cuarto evangelio afirma que Jesús bautizaba (3, 22), pero con la precisión de que no lo hacía él en persona, sino que quienes propiamente bautizaban eran sus primeros discípulos (4, 2). Pues bien, para sostener que Jesús bautizaba se supone que esta precisión no es del evangelista, sino de una mano ulterior, de un redactor, que, releyendo el texto originario, se habría dado cuenta de que un Jesús que bautiza no encaja bien con el resto del evangelio de San Juan. ¿Qué sentido hubiera tenido aquel bautismo antes de que Jesús hubiera muerto en la cruz y de que el Espíritu Santo se derramara en el mundo? Afirmar que Jesús bautizaba iría en contra de la teología del "bautismo con Espíritu y fuego", que iba a ser el bautismo cristiano, procedente de la cruz y de la resurrección. El supuesto corrector habría caído en la cuenta de todo esto y, entonces, habría inventado lo de que Jesús no bautizaba personalmente, sino que lo hacían sus discípulos. De modo que lo "histórico" habría sido que Jesús bautizaba, precisamente porque es un dato que se le habría colado al evangelio de Juan, ya que no cuadra con su teología del bautismo en el Espíritu.

¿En qué tipo de interpretación general de los evangelios se asienta esta argumentación tan alambicada y tan colgada de alfileres? El

presupuesto general de este modo de argumentar es que los escritores del Nuevo Testamento se hicieron una imagen de Jesús tan elevada, después de su resurrección, que por lo general desfiguraron en muy buena medida lo que había sido la vida de Jesús; escribieron unos relatos nimbados de gloria que nos exigen estar al acecho para sorprender los atisbos de realidad histórica que se les escapan algunas veces bajo sus aureolas. Por eso se llega a la extraña conclusión de que precisamente lo que no encaja en el relato es lo que habría que tomar como más cercano a la historia real de Jesús. Se presupone que el relato está tan condicionado por una visión "postpascual", que lo normal es que no refleje la historia real de Jesús ni de los personajes de su entorno.

Es, sin duda, más sensata la postura de muchos exegetas que sostienen que se debe proceder a la inversa. Es decir, hay que presuponer la fiabilidad histórica básica de los relatos evangélicos y mostrar, en cada caso, con razones específicas, lo que no lo sea.

Volvemos al supuesto bautismo impartido por Jesús. Si Jesús bautizó realmente, en contra de lo que dicen los evangelios, habría que mostrarlo con argumentos más sólidos que la hipótesis general de que los evangelistas "cristologizan" o aureolan sus relatos desde la resurrección, hipótesis apuntalada, en este caso, en el endeble indicio lingüístico de que en Jn 4, 2 aparece una palabra que no es usada nunca en el resto del evangelio; con lo cual los críticos se creen autorizados a afirmar que ese versículo ha sido escrito por un "corrector".

89. ¿Cuál fue, entonces, la relación entre Juan el Bautista y Jesús?

Juan fue, de hecho, para algunos judíos del siglo I, una especie de "prólogo" o "introducción" para Jesús, como bien dice Meier. Pero éste, con otros especialistas en crítica histórica, niega que Juan haya sido nunca conscientemente el "precursor", según nos lo presentan los evangelios. Opinan que es muy dudoso que Juan reconociera alguna vez a Jesús como el definitivo enviado de Dios. Todavía al final de su vida, envió desde la prisión algunos discípulos para que le preguntaran a Jesús si era o no el esperado; mucho menos habría

sabido, por inspiración, que Jesús era el Hijo de Dios cuando le había visto acercarse a él en el Jordán para bautizarse.

No podemos menos de preguntarnos si le habrá pasado también a Juan lo mismo que -según hemos visto ya- algunos críticos se empeñaban en decir que le había sucedido a Jesús: que murió sin haber llegado a ser consciente de quién era él realmente y de por qué moría. La verdad es que, en el caso de Juan, hay menos materiales históricos para solucionar la duda. La cuestión tampoco es tan relevante como en el caso de Jesús. Pero pensamos que los evangelios reflejan la situación de hecho y también de conciencia de Juan en sus rasgos básicos.

Jesús se acercó a Juan para comenzar su vida pública, porque la figura y el mensaje del Bautista eran un prelude de su propia misión y de su propio destino: los de los profetas enviados de Dios y silenciados por el mundo. En Juan culmina la tradición profética del Pueblo elegido. De ahí el inmenso respeto que Jesús muestra por él. Cuando le arrestan a Juan, Jesús se retira a Galilea, presintiendo tal vez su propio futuro.

Juan tuvo la fortuna de reconocer a Jesús como el enviado último de Dios. Algunos críticos se atascan en la contradicción que encuentran entre la afirmación de Juan: "yo no le conocía, pero el que me envió me dijo..." y los datos de otras tradiciones evangélicas acerca del parentesco entre Juan y Jesús; entonces, si eran parientes, ¿cómo no le iba a conocer? se preguntan, para deducir enseguida que nada de esto resulta fiable para el historiador. No se sienten a gusto con la solución más sencilla: los primos se conocían, pero Juan sólo llega a descubrir el misterio que se encerraba en Jesús bajo la iluminación del espíritu profético que se fue apoderando progresivamente de él; hasta entonces no le había conocido más que superficialmente.

De todos modos, su conocimiento de Jesús no podía ser consumado. Cargando sobre sus hombros ascéticos con la expectación secular de Israel, Juan vio en Jesús al esperado revelador del plan de Dios. Pero esa expectación tenía que ser purificada e iluminada por la muerte y la resurrección de Jesús. Juan no vivió para ver aquella Pascua culminante del éxodo de Israel. Por eso, no tiene nada de extrañeza que tampoco pudiera comprender a fondo el modo en el que Jesús iba a realizar su misión. De ahí su embajada y las

preguntas que le hace llegar a Jesús, cargadas de dudas.

Juan, en todo caso, es presentado, con acierto, como el "amigo del esposo", que se alegra de que éste llegue por fin. Es, sin duda, también el amigo de la Humanidad, a la que representa en su expectación.

90. ¿Qué significó para Jesús un bautismo que estaba destinado a la conversión de los pecadores? ¿Acaso que Jesús era un pecador más?

Juan no le quería bautizar. Naturalmente los críticos mencionados presentan este episodio como un rasgo más de la reelaboración de la vida de Jesús hecha después de su resurrección. Juan -piensan ellos- no le conocía y le bautiza como a uno más. Luego, en el bautismo mismo, nada de voces del cielo. Muestra de ello sería la discrepancia existente entre los diversos evangelios que no se ponen de acuerdo a la hora de decir quién habría oído la voz del Padre: si Jesús mismo (Mt y Mc), todos los presentes (Lc) o sólo el Bautista (Jn). Lo que se querría decir con estas narraciones del bautismo es que, en un determinado momento de su vida, Jesús habría tenido una fuerte experiencia interior que le habría hecho descubrir su vocación.

Pero el evangelio dice mucho más. La coincidencia en lo fundamental no puede pasarse por alto. Ya lo hemos dicho: Jesús fue bautizado realmente por Juan. Ahora hemos de añadir: y Juan cayó de alguna manera en la cuenta de que aquél no era un penitente que necesitara implorar el perdón por sus propios pecados. ¿Qué justicia se hacía allí? La procedente de un misterio insondable para el Bautista, pero presentado por él.

Jesús baja a las aguas del Jordán, acostumbradas a lavar los pecados y, por tanto, cargadas de toda la suciedad del mundo. Pero él no baja para dejar allí los pecados que no tiene, sino para purificarlas, para hacer que el agua pueda convertirse en un signo real de perdón y salvación definitivos. Porque bajando, es decir, pasando por uno más de aquellos pobres hombres, poniéndose en su mismo lugar, es como él les libera de sus miserias y les sitúa en el camino de la vida. Se abre el cielo con la Luz de la Vida y el Padre de la gloria reconoce allí abajo a su Hijo eterno, el que tiene el Espíritu Santo

vivificador. Era el camino de la humillación del Hijo que iba a acabar en la cruz. Eso no lo podía entender todavía el Bautista: el enviado último de Dios era nada menos que el Hijo, pero en pobreza.

El bautismo no significa, pues, para Jesús, un simple despertar de su conciencia a la misión que el Padre le confía. Menos aún es el momento en el que es aceptado como Hijo por el Padre. Como ya sabemos, Jesús era ya desde su concepción el Hijo eterno del Padre, en carne humana concebida por María del Espíritu Santo. Ahora, en el momento del bautismo, aquel mismo Espíritu presenta a Jesús ante todo Israel como quien es en verdad: el Hijo eterno, a quien hay que escuchar. Este es el sentido fundamental del acontecimiento del bautismo de Jesús por Juan. Aquello sucedió ciertamente sólo para algunos, ante todo para el mismo Juan Bautista. Pero también para algunos de los discípulos de éste, que se unirán enseguida a Jesús, para escucharle y seguirle. Los evangelios utilizan esta escena como carta de presentación de Jesús, sobre todo los sinópticos; pero también Juan. Es una utilización narrativa conforme con el acontecimiento que refieren.

Por su parte, Jesús, el "hombre del Espíritu", es habilitado para su misión salvífica. Aquel hombre humillado es el Hijo en su condescendencia. Así fue presentado ante y por el último y el más grande de los profetas. La luz empieza a resplandecer ante el mundo, aunque todavía suavemente, con "los levantes de la aurora".

91. ¿Fue tentado Jesús por el mal?

Sí, Jesús experimentó la seducción del mal, porque, siendo el Hijo eterno, era al mismo tiempo el hijo de una mujer, es decir, hombre de verdad. ¿Qué ser humano no se encuentra confrontado con las trampas que se le tienden en un mundo construido también a base de la mentira desde los albores de la Humanidad?

Los tres primeros evangelios son concordes en afirmar que, antes de comenzar su misión pública, Jesús fue llevado al desierto por el mismo Espíritu que había descendido sobre él de modo nuevo en el bautismo; y que allí sufrió los engaños del Tentador.

También la Carta a los Hebreos afirma que Jesús fue tentado (cf. Hb 4, 14ss).

92. ¿Se retiró Jesús realmente al desierto?

Algunos exegetas radicales piensan que los "cuarenta días en el desierto" son una alegoría que no pretende transmitir que Jesús haya estado realmente en el desierto, sino tan sólo presentarle idealmente como un nuevo Moisés, aquél que había conducido a Israel por el desierto durante cuarenta años.

Pero no hay nada que nos obligue pensar que se trate de una alegoría sin realidad ninguna. Al revés, la coincidencia de las tradiciones evangélicas nos lleva a pensar que se trata de una realidad cargada de sentido teológico y simbólico. Es verdad que, por el motivo indicado, el término "desierto" está cargado de sentido religioso para el Pueblo elegido: es el lugar del encuentro con Dios en medio de la prueba; es el lugar de la confrontación solitaria con la llamada de Dios; es el lugar de la intimidad con el Creador sin ninguna distracción de las criaturas. Pero eso no quiere decir que el desierto no haya sido también una vez realidad física -y dura realidad- para Israel, y que no haya sido también para Jesús el escenario de un momento decisivo al comenzar su camino de anuncio del Reino de Dios. También algunos decían que el "desierto" en el que se formó el Bautista era un mero "lugar teológico". Pero, como bien han recordado Echeagaray y Meier recientemente, no hay por qué contraponer la geografía y la historia reales al sentido teológico y espiritual de las cosas.

No tiene nada de extraño que Jesús se haya retirado a la soledad del desierto para prepararse allí durante un tiempo prolongado para su ardua misión. El Espíritu que ha hecho sonar para él la hora de la acción evangelizadora, le conduce antes a la pasividad del ayuno y la oración prolongada. El "hombre del Espíritu", que es Jesús, no se resiste. Esta cuarentena será como el prelude de las muchas noches y horas de soledad que salpicarán toda su actividad. Es una soledad habitada intensamente por la Presencia de Aquél de quien será el Mensajero final.

93. ¿Fue tentado por el diablo o, más bien, víctima de su imaginación?

Naturalmente, esta disyuntiva no es obligatoria. La imaginación

puede ser el medio a través del cual actúe el tentador. Pero, los evangelios, en efecto, hablan aquí del tentador, del adversario o del diablo. Según ciertos modos de pensar, el intérprete moderno de la Biblia debería entender que ese lenguaje es el propio de una visión del mundo todavía no ilustrada por la ciencia, que se imaginaba el cosmos poblado de espíritus, buenos unos y malos otros. Estos serían “mitos” de los que se podría y se debería despojar a la fe sin que ésta perdiera nada de su sustancia.

Sin embargo, las cosas no son, en realidad, tan simples. Es verdad que algunas determinadas concepciones del tentador y de sus actuaciones pertenecen a una visión precientífica del mundo. Por ejemplo, las que atribuían al diablo todo tipo de enfermedades indiscriminadamente o ciertos fenómenos naturales. Pero no es posible negar el núcleo de lo que la Sagrada Escritura afirma sobre el tentador sin violentar su sentido. Tampoco es posible entender la vida de Jesús sin comprender que, de algún modo, toda ella fue una lucha contra el poder de Satanás. “Si yo expulso los demonios con el dedo de Dios, es que el Reino de los cielos ha llegado a vosotros”: He ahí las credenciales que él presenta para legitimar su misión; su obra libera a la Humanidad del poder del mal, un poder que tiene sus raíces más allá de la imaginación o del corazón del hombre, en el príncipe de la tinieblas. ¿Cómo explicar, si no, la resistencia sistemática que experimentó Jesús entre los suyos y que sigue experimentando hoy el anuncio del Evangelio en todo el mundo? ¿La maldad de los hombres, simplemente? Y esas manifestaciones verdaderamente diabólicas del mal, como las masacres absurdas por supuestos motivos ideológicos o pseudorreligiosos, o las guerras conducidas en el siglo XX en nombre del progreso ¿a qué o a quién se deben? ¿Sólo a mentes humanas depravadas? ¿Y el engaño que sufrimos cuando no hacemos lo que queremos, aun cuando lo hecho no nos parezca bueno ni deseemos hacerlo?

Pues bien, al comenzar su misión, justo cuando en su espíritu se perfila ya con cercanía y precisión la culminación de su tarea y su camino mesiánico, Jesús tiene que vérselas cara a cara con el tentador.

94. ¿Cómo podemos saber algo tan íntimo de Jesús cual son las tentaciones que sufrió?

El evangelio de Marcos cuenta escuetamente el hecho de la batalla victoriosa de Jesús contra el tentador. En cambio, la llamada fuente Q, recogida independientemente por Mateo y por Lucas, refiere el contenido de las tentaciones. Lo más seguro es que se trate de una de las catequesis que Jesús mismo impartió a sus discípulos cuando se dedicaba a prepararles para entender su muerte en la cruz y para capacitarles como testigos futuros suyos. Puede ser también un resumen de todas sus enseñanzas a este respecto. Jesús transmite a los doce su propia experiencia en un asunto tan decisivo como es el llamado discernimiento de espíritus, es decir, la capacidad de ver y apreciar la luz del bien distinguiéndola de las argucias del mal, que pretenden oscurecer el entendimiento con sus tinieblas. Esa preciosa enseñanza fue recogida en la colección de dichos de Jesús que llamamos Q.

La catequesis está construida a base de tres escenas, seguramente imaginarias, en las que el Tentador trata de seducir a Jesús con falsas interpretaciones de la Sagrada Escritura y éste le responde en cada ocasión citando también la Ley, concretamente el libro del Deuteronomio (8, 3; 6, 16; 6, 13). El Tentador suele presentarse con propuestas aparentemente buenas, o, en palabras de San Ignacio de Loyola: “como si fuera un ángel de luz”, camuflando así su verdadera condición tenebrosa. Lo mejor para fingir la bondad de sus propuestas era presentarlas nada más y nada menos que como Palabra de Dios. El Tentador es diestro en exégesis parda. Por eso Jesús presenta su catequesis como una especie de debate exegético. Lo más probable es que el orden original de las tres escenas sea el que trae Mateo (desierto, templo y monte), que mantiene la secuencia descendente de las citas del Deuteronomio hechas por Jesús en sus respuestas al Tentador. Lucas, en cambio, pone al final la escena del templo, en Jerusalén, que es también el punto de confluencia de toda la narración de su Evangelio.

95. ¿De qué fue tentado Jesús?

Jesús tuvo que resistir la propuesta halagadora, pero falsa, de

convertirse en un mesías triunfador con las armas de la eficacia materialista, de la magia religiosa y de la idolatría del poder. Estos caminos se le presentan como los mejores, es más, como los supuestamente queridos por Dios, para llevar a cabo su tarea. Son tentaciones que estarán siempre al acecho a lo largo de su vida, hasta el último momento de la cruz. En el desierto, puesto en solitario ante la Verdad suprema de su vida, Jesús las experimenta todas a la vez y de modo especialmente violento. Era un momento decisivo. Era la oportunidad de oro que el poder de la tinieblas supo aprovechar. ¿Sería capaz de una nueva victoria como la obtenida en los albores de la historia humana? ¿Sería posible seducir al mismísimo Hijo eterno de Dios en su humanidad, débil y finita, como lo es la de todo hombre? Había que intentarlo. El Tentador sabía bien que era su última oportunidad para conseguir que las tinieblas se adueñaran definitivamente del mundo.

96. ¿Por qué le tienta el diablo a Jesús con la eficacia materialista?

Jesús ha ayunado. El ayuno significa precisamente una suspensión de la base material de la vida misma. De este modo la atención del espíritu humano experimenta una ayuda para concentrarse en lo que constituye la razón última de la existencia, que no se reduce a sus puras condiciones materiales. No vivimos para comer, sino, a la inversa, comemos para vivir y para vivir con sentido profundamente humano nuestra vida. Esto, tan elemental, lo olvidamos con frecuencia todos. Los pobres, porque tienen que afanarse por subsistir. Los ricos, porque nunca se dan por satisfechos. Los del medio, porque siempre se puede mejorar.

El tentador aprovecha el hambre de Jesús para sugerirle que muestre su poder haciendo algo eficaz: convertir en pan las piedras del desierto. Si es el Hijo de Dios, no va ser él menos que Moisés, que consiguió que lloviera el alimento del cielo para un pueblo hambriento en el erial.

Es como un reto: "Si eres el Hijo de Dios..." y, al mismo tiempo, una exigencia de algo que parece obvio y natural. Lo dice el refrán: "primero vivir y luego, filosofar".

Sin embargo, Jesús se resiste a emplear su poder para hacer

pan. No era ésa su misión. El pan es muy bueno. Él lo convertirá en el sacramento de su cuerpo. Pero, a condición de que no se ponga por encima de aquello que es superior: el sentido de la vida, la vida espiritual, la escucha de la Palabra de Dios, la amistad con Él. El tentador saca de quicio las cosas, y, por supuesto, si hacía alusión al maná, no lo interpreta bien, como regalo del cielo, sino como conquista del hombre. Por eso Jesús responde, con el Deuteronomio: "No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios".

Uno de los signos mesiánicos realizados por Jesús será multiplicar unos pocos panes para dar de comer a una multitud. Dice el Evangelio que, al ver aquello, enseguida le quisieron proclamar rey. Pero él se escabulló y se retiró a la soledad para pasar la noche en oración. La eficacia material tiene pronto réditos políticos. Pero el camino de Jesús no era ése. Él no había venido para llenar los estómagos y gobernar las ciudades, sino para otorgar a los hombres un nuevo punto de apoyo sobre el que construir sus vidas en apertura a la Luz de la Vida eterna.

Si la tentación de la eficacia material hubiera seducido a Jesús, el tentador habría conseguido poner en el mundo un líder social más; tal vez incluso un reformador o un revolucionario; pero habría frustrado la misión del mensajero escatológico del Creador, hubiera echado a perder los planes de la salvación de Dios. ¿Habría podido hacerlo? Al menos tenía que intentarlo.

97. ¿Y la tentación de magia religiosa? ¿Qué era aquello?

No pudo entrar por el flanco social, entonces el diablo atacó por el lado religioso, encaramando a Jesús en el alero del templo e instándole a hacer una demostración espectacular de su poder, allí, en el santuario de Yahvé, arrojándose al vacío. Le presenta aquel espectáculo como una obra de Dios mismo en su favor, pues él ha prometido enviar a sus ángeles para que el pie del mesías no tropiece en piedra alguna. Así interpreta el tentador el Salmo 91.

Pero Jesús le responde: "También está escrito: No tentarás al Señor tu Dios".

El operario de Nazaret no tentará a Dios: no le exigirá intervenciones asombrosas para deslumbrar a la gente y doblegar su

voluntad. Al contrario, él tratará de seguir en todo el camino trazado por el Padre. No intentará forzar a nadie: ni a Dios ni a los hombres.

La magia y la falsa religiosidad tratan de controlar a Dios, de ponerle al servicio de los intereses de los actores religiosos, por lo general concebidos con bastante cortedad de miras. Pero a quien subyuga en realidad esa falta de respeto a la divinidad de Dios, a su infinito misterio, inabarcable para cualquier criatura, es a quien trata de manipularle. El manipulador de Dios se pone a sí mismo fuera del haz de Luz de Vida que brota de aquella Luz divina que nos alumbra para ver la luz. Pretende iluminar él mismo a Dios, marcándole el camino y, entonces, claro, se queda en las tinieblas de la muerte.

Jesús no cedió tampoco a esta tentación. Se hubiera convertido en un charlatán más, de los que venden futuro en bolas de cristal.

98. La idolatría del poder ¿fue el culmen de las tentaciones de Jesús?

Esó parece según el relato de la fuente Q. La eficacia materialista y la manipulación de lo religioso desembocan en la última oferta del Tentador. Apenas puede ya camuflarla bajo aspecto de bien. Apela casi directamente al instinto más primitivo de poseer, de tenerlo todo, incluidos, por supuesto, el honor, la gloria y el poder que el mundo les otorga a los que tienen. En cambio, el engaño es bastante notorio: "Te daré todo esto... todos los reinos del mundo y su esplendor". Afirma que puede darlo, que todo es suyo, sin justificarlo; simplemente lo asevera: no presenta ningún título de propiedad. ¡Y pide a cambio sumisión absoluta: adoración!

Jesús responde imperativamente, mostrando como una pizca de hartazgo: "¡Vete, Satanás! Porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás y a él solo darás culto".

Esta cita del Deuteronomio recoge el corazón de la fe de Israel. Sólo el Creador es digno de adoración. Todo lo demás es relativo. Jesús va a morir por dar testimonio de la verdad de esta fe. En nada puso la confianza que sólo Dios merece. Nada en este mundo es digno de la entrega plena y total del corazón, sino Dios. Quien pone esa confianza en cualquier otra cosa que no sea Él, se está fabri-

cando, de hecho, un dios a su medida, es decir, un ídolo. El poder es el dios de barro tras el que suelen correr los hombres: el "esplendor" del mundo, el honor y el orgullo que comienza a cosecharse en las hazañas menudas de la imposición de la propia opinión a los hermanos y termina por magnificarse en el poder económico y político de "los reinos del mundo". Es la adoración perversa de Satán. Jesús era precisamente el hombre que, por vez primera, plena y decisiva, no iba a sucumbir a tal delirio.

99. ¿Cuál es el sentido de la victoria de Jesús sobre el tentador?

En las brevísimas líneas que Marcos dedica a las tentaciones escribe que Jesús "estaba entre las fieras y los ángeles lo asistían". Quiere decir que ha comenzado la instauración del orden previsto por Dios desde el principio.

La armonía del hombre con la naturaleza y con el cielo, las fieras y los ángeles, se había roto desde el principio, por el pecado. Pero ese plan de Dios comienza ahora a realizarse de un modo definitivo y pleno. Es la obra del mesías, mucho más radical que la de la eficacia materialista, la magia o el poder del mundo. Es la obra de la pobreza evangélica, de la obediencia filial y de la humildad de la verdad.

Pero Lucas precisa que "después que el diablo acabó todas sus tentaciones, se retiró de él hasta otro tiempo oportuno". Aquello no había sido más que el comienzo. Jesús tenía que andar paso a paso el camino hacia Jerusalén, hacia la cruz; el camino de la incompreensión y del rechazo de los suyos. Detrás de todo ello estaba la obra del tentador y sus victorias en la mente y las obras de los hombres. La Luz de la Vida habría de surgir de la oscuridad de un sepulcro: el de Cristo.

100. ¿Qué fue la "transfiguración"?

Fue un anticipo de la victoria de la Luz en medio del camino hacia la cruz. "La transfiguración es el relampagueo luminoso de la resurrección venidera del Señor" (Guardini). Jesús, un día, subió a un monte alto, según cuentan los tres primeros evangelios y, llevando consigo a Pedro, Santiago y Juan, "se transfiguró" delante de

ellos. Su rostro resplandecía como el sol (Mt), sus vestidos se volvieron también resplandecientes, de una blancura sin igual (Mc), como la luz (Mt). A su lado aparecieron Moisés y Elías. Lucas dice que hablaban con Jesús acerca del *éxodo* que éste iba a realizar en Jerusalén, es decir, de su muerte y de su resurrección, de su Pascua o paso al Padre.

Entonces, de modo semejante a como se describe la escena del bautismo, se oyó también en el monte, aquí desde una “nube luminosa”, la voz del Padre que señala a Jesús como el “Hijo amado” (o “único”) (Mc y Mt) o el “Elegido” (Lc) e intima a los discípulos que le escuchen.

101. ¿Puede ser histórica una escena tan “fantástica”?

Ciertamente, la descripción del acontecimiento se hace echando mano de ciertos recursos redaccionales y teológicos, cargados de un significado claro para los acostumbrados al lenguaje bíblico, pero un tanto enigmáticos para nosotros. El “monte alto” hace referencia, muy probablemente, al Sinaí, sobre todo si se añade que la “nube luminosa” fue también allí el lugar de la teofanía o manifestación de Yahvé a Moisés. Éste aparece como representante de la Ley de la Antigua Alianza y, junto a él, Elías, a quien Yahvé se había manifestado igualmente en el monte Horeb y que era esperado como precursor del Mesías. Con estos y otros recursos los evangelistas explican el significado de un hecho histórico: la manifestación de la gloria de Dios en Jesús para sus discípulos, en un determinado momento de su camino.

Pero el lenguaje en que lo explican, supone la realidad del hecho explicado. Ha habido quienes han hecho un lectura hipercrítica y, por tanto, ingenua de esta escena de la vida de Jesús. Unos, los racionalistas más pedestres, hablan de fenómenos solares naturales o cosas por el estilo. Otros, los exegetas radicales, como Bultmann, han supuesto que se trata de una simple transposición de una visión pasual del Resucitado al centro de la vida de Jesús. Pero la observación de las fuentes nos permite hablar de la transfiguración como de un hecho histórico particular, con su propia realidad y peculiaridad.

Son diversos e independientes los testimonios que nos hablan de lo acontecido: por un lado Marcos y Mateo, por otro, Lucas. És-

te ha manejado una fuente distinta que le permite subrayar con mayor claridad el lugar que ocupa el episodio en el camino de Jesús. Además, la segunda carta de Pedro, recoge también un testimonio, sin duda antiguo, en el que se presenta al primero de los apóstoles como testigo del acontecimiento (cf. 2Pe 1, 16-18).

En favor del carácter histórico del acontecimiento habla también su perfecta integración en lo que conocemos, por otros caminos, acerca del modo en el que Jesús fue instruyendo a los suyos sobre el sentido de su obra mesiánica; y, en particular, es muy significativo que no se retoque ni se suavice la imagen nada positiva que resulta de los discípulos, que son presentados como duros de entendimiento e insolidarios con el destino del Maestro. Si la escena de la transfiguración hubiera sido una mera reconstrucción de los acontecimientos, hecha a la luz de la resurrección posterior, habría sido muy natural presentar a los discípulos “transfigurados” también en creyentes de una pieza. No es éste el caso: los hechos se reflejan sustancialmente en su realidad, aunque poco “gloriosa” para sus transmisores y testigos.

102. ¿Por qué aparecen precisamente Moisés y Elías junto a Jesús?

El misterioso acontecimiento de la transfiguración dejó traslucir de modo especial la Luz de Vida eterna que dimanaba de Jesús, si bien todavía de forma generalmente discreta; fue una manifestación de la gloria de Dios en él. Moisés y Elías, que habían sido también testigos de importantes manifestaciones de la gloria de Yahvé para el Pueblo elegido, aparecen como testigos de esta nueva y superior revelación de Dios. En ellos la Ley y los Profetas, de un modo cifrado, se abren al Legislador y Profeta de la Alianza perfecta.

Pero, además, como ha observado muy bien Guardini, Moisés y Elías, tienen algo en común entre ellos y con Jesús que les hace idóneos para sostener con éste aquella conversación pedagógica sobre la Pascua que se iba a celebrar en Jerusalén, es decir, sobre su muerte y resurrección de Jesús. Ambos son mediadores pacientes y sufrientes entre Dios y su Pueblo.

Moisés hubo de soportar la resistencia de un Pueblo, duro de cerviz, que se negaba a confiar en la liberación de Dios y se aferraba tozudamente a sus supuestas conveniencias; hasta tal punto

que él mismo hubo de compartir la suerte de aquellos hombres que se mostraron indignos de dar comienzo a la nueva existencia en la Tierra prometida y murieron antes de poder pisarla. Elías, por su parte, tuvo que afrontar la idolatría y la perversidad de Ajab y de su corte, hasta ser arrancado de la tierra en el Horeb.

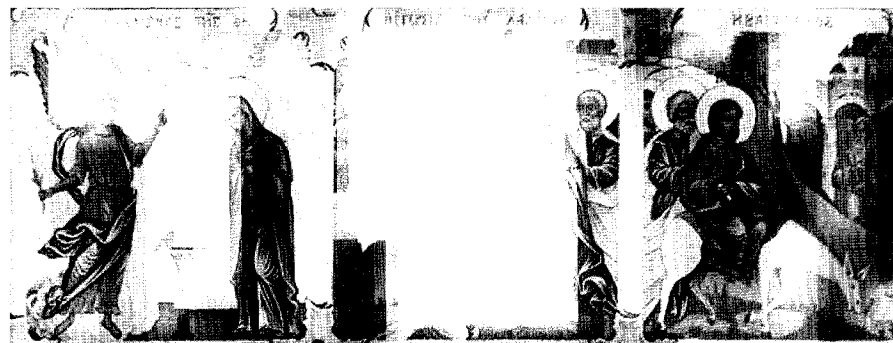
Jesús ha sido también rechazado por los dirigentes de su Pueblo. Su misión mediadora no ha sido recibida. Entonces se dispone él mismo a sufrir, en su propia persona, las consecuencias que tal rechazo de Dios habría de tener para el Pueblo.

103. ¿Qué les dice la transfiguración a los discípulos?

Los tres evangelios sinópticos sitúan la escena de la transfiguración en un momento decisivo de la vida de Jesús: cuando ha visto ya definitivamente que su misión ha sido rechazada y que tendrá que asumir la muerte sufrida tantas veces por los profetas.

Inmediatamente antes han narrado también los tres sinópticos la confesión de Pedro en Cesarea de Filipo. El primero de los discípulos ha confesado que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios vivo. Pero pasa enseguida y misteriosamente a ejercer el oficio de Satanás, tentando a Jesús para disuadirle de su decisión de asumir la muerte como camino mesiánico. Jesús rechaza enérgicamente la invectiva de Pedro.

Estos episodios reflejan la tensión que el curso de los acontecimientos imprimió en el seno de aquella iglesia naciente. Todavía sobre el monte de la transfiguración, Pedro vuelve a tomar la palabra como para tratar de frenar el curso de los acontecimientos: “¡Maestro, más vale quedarnos aquí; y vamos a poner tres tien-



das...!” (Lc 9, 33). Pero entonces es el Padre quien “confiesa” a Jesús como el Hijo y ordena que sea escuchado.

La transfiguración les enseña a los discípulos que el destino de muerte que Jesús les anuncia es el misterioso camino de la gloria. La luz del rostro de Jesús en el monte viene a aclarar las tinieblas del escándalo que sus discípulos sufrían cuando les hablaba del camino de la cruz.

104. ¿Glorifica la transfiguración a la muerte? ¿Fue Jesús un desesperado que se refugió en la muerte?

En un cierto sentido sí, la transfiguración glorifica a la muerte. Jesús nunca habla sólo de su muerte, sino que añade enseguida la perspectiva de la resurrección. En el monte de la transfiguración el camino del sufrimiento se ilumina, porque es colocado en la perspectiva de la luz y de la gloria.

De este modo, Jesús muestra que él no quiere la muerte por ella misma, sino que la asume por otra razón. Jesús les muestra a los suyos que ni siquiera la muerte impuesta por el mal es un motivo para la desesperación.

Sin embargo, parece que los discípulos no entendieron todavía del todo el mensaje de la transfiguración. Habrían de dejar sólo al Maestro, después de traicionarle.

105. Entonces ¿había servido para algo aquella visión de la gloria de Jesús?

No podemos responder a esta pregunta desde el punto de vista de la psicología de los discípulos. No tenemos datos suficientes para ello. Tal vez podamos aventurar que sin la transfiguración, aquellos hombres ni siquiera hubieran acompañado al Maestro hasta poco antes del final, como de hecho hicieron, metiéndose con él en la boca del lobo. Sin la transfiguración, tal vez el reconocimiento de Jesús resucitado les hubiera resultado luego menos factible. El resucitado era el Jesús de siempre, pero definitivamente transfigurado en la Luz. Después de todo, aquel acontecimiento único de la victoria del resucitado podía ser esperado con algún fundamento.



7. LOS HECHOS: MILAGROS Y ELECCIÓN

La actividad pública de Jesús fue breve, pero intensa. San Juan concluye su evangelio con una confesión de impotencia ante la empresa de referir la obra completa del Maestro: si se escribiera todo lo que él hizo y enseñó, los libros no cabrían en el mundo -dice con un aire de exageración semítica-, que refleja, sin embargo, la real dificultad de abarcar a Jesús de Nazaret en la entera extensión de su acontecer y en la profundidad de su persona.

En este capítulo nos preguntamos por los hechos más significativos de la vida de Jesús. Ellos y las palabras con las que se explicó -a las que prestaremos atención particular en el capítulo próximo- nos darán más claves sobre su muerte y su resurrección, acontecimientos culminantes de su existencia, por los que hemos empezado nuestra pequeña búsqueda de la verdad de la historia del Nazareno.

Es algo artificiosa la separación que hacemos entre hechos y dichos. En hebreo hay una sola palabra -*dabar*- para significar ambas cosas. Y es que, en efecto, los hechos humanos nunca son mudos: dicen siempre algo de los actores; significan, interpelan, hablan; y, a la inversa, las palabras también son, de diversas maneras, acontecimientos cargados de realidad: ¿Puede haber algún hecho de más calado que unos labios que profieren palabras como éstas: "Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos" o bien: "¡Levántate, coge tu camilla y vete a tu casa!"?

Jesús, en quien la Palabra eterna de Dios se identificaba con un joven operario de Nazaret, era y es el acontecer de la Palabra por excelencia: la comunicación de Dios en una existencia humana única. Nos aproximamos ahora a algunos de los hechos que configuran la trama de aquella vida.

106. ¿Qué fue lo que hizo Jesús, en pocas palabras?

Lo dice muy bien Ricciotti, echando una mirada retrospectiva al final de su *Vida de Jesucristo*: "Durante treinta años nadie sabe quién es, salvo dos o tres personas tan calladas como Él mismo. De pronto, pasados los treinta años, se presenta en público y empieza

a obrar. No dispone de medios humanos de ningún género: no tiene armas, ni dinero, ni sabiduría académica, ni potencia estética, ni argumentos políticos. Anda casi siempre entre gente pobre, pescadores y campesinos, y busca con particular solicitud a los publicanos, las meretrices y los demás desechos de la sociedad decorosa. Obra entre esta gente milagros en gran número y de varios géneros. Se asocia un grupito de pescadores que le siguen constantemente como sus particulares discípulos. Y actúa durante menos de tres años.

Su actividad consiste en predicar una doctrina que no es filosófica ni política, sino exclusivamente religiosa y moral. Esta doctrina es lo más inaudito que jamás se ha predicado en el mundo [...] Lo que para el mundo es mal, para Jesús es bien; lo que para el mundo es bien, para Jesús es mal. La pobreza, la humildad, la sumisión, el soportar silenciosamente las injurias, el apartarse para dejar paso a los demás, cosas que son sumos males para el mundo, son sumos bienes para Jesús, y, al contrario, las riquezas, los honores, el dominio sobre los demás y todas las otras cosas que forman la felicidad para el mundo, representan para Jesús un daño, o al menos un peligro gravísimo. Jesús es la antítesis del mundo."

107. ¿Cómo sabemos el tiempo que Jesús dedicó a su actuación como predicador?

La verdad es que no es del todo segura la duración de la actividad pública de Jesús. Algunos piensan que el testimonio de los tres primeros evangelios indicaría que no se alargó mucho más de un año. En cambio, según el evangelio de San Juan, Jesús tuvo unos tres años de tiempo para su anuncio del Reino de Dios a Israel.

La mayoría de los autores, como vemos que hace Ricciotti, se inclina por seguir las indicaciones del Evangelio de San Juan, que, por sí mismas, tampoco es que sean demasiado exactas. Hemos de recordar otra vez que los evangelios, más que crónicas o biografías en el sentido moderno del término, son *retratos de lo esencial* de la figura absolutamente extraordinaria de Jesús.

El cuarto evangelio menciona al menos tres fiestas de pascua

(Jn 2, 12; 6, 4 y 11, 55); quizás incluso una cuarta (Jn 5, 1). Sabemos que esta fiesta se celebraba anualmente, lo que nos da el período indicado, de unos tres años, para la actividad de Jesús.

Los sinópticos, por su parte, no dan ninguna referencia cronológica semejante. Por tanto, quienes piensan que de ellos se deduciría un ministerio público de un año, o tal vez menos, se apoyan en conjeturas menos fundadas. Por lo demás, estos evangelios no contradicen en nada lo que parece seguirse del evangelio de Juan; simplemente responden a otra técnica narrativa. En cambio, algunas expresiones suyas dan a entender que Jesús subió a Jerusalén varias veces, y no una sola; es el caso de la exclamación: "Jerusalén, Jerusalén, ¡cuántas veces he querido reunir a tus hijos y no has querido!..."

Las precisiones que hemos hecho en los capítulos anteriores sobre las fechas de la muerte, el nacimiento y el comienzo del ministerio público de Jesús, cuadran perfectamente con el panorama de las tres Pascuas presentado por Juan. Del año 27/28, fecha de la aparición de Jesús en el Jordán, al año 30, fecha de su muerte en el Calvario, transcurren, en efecto, unos tres años.

108. ¿Tuvo Jesús algún plan de acción?

El plan de Jesús era anunciar a su Pueblo, a Israel, que la hora de Dios había sonado, que había llegado el momento anunciado por los profetas y esperado por quienes confiaban en las promesas de Yahvé. Por fin iba a ser posible instaurar un modo de vida verdaderamente acorde con el designio del Creador, es decir, que había llegado el momento de la paz con Dios y entre los hombres. ¡Era el tiempo del Reino de Dios! Una nueva situación de comunión con Dios que el mismo Dios ofrecía ahora por medio de su enviado escatológico, definitivo: su mismo Hijo.

Jesús dirigía, por tanto, su interpelación a su Pueblo. "He sido enviado a llamar a las ovejas descarriadas de Israel". Pero lo hizo de tal modo, que lo que le proponía era en realidad una vuelta "al principio", es decir, al origen del que proviene no sólo Israel, sino también todos los hombres y todos los pueblos. Él lo podía hacer bien, pues siendo, en persona, el Logos eterno de Dios, la creación había sido hecha por mediación suya. Él conocía, por eso, "el prin-

cipio" del que todos los hombres provenimos.

Israel no aceptó la nueva interpelación de Dios, sino que rechazó a su enviado: primero lo hicieron sus dirigentes y, tras ellos, el pueblo en su conjunto. Sólo un pequeño resto acogió el anuncio de Jesús y dio crédito a su misión.

Cuando Jesús se dio cuenta de que el anuncio del Reino había fracasado, a causa de una oposición pertinaz, parece que introdujo un cierto cambio en sus planes. Si Israel rechazaba acoger la salvación de Dios y convertirse de este modo en mediación de ella para todos los pueblos, había que pensar en un nuevo camino por el que Dios pudiera ofrecer en el futuro su Vida a la humanidad. Entonces Jesús comenzó a preparar a sus discípulos primero para que comprendieran cuál iba a ser ese camino, o sea, el de la cruz y la resurrección y, segundo, para hacer de ellos el "nuevo Israel", encargado en adelante de ofrecer la salvación a todos los hombres.

109. ¿Será entonces verdad aquello de que "Jesús predicó el Reino y luego vino la Iglesia"?

Esa afirmación de A. Loisy se ha convertido casi en la bandera de quienes pretenden que la contraposición entre Jesús y la Iglesia, propalada por ellos, se remonta al mismo Jesús. Dicen que Jesús anunció sólo el Reino de Dios, y nunca la Iglesia. Ésta, por el contrario, no habría sido prevista por Jesús, sino que fue una creación posterior de sus discípulos, basada fundamentalmente en intereses de dominio y de poder. La Iglesia, pues, habría venido a interponerse entre el Reino querido por Jesús y los hombres a quienes ella se lo ocultaría perversamente. Tal ocultamiento se habría realizado precisamente retorciendo la voluntad del Nazareno y manipulando su figura, es decir, reemplazando lo que él predicaba - el Reino- por el mito, fácilmente manipulable, de un "hombre-Dios" convertido en redentor, del que la Iglesia se habría declarado a sí misma administradora.

Loisy tal vez no quiso decir tanto. Su famosa frase no era, en su pluma, el compendio de tantos disparates. Él se limitaba a poner de manifiesto la diferencia existente entre lo que suponía que era la conciencia de Jesús, por una parte, y el resultado de su obra, que éste no habría llegado a vislumbrar, en cuanto hombre de co-

nocimiento limitado, por otra. O sea, que la frase tiene originariamente un sentido muy diverso del de enfrentar a Jesús con la Iglesia como magnitudes prácticamente incompatibles. Por el contrario, para Loisy, la Iglesia es consecuencia objetiva de la obra de Jesús, aunque, eso sí, no prevista por él.

Ahora bien, como hemos indicado en la respuesta anterior, todo parece indicar, más bien, que Jesús sí previó y quiso la Iglesia como un nuevo Israel que preparara a la humanidad para acoger el Reino de Dios rechazado por el Israel al que él había sido enviado. Sólo en este sentido responde la frase mencionada a la verdad de la historia de Jesús.

110. ¿A quién se dirigía, entonces, Jesús en su misión? ¿A Israel o la Iglesia?

No cabe duda de que Jesús se sabía enviado a Israel, a todo el pueblo de Israel y sólo a él. A medida que iba resultando evidente que Israel no le acogía, Jesús empezó a pensar en que otros pueblos vendrían a ocupar el lugar que le correspondía a Israel como elegido de Dios para llevar la salvación a todos: "Vendrán de oriente y de occidente y se sentarán a la mesa en el banquete del Reino... porque no has reconocido...".

Pero esto en modo alguno significa que Jesús rechazara a su Pueblo. Era más bien su Pueblo quien le rechazaba a él. El Dios siempre fiel a sus promesas iba a utilizar los adoquines de ese rechazo vergonzoso para pavimentar el camino de la salvación universal, también para Israel: la cruz iba a convertirse por obra de Dios en la nueva fuente de salvación para todos sin excepción.

"Los últimos serán los primeros". Los últimos eran los primeros en la atención de Jesús. Los últimos eran toda clase de pecadores, pobres y ricos, despojados escandalosa y precisamente en nombre de Dios de su dignidad de hijos de Dios por una interpretación objetivamente blasfema de la Ley. Jesús se dirigía preferentemente a los últimos, porque él era el enviado del Creador de todos.

Jesús se dirigió, en último término, a la Iglesia como representante de los "últimos", de aquellos a quienes el Israel de entonces cerraba de hecho las puertas de acceso a Dios al rechazar a su enviado.



111. ¿Cabe, pues, pensar que Jesús dio pie al antisemitismo que desprecia a Israel?

El cristianismo verdadero no es antisemita. Al revés, junto con San Pablo, sabe que la Iglesia nunca sustituye absolutamente a Israel, sino que lo prolonga en su misión de mediación de la fidelidad de Dios para con la humanidad. Eso es lo que Jesús pretendía al pensar en la Iglesia como continuadora de su propia obra.

Israel rechazó a Jesús, es cierto. Pero Jesús no rechazó a Israel. Y no dio a nadie el supuesto derecho de rechazarle en su nombre. Jesús vivió y murió como judío. Su vida y su pretensión no se entiende más que en el marco de las promesas y de la fe de Israel. Por eso dice San Pablo a las nuevas comunidades cristianas que no deben enorgullecerse y tratar absurdamente de rechazar el tronco del viejo olivo en el que ellas han sido injertadas. Con esta bella comparación se refiere a Israel y a la Iglesia. Israel permanece siempre como aquel viejo olivo, objeto de las promesas de un Dios que nunca ha derogado su alianza con él. La Nueva Alianza no deroga la Antigua, sino que la plenifica.

112. ¿Dónde se desarrolló la predicación y la actividad de Jesús?

Jesús tenía una conciencia tan viva de haber sido enviado a Israel, que su misión se desarrolló casi exclusivamente en su tierra. Sólo por breve tiempo se acercó hasta las cercanías de Tiro y de Sidón o, en otro momento, a Cesarea de Filipo. A esos lugares, que no formaban parte de la tierra de Israel, parece que Jesús se retiró precisamente en ocasiones en las que se hacía más intensa la presión del rechazo que sufría entre los suyos.

Jesús no predicó en las ciudades mayores, como Séforis o Tiberias. Ésta última, capital de Galilea en el tiempo de su ministerio, era una ciudad de nueva planta, fundada por Herodes Antipas en la orilla occidental del lago. Su ambiente era un tanto pagano, como indica su mismo nombre, elegido en honor del divinizado emperador romano Tiberio. Jesús prefería frecuentar las villas y los pueblos, donde esperaba encontrar más eco a su mensaje entre las gentes sencillas, instruidas en la tradición de Israel y, en todo caso,

concedoras de las promesas de Dios para su Pueblo.

El lugar elegido por Jesús como base de su misión parece que fue Cafarnaún, pequeña ciudad de pescadores asentada en la orilla norte del mar de Galilea. Desde allí realiza su actividad en Galilea y desde allí subió en diversas ocasiones a Jerusalén.

113. ¿Conocemos el tiempo y el lugar de cada una de las actividades de Jesús a lo largo de su actuación pública?

La mayoría de los especialistas está de acuerdo en que no es posible reconstruir con seguridad el cuadro cronológico y topográfico exacto de la actividad pública de Jesús. Las fuentes más fiables con las que contamos, que son, como sabemos, los evangelios canónicos, recogen muchos hechos y dichos de Jesús, pero no los colocan en un orden preciso de tiempo y lugar, sino que los agrupan de distintos modos que responden más bien a determinadas concepciones literario-teológicas. Así, por ejemplo, el evangelio de San Mateo organiza los hechos y los dichos de Jesús en cinco grandes "discursos" o "instrucciones" entre las que se intercalan cuatro "secciones narrativas". Ese cuerpo principal del evangelio es precedido por una introducción, que consta de los relatos de la infancia y de la preparación del ministerio público, y se cierra con lo que podríamos llamar un epílogo, constituido por los relatos de la pasión y la resurrección. Salta a la vista que no se trata de seguir la vida de Jesús siguiendo con exactitud su trayectoria en el tiempo y en el espacio, sino, más bien, de organizar sus gestos y sus palabras en orden a poner de relieve cómo con Él se hace presente el Reino de Dios entre los hombres. Así presenta la estructura del Evangelio de San Mateo la Biblia de Cantera/Iglesias:

- I. Infancia y preparación (1-4).
- II. Primera instrucción: la ley del reino (5-7).
- III. Primera sección narrativa (8-9).
- IV. Segunda instrucción: los predicadores del reino (10-11,1).
- V. Segunda sección narrativa (11, 2 - 12)
- VI. Tercera instrucción: el misterio del reino (13, 1-53).
- VII. Tercera sección narrativa (13, 54 - cap. 17).

VIII. Cuarta instrucción: organización de los "Hijos del reino" (18).

IX. Cuarta sección narrativa (19-22).

X. Quinta instrucción: crisis ante la manifestación definitiva del reino (23-25).

XI. Epílogo: Pasión y Resurrección (26-28).

114. ¿No podemos, al menos, hacernos una idea global del curso de los acontecimientos?

Los evangelios de San Marcos y de San Lucas organizan sus materiales en tres escenarios: Galilea, un espacio entre Galilea y Jerusalén, y la ciudad de Jerusalén. Para Marcos esta especie de itinerario de Galilea a Jerusalén aparece subordinado al descubrimiento progresivo de la verdad de Jesús como Mesías, Hijo del hombre e Hijo de Dios. Véase el esquema de este Evangelio que ofrece la Biblia de Cantera/Iglesias:

I. Preparación (1,1 - 1,13).

II. Misterio del Mesías

A) En Galilea (1,14 - 7,23).

B) Fuera de Galilea (7,24 - 8,30).

III. Misterio del Hijo del hombre

A) Fuera de Jerusalén (8,31 - cap.10).

B) En Jerusalén (11 - 13).

IV. Misterio del Hijo de Dios. Pasión y Resurrección (14 - 16,8).

V. Apéndice (16,9-14).

El Evangelio de San Lucas adopta también una disposición que presenta la actividad de Jesús como una especie de peregrinación desde Galilea hacia Jerusalén. La vida pública de Jesús como un camino entre su patria galilea y su destino jerosolimitano queda marcada de modo mucho más decidido por Lucas, como se puede ver en el esquema de su evangelio, organizado por la misma Biblia exclusivamente según el criterio de ese itinerario:

II-¿Qué conocemos de la historia verdadera de Jesús de Nazaret?

Prólogo-Dedicatoria (1,1-4).

I. Introducción. Infancia de Jesús (1,5 - cap. 2).

II. Preparación del ministerio profético de Jesús (3 - 4,15).

III. Ministerio profético de Jesús en Galilea (4,16 - 9,50).

IV. Ministerio profético de Jesús camino de Jerusalén (9,51 - 19,27).

V. Ministerio profético de Jesús en Jerusalén (19,28 - cap. 21).

VI. Epílogo. Pasión, Resurrección, Ascensión (22-24).

El curso global de los acontecimientos, señalado, con diverso énfasis, por estos dos evangelios de Marcos y de Lucas, descubre la tensión de fondo existente en la vida de Jesús: un primer momento de mayor aceptación de su mensaje y de su persona, representado por Galilea, y una fase final en la que el rechazo se va haciendo cada vez más patente, hasta desembocar en su muerte de cruz en Jerusalén.

115. Pero ¿no habla el Evangelio de San Juan de varios viajes de Jesús a Jerusalén?

Efectivamente, y, como hemos dicho ya, hay indicios para pensar que la cronología indicada por San Juan sea la que mejor refleja el curso histórico de los acontecimientos. Jesús habría subido varias veces a Jerusalén en años sucesivos para celebrar las fiestas prescritas por la Ley. El esquema del cuarto Evangelio se organiza, en buena parte, en torno a las cuatro o cinco subidas a Jerusalén:

Prólogo (1,1-18).

I. Revelación de Jesús al mundo (1,19 - cap. 12).

A) Primera fiesta en Jerusalén (2,13 - cap. 4).

B) Segunda fiesta en Jerusalén (5 - 6).

C) Tercera fiesta en Jerusalén (7 - 10,21).

D) Cuarta fiesta en Jerusalén (10,22 - 11,53).

E) Quinta fiesta en Jerusalén (11,54 - cap. 12).

II. Revelación de Jesús a la Iglesia (13- 21).



Pero, como vemos, también el Evangelio de San Juan da una especial relevancia a Jerusalén, donde sucede la final “revelación de Jesús a la Iglesia”, expuesta del capítulo 13 en adelante, es decir, comprendiendo casi la segunda mitad del Evangelio. De este modo, aun empleando otro esquema para la composición general de su obra, posiblemente más adaptado al tiempo real de la vida de Jesús, también San Juan destaca la polaridad Galilea-Jerusalén como dos centros de gravedad de la actividad pública de Jesús.

116. ¿Qué significa el “subir de Galilea a Jerusalén” en la vida de Jesús?

Se ha hablado de la “primavera de Galilea” y del “invierno de Jerusalén” en la vida de Jesús. La primera señalaría una época de éxito, el segundo el tiempo del fracaso. No es del todo exacta esta apreciación. Jesús también fue rechazado en Galilea, por sus mismos paisanos de Nazaret. En cambio, en Betania, en las inmediaciones de Jerusalén, vivía la familia de su amigo Lázaro; y en la misma ciudad, tenía también sus seguidores, incluso entre gentes distinguidas, pertenecientes a los círculos más poderosos, como era el caso de Nicodemo. Lo que sí parece cierto es que la enorme autoridad de sus palabras y el asombro suscitado por sus milagros depa- raron a Jesús una audiencia significativa y entusiasta, aunque nunca exenta de incomprendiones. La buena fama de Jesús creció por algún tiempo. Pero, en cierto momento del camino, la cruz empezó a dibujarse como casi segura en el horizonte de su vida. Jesús no se sustrajo a aquel destino, que él aceptó como parte integrante de su misión, querida por el Padre Dios. Fue cuando empezó a repetir con más frecuencia a sus discípulos: “Es necesario que el Hijo del hombre sea entregado...”

117. Pero ¿qué había hecho Jesús para que las cosas se torcieran de aquella manera?

Efectivamente, podemos decir en lenguaje coloquial que a Jesús “las cosas se le torcieron”. Él no había venido directamente a morir en la cruz. Lo que buscaba no era la muerte, sino la vida. Tampoco quiso su muerte más que como el precio voluntario pagado por el

amor que profesaba al Padre providente y a los hombres, sus obstinados hermanos. Aceptó la muerte violenta, pero no la planeó. Lo que él había planeado era más bien dirigir la llamada definitiva al Pueblo elegido por Dios para que se convirtiera a Él, al Dios de la Vida. La llamada a la conversión la hizo no sólo con palabras, sino con gestos que hablaban tanto o más que sus discursos: sus milagros y la elección de sus amigos y de sus discípulos. Estos hechos, tan llamativos y elocuentes, contribuyeron poderosamente a suscitar el rechazo y la oposición que acabaron conduciendo a Jesús a la cruz.

118. ¿Qué es lo que nos induce a pensar que Jesús ha hecho milagros?

Sus contemporáneos no dudaban de que Jesús era un hombre poderoso no sólo en palabras, sino también “en hechos”.

Los evangelios narran unos treinta acontecimientos milagrosos realizados por Jesús: exorcismos, curaciones, salvamentos, dones, resurrecciones. No se trata de algo accidental para los evangelistas. Al contrario, los milagros ocupan un lugar central en sus obras tanto desde el punto de vista de la cantidad como de la calidad. Son muchas páginas las que dedican a narrar acontecimientos milagrosos. Baste decir a este respecto que del espacio que San Marcos dedica al ministerio público de Jesús, es decir, de los diez primeros capítulos de su evangelio, casi la mitad (exactamente 209 de 425 versículos) se emplea en la narración de milagros. Por su parte, la estructura del Evangelio de San Juan está tan marcada por el ritmo festivo jerosolimitano como por los siete grandes “signos” que recoge en su primera parte. Además, tanto la autoridad y el contenido de la enseñanza de Jesús, como la identidad de su misma persona, encuentran en los milagros una de sus justificaciones principales. Así, por ejemplo, la interpretación que Jesús hace del precepto sabático como orientado al bien del hombre, se justifica con la curación en sábado del hombre de la mano seca (Mc 3, 1-6 par.)

Herodes había deseado ver algún portento de los que sabía que realizaba Jesús. Sus enemigos no niegan el hecho de las curaciones o exorcismos, lo que ponen en cuestión es la interpretación

que Jesús les da (Mt 12, 24). San Pedro apelará al carácter público y reconocido de los milagros de Jesús cuando les diga a sus oyentes judíos, después de la resurrección, que ellos mismos saben que han sucedido (Hech 2, 2).

Hay fuentes extrabíblicas que también atestiguan que Jesús hacía cosas prodigiosas. Flavio Josefo, el historiador judío que ya conocemos, en su libro *Antigüedades Judaicas* califica de “falsos profetas”, “charlatanes” y “embaucadores” a determinados personajes de su época con pretensiones mesiánicas, como Teudas o “el egipcio innominado”, que habían prometido señales milagrosas de liberación. De Juan el Bautista, de quien habla por extenso y con mucho respeto, no dice que haya obrado nada prodigioso. En cambio, de Jesús refiere escuetamente que “fue autor de hechos asombrosos” (*Ant.* 18, 3.3). Por otro lado, también la tradición judía posterior, marcada ya por una reacción negativa frente a Jesús y al cristianismo, habla de que Jesús fue condenado “por haber practicado la magia y haber seducido a Israel” (*Talmud babilónico*, Sanhedrin, 43a); es decir, que interpreta como magia unos hechos extraordinarios innegables, cuya facticidad no podía obviar.

Contamos, pues, con un múltiple e inequívoco testimonio acerca de una característica fundamental de la actividad de Jesús: realizaba cosas asombrosas, era un “taumaturgo”.

119. Pero ¿podemos hoy los hombres del siglo XXI tomar en serio que Jesús haya hecho milagros?

A diferencia de los contemporáneos de Jesús, muchos de quienes en nuestros días se tienen por más cultos o más “críticos” piensan que los milagros no existen. Decimos “muchos”: un grupo muy influyente, ciertamente, en la manera de pensar actual. Sin embargo, ni todas las personas cultas piensan así, ni tampoco la mayoría de una sociedad tan “moderna” como la norteamericana, por ejemplo. Una encuesta hecha en los Estados Unidos por la agencia Gallup, en 1989, revela que el 82% de los consultados afirma que “incluso hoy los milagros son realizados por el poder de Dios”. En cambio, sólo el 6% rechaza de modo absoluto esta idea.

La influyente minoría que niega la posibilidad de que exista cualquier tipo de milagro, y que, por tanto, excluye que Jesús hu-

biera podido realizar milagros, justifica su negativa sobre la base de una concepción del mundo que se suele llamar racionalista o naturalista. Según esta filosofía (más o menos desarrollada explícitamente), el mundo sería un todo absolutamente cerrado en sí mismo que se rige por unas leyes o pautas propias que no dejan lugar para que ocurra nada fuera de ellas y, menos aún, en contra de ellas. La razón humana estaría, en principio, en condiciones de conocer esas “leyes naturales” y de explicar todo lo que sucede de acuerdo con ellas. Si acontecen cosas para las que no se encuentra una explicación de este tipo, sería porque *todavía no* se habría llegado a conocer perfectamente la realidad total del mundo, según los más deterministas, o bien porque, dentro de la naturaleza, habría un amplio margen para lo imprevisible, a causa del azar, que, según los menos deterministas, también forma parte del sistema cerrado del mundo.

Este modo de ver las cosas, llamado “moderno” o “racional” y “científico”, no se encuentra sólo entre quienes no se confiesan cristianos, como, por ejemplo, el filósofo Espinosa, que es uno de los padres de tal mentalidad; también ciertos cristianos, que podemos llamar “hipercríticos”, consideran a priori que los milagros no son posibles. R. Bultmann es uno de los exegetas que más ha contribuido a extender esta mentalidad entre los cristianos. A él se debe la famosa frase de que “es imposible utilizar la luz eléctrica y la radiofonía y servirse de los modernos avances médicos y quirúrgicos, y al mismo tiempo creer en las palabras del Nuevo Testamento sobre los milagros”.

Sin embargo, no son sólo la mayoría de los americanos, que llevan muchos años utilizando la luz eléctrica y los servicios de sus modernos hospitales, quienes siguen pensando que los milagros son, en principio, posibles. Ahí están también los científicos -de distintos credos- que intervienen en las investigaciones que se llevan a cabo acerca de los acontecimientos extraordinarios que suceden desde hace tiempo en Lourdes, o de los hechos inexplicables que se presentan en las causas de canonización de los santos de todo el mundo. Tampoco ellos están convencidos de que el mundo se baste de modo tan concluyente a sí mismo que quede excluido a priori cualquier hecho no derivable y no comprensible desde el mundo en cuanto tal. Por el contrario, son muchos los casos concretos en los que comités de expertos se han visto obligados a concluir que

se encontraban ante acontecimientos para los cuáles piensan que ni encuentran ni es posible encontrar explicación alguna en el orden de la ciencia. Pensemos, por ejemplo, en una lesión cerebral grave, que de por sí habría de comportar la muerte y que, de hecho, no sólo no conduce a ese desenlace, sino que es superada de tal manera que la persona afectada recupera el ritmo absolutamente normal de la vida, sin padecer secuela alguna de tipo psicológico ni fisiológico. Es un caso documentado, como otros semejantes, en los que sólo un orden natural diverso del existente y conocido, podría hacer inteligible lo que sucede; o bien, la acción de alguna causa de un orden diverso de las que actúan inmanentemente al mundo.

Si también hoy determinados acontecimientos pueden ser y son de hecho entendidos, en determinadas circunstancias, como milagros, no sería necesario recurrir a “desmitologizar” el Nuevo Testamento eliminando de antemano todo lo que en él aparece como milagroso. Habrá que prestar atención a lo que allí se dice al respecto y a la crítica histórica verdaderamente crítica, es decir, no dirigida por los presupuestos supuestamente incuestionables del racionalismo.

120. ¿Qué sería propiamente un milagro?

El milagro es un hecho prodigioso, que suscita asombro y que es perceptible, en principio, por cualquier observador atento e imparcial; no puede ser atribuido razonablemente ni a las capacidades humanas ni a otras fuerzas de nuestro mundo y, por tanto, habría de ser asignado a un poder trascendente al cosmos, que es justamente, lo que se hace en un contexto religioso, al considerarlo como una obra especial de la omnipotencia de Dios.

Hay que notar que no todo hecho extraordinario o inexplicable es, propiamente, un milagro, sino sólo aquel que pueda ser entendido religiosamente como obra especial de Dios. En este sentido, es verdad que ni la física, ni la medicina, ni la historia, en cuanto tales, están capacitadas para determinar que un acontecimiento determinado sea en realidad un milagro. La competencia de estas disciplinas se reduce a lo intramundano. Que se trate de una acción divina es algo que ellas no pueden afirmar ni negar directa-

mente. Para discernir lo que merezca ser llamado un milagro es necesario contar también con criterios diversos de los de las mencionadas ciencias, es decir, hay que recurrir a señales que nos permitan identificar el modo propio de actuar de Dios; para lo cual será necesario, en último término, remitirse a la revelación divina. Pero las ciencias empíricas e históricas prestan una ayuda insustituible en tal discernimiento, pues aportan los datos necesarios para comprender cómo y en qué sentido un hecho determinado supera lo razonablemente explicable en el contexto de la experiencia del mundo, que es el de su competencia.

121. ¿No pertenecen los milagros de Jesús al mismo género de supercherías que se narran en alguna literatura antigua?

La ciencia histórica está hoy en condiciones de mostrar que lo que el Nuevo Testamento y las otras fuentes mencionadas consideran como acciones milagrosas de Jesús son realidades de un orden diverso de los prodigios atribuidos a los llamados *hombres-divinos* de la antigüedad.

Algunos autores de comienzos del siglo XX, que se agrupan bajo el nombre de “escuela de la historia de las religiones”, entre los cuáles el más conocido e influyente ha sido Rodolfo Bultmann, no sólo veían las cosas bajo una óptica racionalista, negadora *a priori* del milagro, sino que, además, buscaron razones que explicaran el hecho innegable de que la tradición cristiana cree que Jesús realizó milagros. Su teoría era la siguiente. El sencillo profeta de Nazaret, como los profetas más comunes de la Biblia, nunca había hecho milagros. Lo que le había distinguido era únicamente su llamamiento apremiante a decidirse ya, pues el tiempo de este mundo estaba para concluir y Dios llegaba para juzgar. Esta interpelación a una decisión existencial habría sido lo fundamental y seguiría siendo lo válido de la figura de Jesús también para hoy. Sólo más tarde, después de la resurrección, los discípulos habrían convertido a aquel humilde predicador profético en un poderoso hombre-divino. Este alejamiento de la realidad histórica de Jesús habría tenido lugar cuando la iglesia naciente trataba de implantarse en el mundo helénico. En este mundo de la cultura grecorromana habría sido corriente la figura del llamado hombre-divino (*aner theios*), encar-



nada en personajes caracterizados por poseer algún tipo de filiación divina y por ser capaces de realizar prodigios.

Los discípulos habrían asimilado a Jesús a ese tipo de personajes divinos y hacedores de milagros.

Pues bien, la teoría de “escuela de la historia de la religiones” carece en realidad de base histórica por los motivos siguientes.

En primer lugar, como han demostrado D. L. Tiede y C. H. Holladay, el concepto de hombre-divino, existente ciertamente en el mundo griego del siglo primero, no va vinculado necesariamente al poder de hacer milagros, sino a una cierta sabiduría especial o sobrehumana; en este sentido es aplicado tal concepto a Sócrates por Plutarco y por Séneca. En el entorno judío, Flavio Josefo y Filón jamás vinculan el poder taumatúrgico con una supuesta naturaleza divina de Moisés, a quien presentan también como sabio según el patrón estoico; sólo en este sentido lo llaman (¡sólo una y tres veces respectivamente!) “hombre divino”, sin hacer intervenir para nada en este contexto el poder de hacer milagros.

Con todo, en segundo lugar, es necesario reconocer que lo maravilloso ejercía una poderosa atracción en el mundo helénico, sobre todo entre las clases populares. De ahí que, por ejemplo, Filóstrato narre en su *Vida de Apolonio*, un sabio del siglo I, unos veinte prodigios de este personaje. Apolonio será considerado como un “competidor” de Jesucristo ya en el siglo III; y en el siglo XX, algunos investigadores lo toman como ejemplo prototípico de aquellos hombres-divinos a los que habría sido asimilado tardíamente el profeta de Nazaret. Sin embargo las cosas no son tan sencillas. Ante todo, porque Filóstrato dedica una atención muy reducida a los “milagros” de Apolonio (sólo el 3% de su obra); su interés fundamental es mostrarle como un sabio y en absoluto relaciona sus supuestas obras portentosas con el calificativo de hombre-divino. Además, es necesario tener en cuenta que la *Vida de Apolonio* fue escrita por el año 217, es decir, más de cien años después de la muerte de su protagonista; una considerable laguna temporal, carente de fuentes, que, como ha subrayado Meier, no permite atribuir a estos relatos la fiabilidad histórica que posee la tradición evangélica, para la cual se pueden aducir testimonios serios que datan sólo de veinte, treinta o cuarenta años después de la muerte de Jesús. El mismo Meier supone que Filóstrato conocía los Evan-

gelios y que es muy probable que hubiera escrito su obra bajo su influencia. De modo que la “divinización” no habría ido de Apolonio a Jesús, sino a la inversa, de Jesús a Apolonio, quien, sin embargo, acabaría convirtiéndose en rival de su prototipo, al servicio de la propaganda pagana.

En tercer lugar, es importante constatar que el Nuevo Testamento jamás utiliza el concepto griego de hombre-divino. El título Hijo de Dios no tienen nada que ver con ese concepto. Los milagros de Jesús no se deben a su supuesta asimilación a los hombres-divinos, desconocidos para la Biblia e incluso -en el sentido de hombres milagreros- también para los escritos helenísticos. Jesús hizo milagros porque era el Hijo de Dios y les dio un significado único, al que enseguida nos referiremos. Sus obras prodigiosas fueron uno de los motivos importantes por los que destacó entre los muchos pretendientes a mesías del mundo palestino de aquellos años y constituyeron también una razón básica de la rápida expansión de su fama en el mundo griego. Además, su poder de hacer milagros lo habían heredado también sus discípulos.

Se puede, pues, responder, con la historia en la mano, y de un modo un tanto “periodístico” a la teoría de la escuela de la historia de las religiones lo siguiente: no fue una hipotética atribución de supuestos poderes milagrosos a Jesús de Nazaret la que le divinizó, según un supuesto patrón helénico, sino que, a la inversa, la real capacidad de Jesús de realizar obras maravillosas, derivada de su condición de Hijo de Dios, constituyó uno de los factores que contribuyeron notablemente a la difusión del Evangelio y de la Iglesia en el mundo griego.

122. ¿En qué se diferencia la actividad taumatúrgica de Jesús de la magia?

Los evangelios recogen muchas acusaciones contra Jesús procedentes de sus enemigos, como, por ejemplo: borracho, infractor del sábado, amigo de pecadores, impostor, blasfemo, aliado del diablo... De lo que nunca se le acusa es de ser un mago. El ejercicio de las prácticas mágicas no tenía siempre buena fama, pues podía ser dirigido en perjuicio de algunas personas. Sólo a partir del siglo II empezará a lanzarse también esta acusación contra Jesús en medios

paganos y judíos. ¿Por qué tan tarde y no ya en vida de Jesús? Porque la diferencia entre las hechicerías o prácticas mágicas y los milagros de Jesús era tan evidente que difícilmente se le podía acusar al Nazareno de ser un mago. Sin embargo, la falsa acusación no ha dejado de tener su eco, e incluso hoy día autores de tanto éxito como John Dominic Crossan siguen propalándola.

En tiempos de Jesús estaba difundida la práctica de la magia. Hay testimonio de ello en los llamados papiros mágicos que se han conservado. Pero los milagros de Jesús se diferencian de las prácticas que se recogen en estos papiros en muchos aspectos importantes. Entre ellos, los siguientes.

En cuanto a su objeto, las acciones prodigiosas de Jesús jamás van dirigidas a perjudicar a nadie, por el contrario, tienen siempre efectos positivos para las personas: liberaciones de posesos, curaciones de enfermos, resurrecciones de muertos, protección contra los elementos, etc. En cambio, las prácticas mágicas van dirigidas con cierta frecuencia a causar daño, por ejemplo, a un rival en los negocios, en el amor o en los tribunales. Hay hechizos para causar enfermedades, insomnios o eliminar a los enemigos.

En cuanto a los medios empleados, Jesús actúa de un modo absolutamente sencillo que consiste casi siempre en una simple palabra o en un elemental gesto simbólico. La magia, por el contrario, recurre constantemente a complicados conjuros (discursos interminables llenos de los nombres de todos los dioses y poderes conocidos para el mago, así como de palabras ininteligibles) y a ensalmos o mezclas de sustancias exóticas y hasta de dudosa procedencia.

En cuanto al modo, la actividad de Jesús se realiza públicamente, a la vista de todos. El secreto que impone a veces, mandando “no decir nada a nadie”, es una peculiaridad del evangelio de San Marcos, que, según hemos visto ya en otro lugar tiene su explicación propia. En cambio, la magia tiende siempre al ocultismo y al esoterismo.

En cuanto al tipo de relación personal, el que se da en el caso de Jesús es el de la gratuidad propia de un encuentro de amistad y de compasión. En cambio, el mago es un profesional al que acuden los clientes a cambio de un precio. A Dios no se le compra ni se le fuerza. Tampoco Él fuerza ni explota a sus criaturas.

En cuanto a la finalidad, Jesús no persigue otra que la de ayudar

a que los suyos y, en general, todo el pueblo, pueda dar crédito a su misión, es decir, trata de suscitar la fe en la obra que Dios hace por él y en él. En cambio, los hechiceros o magos persiguen fines puramente intramundanos, positivos o perjudiciales y, con frecuencia, intrascendentes e incluso alcanzables por los hombres mismos, como ganar una carrera de caballos o conseguir pareja.

En cuanto al contexto, los milagros de Jesús se insertan en la visión bíblica de una historia de salvación conducida por Dios, cuyo sentido y fin se expresa o se anticipa en ellos. Las intervenciones mágicas, en cambio, permanecen como actos aislados.

Por fin, en cuanto a sus efectos, los milagros de Jesús contribuyen a consolidar el círculo de los discípulos, que acaban vinculados entre sí como una asociación estable: la Iglesia. En cambio, como muy bien señala Durkheim, sobre la magia no se funda ninguna iglesia. Sus clientes permanecen normalmente aislados y desconocidos entre sí.

Las visiones sociologistas de la vida de Jesús, como la del mencionado Crossan, deberían estar más atentas a la sociología, es decir, a la descripción diferenciada de los acontecimientos sociales.

123. ¿Cuál era el sentido que Jesús les daba a sus milagros?

Acerca de la realidad de la actividad de Jesús como un notorio obrador de milagros no sólo contamos con las narraciones o noticias de fuentes diversas e independientes que se remontan a fechas muy cercanas a los hechos. Una de éstas, la llamada "fuente Q", cuya datación se sitúa en torno al año 50, recoge también tres dichos de Jesús que iluminan la comprensión que él mismo tenía de sus milagros. Hay que tener en cuenta que estos dichos son más antiguos que las narraciones de los hechos milagrosos que traen los evangelios. Lo cual quiere decir que los milagros toman su sentido de Jesús, no de sus narradores posteriores.

A quienes le acusan de actuar en confabulación con Satanás, Jesús les responde: "Pero si arrojo los demonios por el Espíritu de Dios, es señal de que el Reino de Dios ha llegado a vosotros" (Mt 12, 28). Con ello les recuerda a sus adversarios que está cumpliendo las profecías de Isaías (35, 5s) y de Jeremías (31, 34): se están realizando los signos que los profetas previeron como manifesta-

ción del triunfo de Dios sobre el mal y es él, Jesús, quien los realiza. ¡Una peligrosa identificación indirecta de su persona con el poder mismo de Dios!

En otro momento, Jesús se refiere al rechazo experimentado incluso en Galilea, cuando también allí la llamada "primavera" de la acogida entusiasta ha empezado a declinar: "Entonces empezó a increpar a las ciudades en las que se habían hecho la mayoría de sus milagros, porque no habían hecho penitencia: ¡Ay de tí Corazaín, ay de tí Betsaida, porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que se hicieron en vosotras!... Y tú, Cafarnaún, ¿serás acaso elevada hasta el cielo? ¡Hasta el infierno te hundirás!..." (Mt 11, 20-24). Este severo dicho reconoce, como el anterior, el fracaso de los milagros de Jesús. Los compiladores de la fuente Q son fieles a una dura realidad, no están inventando ninguna glorificación artificial de Jesús. Sin embargo, en medio de su debilidad, la actuación de Jesús se muestra como determinante del futuro de aquellas ciudades y del pueblo entero. Ni siquiera los milagros "pueden" quebrar la resistencia de la libertad humana, pero en ellos está actuando el Reino de Dios.

El mismo "precursor", Juan el Bautista, dudaba de si Jesús era "el que había de venir", es decir, si era él el anunciado por los profetas. Tampoco en este caso las fuentes evangélicas tienen empacho en mostrar en toda su crudeza la duda de aquella grandiosa figura del "mayor de los profetas": ¡nada de invenciones amañadas para señalar a Jesús como el Mesías! No. Juan no entiende el sentido en el que Jesús pueda ser el mesías, pues éste no acaba de mostrar su poder ni de tomar venganza en nombre de Dios por la infidelidad de Israel, según el Bautista pensaba que iba a hacer el mesías: "¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro? - Jesús les respondió: Id y contad a Juan lo que habéis visto: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados. Y feliz quien no se escandalice de mí" (Mt 11, 2-6). Como hacía siempre, Jesús no responde con una afirmación directa y rotunda a la pregunta sobre si él es el Mesías. Lo hace con delicadeza y remitiendo a unos hechos que, de acuerdo con la tradición profética, pueden ser interpretados en el sentido de que el Reino de Dios ha llegado: esos hechos son sus milagros. Pero sus milagros

le acreditan como un mesías un tanto distinto del que esperaban Juan y muchos de sus contemporáneos, incluidos sus propios discípulos: le revelan como un mesías de misericordia, más que de juicio, dispuesto a manifestar el amor antes que la justicia de Dios. Será lo que aparezca de manera suprema en la Cruz.

Jesús piensa, pues, que sus obras portentosas de misericordia acreditan que el Reino que él predica es algo más que palabras. Jesús piensa que el Reino de la gracia y de la misericordia está mostrando ya su fuerza peculiar a través de sus milagros. Por eso, en el fondo, al explicar el sentido de sus milagros, está diciendo que Él mismo es el Reino de Dios para quien lo quiera ver. Es Él quien actúa. Sus milagros son suyos. A diferencia de los portentos de los que hablan las narraciones antiguas e incluso de los milagros realizados por los discípulos de Jesús y por los santos, Jesús actúa en nombre propio, por Él mismo, no invoca el poder de Dios.

124. ¿Por qué no bastaron los milagros para “convencer” a sus adversarios?

Jesús se entristece de la obstinación de aquel pueblo, pero parece como si la hubiera previsto. No reacciona como aquellos discípulos suyos que, ante el rechazo de algunas poblaciones, se muestran dispuestos a pedir fuego del cielo que las destruya. Él se conforma con ser acogido por algunos. Los milagros no son hechos brutales que pongan la libertad de los hombres fuera de juego. Son hechos de misericordia que no amenazan ni compelen de por sí a nadie, sino que invitan a comprender la figura de Jesús en su integridad.

Ahora bien, esta figura es la revelación suprema de Dios como el poder del amor. Lo que está en curso en la vida de Jesús es la manifestación de que Dios es todopoderoso precisamente por ser el Amor creador. La Iglesia lo sigue comprendiendo todavía día a día hasta hoy. Las obras de Jesús eran un comienzo llamativo de esa verdad: que el Dios vivo ama con libertad absoluta a quienes ha creado por amor; que su poder no tiene límites en esa dirección: ni siquiera los límites trazados por él mismo a su creación, ya que ésta no tiene otra finalidad que la comunión con él. Aquellos mila-

gros de Jesús, como los que hoy se siguen realizando en su nombre, no son más que una señal de la libertad propia del amor del Creador. Pero quienes no se muestran verdaderamente abiertos a entender y acoger esta verdad de Dios, como el mismo Jesús advirtió: “no creerán ni aunque resucite un muerto”. Si *tuvieran* que hacerlo, ya no serían capaces de responder con amor a la invitación divina. Porque amar sólo es posible en libertad.

125. ¿Y sus amigos? ¿Por qué abandonaron a Jesús habiendo visto sus milagros? ¿Para qué les sirvieron?

Algunos críticos dicen: Jesús no hizo milagros; si los hubiera hecho sus amigos no le habrían abandonado, como de hecho hicieron en el momento de la traición y de la crisis que le condujo a ser ejecutado; por el contrario, habrían creído en él y le habrían seguido hasta morir con él.

Ciertamente, la soledad de Jesús en la cruz es un misterio tremendo. “Todos le abandonaron y huyeron” -reconocen lacónicamente los evangelistas-. Sólo después de la resurrección y de haber recibido la fuerza del Espíritu Santo se mostrarán capaces aquellos hombres débiles y cobardes no sólo de volver, sino también de arriesgar su vida y de llegar a entregarla por el Evangelio.

Como hemos dicho en el caso de los adversarios, vemos que tampoco la libertad de los amigos de Jesús fue eliminada o subyugada por el poder de los milagros del Maestro. Pero la contemplación de aquellos signos parciales de la presencia del Reino de Dios preparó a los discípulos para acoger, cuando llegara, el gran signo que Jesús les había profetizado: “el signo de Jonás” (Mc 8, 11-12), es decir, su resurrección de entre los muertos al tercer día.

Jesús no fue un “milagrero”; sus milagros no eran para él más que eso: un signo de algo más fundamental que no podía ser sustituido por lo asombroso. Se negaba a satisfacer la curiosidad por lo espectacular y no hacía milagros para el consumo de las masas, ni de Herodes, ni de nadie. Lo fundamental era la confianza en la acción de Dios.

Pues bien, podemos decir que esa confianza sí se fue cultivando en sus discípulos. Fueron débiles, le abandonaron. Pero, a la hora de la verdad, es decir, en el momento de otorgar su confianza al

“signo de Jonás”, a la acción suprema de Dios en la resurrección de Jesús, no la rehusaron. Entonces comprendieron también los prodigios que habían contemplado, según el sentido verdadero de las explicaciones que le habían oído a Jesús. Y ellos mismos realizaron prodigios en el nombre del Señor Jesús.

Así sucede también hoy para nosotros. Los milagros de Jesús adquieren su sentido pleno a la luz de nuestra fe en Jesucristo resucitado. Pero esos hechos de gracia y de misericordia nos ayudan también, por su parte, a comprender a Jesús y su misterio. Igual que ayudaron a los paganos de la primera hora a acoger la Buena Noticia de que Jesús había resucitado.

126. ¿Qué otros hechos tuvieron un significado especial en la vida de Jesús, además de sus milagros?

Sin duda ninguna, sus comidas con los perdidos, con los pecadores, por un lado, y la elección de los Doce, por otro lado. Son dos hechos muy distintos, pero que, como los milagros, también tienen que ver con la realización del Reino de Dios y con la muerte violenta sufrida por su mensajero.

127. ¿Es cierto que Jesús se reunía en comidas con pecadores?

No cabe duda. Jesús era admirado por la autoridad especial con la que enseñaba y actuaba. Pero también tenía cierta mala fama de “comilón, borracho y amigo de publicanos y de pecadores” (cf. Mt 11, 19). Los evangelios, al transmitirnos esta percepción negativa que algunos tenían de Jesús, están reflejando algo acontecido realmente; la comunidad cristiana no hubiera transmitido ni aceptado algo que podía perjudicar la imagen de Jesús e incluso la suya propia, si no se hubiera visto obligada a ello por los hechos.

Los hechos fueron que, a diferencia de Juan Bautista o de los esenios, que seguían un estilo de vida ascético y apartado de las relaciones sociales, Jesús acostumbraba a dejarse invitar, junto con sus discípulos, y tampoco rechazaba compartir la mesa con personajes de dudosa reputación, incluso entre los judíos piadosos más normales, como los fariseos. Es un comportamiento novedoso no sólo en Israel, sino que carece también de paralelo

en los personajes fundadores de religiones.

Un ejemplo interesante es el del banquete en casa de Leví, en donde, según Marcos, “muchos publicanos y pecadores estaban a la mesa con Jesús y sus discípulos” (Mc 2, 15).

128. ¿Qué significado tenían aquellos banquetes de Jesús con los perdidos?

Igual que los milagros, la participación de Jesús en comidas con gente pecadora, significa que el Reino de Dios se ha acercado a los hombres y, en particular, a los más alejados, los “impuros” y pecadores. Comer con alguien sigue siendo hoy día un gesto particular de amistad e incluso de intimidad. En el contexto religioso de la época de Jesús lo era aún más. Las comidas tenían con frecuencia un sentido ritual, por ejemplo y sobre todo la cena de pascua. Los profetas habían imaginado el Reino de Dios como un banquete “para todos los pueblos en el monte Sión: un festín de suculentos manjares, un festín de vinos generosos” (Isaías 25, 6).

Pues bien, Jesús concibe que ese festín se está realizando ya; que Dios invita a todos a su mesa, por tanto, también y precisamente a los recaudadores de impuestos, a las prostitutas, a los ciegos y a los cojos. Así lo explica en sus parábolas, en las que tantas veces recurre a la imagen del banquete para todos (cf. Mt 14, 21; 21, 31); así lo pone de manifiesto también con los milagros hechos para dar de comer a multitudes, multiplicando el pan. En definitiva, estas “transgresiones” de Jesús son un modo de proclamar bien alto que Dios está a la búsqueda de los perdidos, cueste lo que cueste.

Pero Jesús sabe también que no todos están dispuestos a entender su clamor y a venir a su mesa. Fue en casa de uno de los fariseos, por quienes también se dejaba invitar, donde desenmascaró el destino fatal de la autosuficiencia. Por eso, un día, sentado a la mesa con sus discípulos, les hablará de un “vino nuevo”, del que se beberá en el Reino de su Padre (cf. Mc 15, 25). En aquella ocasión, de la que ya hemos hablado al tratar de su dramático final, Jesús, previendo su muerte próxima, instituirá un modo nuevo de comensalidad para los suyos en torno a su misma persona transfigurada por la resurrección. Será el convite del cuerpo y de la san-

gre del Señor, que, de algún modo, estaba ya prefigurado en las comidas celebradas por Jesús con los pecadores. Se había dejado devorar por ellos, hasta la cruz. Iba a seguir dejándose comer, pero entonces, en su gloria, era él quien les iba a transformar en hombres nuevos por el misterio de su presencia victoriosa de la auto-suficiencia del pecado. Sería el banquete para el Nuevo Israel, la Iglesia.

129. ¿Elegió Jesús un grupo especial de Doce discípulos?

Los tres evangelios sinópticos traen la lista de doce hombres a quienes Jesús asoció muy estrechamente a su misión. Las narraciones de la elección no son del todo coincidentes y aparecen estilizadas al modo de una especie de ejemplos para ilustrar lo que habrían de ser las actitudes de los cristianos como seguidores de Jesús, también llamados por él, como aquellos hombres. Pero esto no quiere decir que Jesús no hubiera elegido en realidad a aquel grupo que le acompañó en su predicación a Israel desde el principio. Algunos críticos han supuesto que la elección de los Doce habría sido más bien una invención posterior de la iglesia naciente en su afán de justificarse a sí misma como el nuevo Israel fundado por Jesús. Pero hay indicios suficientes que, más allá de la cierta idealización de los relatos, delatan un fondo histórico indudable.

Es verdad que hay divergencias en la narración de la elección de los Doce a la hora de describir el lugar en el que aconteció o incluso el nombre exacto de aquellos hombres. El evangelio de Lucas, en lugar del Tadeo del que hablan los otros dos evangelistas, menciona a un Judas de Santiago. Pero estas mismas pequeñas incoherencias hablan a favor de que nos encontramos ante testimonios conservados en ambientes distintos y no forzados por ningún afán de unificación oficial apologética; al contrario, muestran despreocupación a este respecto y su carácter de testimonios globalmente fidedignos.

Por lo demás, también es cierto que se muestran unánimes en nombrar siempre en primer lugar a Pedro y en último lugar a Judas Iscariote, así como a Felipe en quinto lugar y a Santiago de Alfeo en el noveno. Los demás mencionados son Santiago y Juan, Andrés, Bartolomé, Mateo, Tomás y Simón el Cananeo. Este orden

un tanto cerrado quiere dar a entender la existencia de una cierta jerarquía, al menos en lo que toca al papel especial de Pedro como cabeza del grupo. Pero, al mismo tiempo, remite a la realidad de aquel grupo de Jesús, en modo alguno elaborado por la iglesia más tarde, pues ésta difícilmente hubiera mantenido sistemáticamente entre sus "jefes ideales" a Judas, el traidor. La lista deslució tanto a quien había elegido con tan poco acierto, como a la comunidad que se remitiera a aquellos doce, que incluía a un traidor y bastantes cobardes. La lista tuvo que ser histórica. Jesús eligió, ciertamente, a unos pobres hombres. Ningún héroe ni tampoco, de entrada, ningún santo...

Un tercer indicio acerca de la historicidad del grupo de los doce lo constituyen las peculiaridades del tipo de discipulado propio de aquel grupo, que no admite paralelo con lo que solía ser habitual entre los "maestros" de la Ley y sus discípulos. Jesús, es considerado también *rabí* o *maestro*; pero él, a diferencia de los rabíes, no esperaba que los discípulos vinieran a él, sino que era él quien les elegía según su voluntad soberana: "eligió a los que quiso" (Mc 3, 13); y, además, les compromete con él de un modo que no tiene nada que ver con una relación de aprendizaje normal o incluso de especial autoridad de algún maestro peculiar; Jesús les cambia la vida: "haré de vosotros pescadores de hombres" (Mc 1, 17) y les asocia a su propio destino personal de un modo permanente: "sígueme y deja a los muertos enterrar a sus muertos" (Mt 8, 22).

Los Doce eran todos varones. Pero otra peculiaridad de aquel Maestro tan especial, a quien los suyos acabarían reconociendo como al Señor, es decir, a Dios mismo, era que admitía a las mujeres entre sus discípulos, algo impensable entre los rabíes de su tiempo y del tiempo posterior.

Todas estas peculiaridades hacen muy difícil pensar en que fuera la Iglesia quien hubiera ideado un cuadro especial para justificarse a sí misma. Eran todas ellas cosas o bien impensables o bien desfavorables para ella. Fue Jesús quien eligió a los suyos de aquel modo tan especial.

130. ¿Por qué eligió precisamente a Doce?

Con la misma autoridad con la que los había elegido, inconfun-

dible con la de ningún otro maestro, Jesús asocia los Doce a su misión de predicar ya el Reino de Dios, de hacerlo presente con sus mismas obras (les da poder de expulsar demonios y curar enfermos en su nombre), y de acompañarle hasta el final en su consumación. "Yo, por mi parte -les dice Jesús- dispongo el Reino para vosotros, como mi Padre lo dispuso para mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi Reino y os sentéis sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel" (Lc 22, 29-30).

Reunir al Israel disperso formaba parte de la esperanza mesiánica. Lo que no iba a ser posible en vida de Jesús, él lo remite a la venida futura del Hijo del hombre para juzgar. A este juicio último asocia a aquellos Doce, que representan ya así simbólicamente al pueblo que se ha de reunir. O si se quiere, forman el germen del Nuevo Israel.

131. ¿Fueron los Doce el comienzo de la Iglesia?

De "iglesia" Jesús sólo habla directamente una vez en los evangelios, precisamente en el momento de constituir a Pedro, el cabeza de los Doce, en la roca sobre la que construir su iglesia (cf. Mt 16, 18). Aquel grupo de hombres débiles y asustados, iba a comprender después de la resurrección el sentido simbólico del grupo que Jesús había constituido con ellos. El Espíritu Santo enviado por el resucitado les iba a capacitar para su misión de anunciar el Reino, es decir a Jesucristo resucitado, a todos los pueblos. Y les iba a conducir en sus pasos de Iglesia de Jesús. Sólo entonces se acaba de poner por obra, gracias al Espíritu Santo, lo que ciertamente tiene su comienzo en la elección de los Doce por Jesús. Los jefes de Israel tuvieron que ver como amenaza a su estatuto personal y a su comprensión de la naturaleza de la religión la predicación de los discípulos. Pero ya antes habían visto también como amenaza a aquel predicador del Reino de Dios que se había asociado un grupo de Doce discípulos para juzgar a las doce tribus de Israel.



8. LOS DICHS: LA FELICIDAD DE LA SALVACIÓN DE DIOS

Jesús de Nazaret fue un extraordinario predicador y un taumaturgo sin par. Sus palabras y sus hechos torcieron sus planes de conseguir la pronta conversión de Israel a la salvación de Dios, en el fondo, porque resultaban muy chocantes para el sentido humano y religioso "normal" y, en particular, para los judíos más piadosos o más acomodados a la piedad entonces usual y a sus implicaciones sociales. Los hechos y los dichos de Jesús le presentaban como el autor de una nueva comprensión de Dios. Pero no de una doctrina más de las tantas que se oponían unas a otras acerca de la más exacta interpretación de la Ley. Lo que al final estaba en juego era qué tipo de relación personal podía tener aquel hombre con Dios que le permitía hablar y actuar de un modo tan diverso y, en definitiva, tan divino o bien, por el contrario, de apariencia tan blasfema.

Sus oyentes, y aun sus adversarios, reconocían: "¡Este modo de enseñar con autoridad es nuevo!" Y, a continuación, se preguntaban: "¿Quién es éste?" Es decir, que las palabras de Jesús tenían la virtud de llevar a sus oyentes a preguntarse por la identidad verdadera de aquella persona que les hablaba de Dios de un modo admirable.

Al abordar en este capítulo los dichos de Jesús, si queremos lograr nuestro propósito de captar la verdad de su historia, no podemos quedarnos sólo en una exposición sistemática de su doctrina. Jesús, ciertamente, transmitió ciertas ideas sobre Dios y sobre el hombre; de sus palabras se puede deducir una teología y una antropología, así como una moral. Pero si sus doctrinas o sus "valores" resultan realmente interesantes es porque los enseñó precisamente él, el Hijo eterno de Dios. No es que las cosas que Jesús dijo no sean hermosas de por sí y, por tanto, inteligibles para cualquiera. Pero que Dios sea en realidad como él nos dice y el hombre se halle ante la Divinidad como Jesús nos muestra, eso es algo de lo que sólo Dios mismo nos podría hablar con garantías de plena fiabilidad. Ahora bien, precisamente eso es lo que la fe de la Iglesia cree: que aquél que hablaba del Reino de Dios era justamente su Hijo eterno, de su misma naturaleza divina.

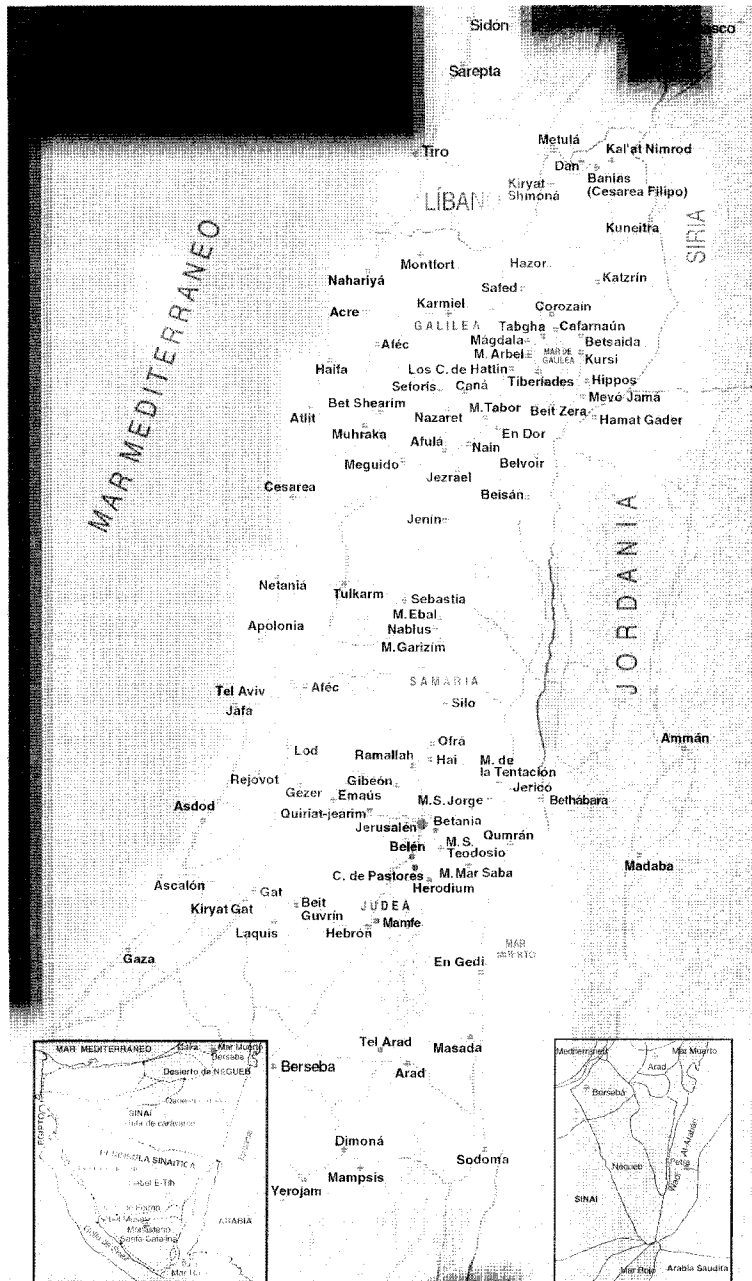


Figura 6: Galilea en tiempos de Jesús.

En este capítulo vamos, pues, a mostrar que la sentencia de un famoso teólogo alemán del siglo XIX, Adolfo Harnack, sólo es verdad si la miramos del revés. Afirmaba él que en los evangelios hay lugar para el Padre, pero no para el Hijo, queriendo decir que Jesús aparece en ellos como un gran predicador del Reino de Dios, pero en modo alguno como Dios mismo en la persona del Hijo. Esto último habría sido una interpretación errada hecha más tarde por el dogma de la Iglesia. Pues bien, no son pocos ni de segunda categoría los teólogos, católicos y también protestantes, que a lo largo del pasado siglo XX han mostrado cómo la predicación de Jesús sobre Dios vincula al predicador con Dios mismo de un modo único; una vinculación que, por ejemplo, E. Jünger y E. Schweizer caracterizan diciendo que Jesús mismo es, en persona, "la parábola de Dios".

Nos preguntamos, pues, primero sobre el modo tan especial que Jesús tenía de hablar de Dios y, luego, acerca de algunos de los contenidos centrales de su mensaje.

A) ¿Cómo hablaba Jesús?

132. ¿Qué le dio fama a Jesús de ser un orador extraordinario?

El "profeta" de Nazaret se hizo conocer no sólo por sus milagros, sino también por sus palabras. Corría la voz de que hablaba como nadie lo había hecho jamás. No cabe duda de que sus oyentes quedaban fascinados por lo que les decía acerca de Dios y del asombroso poder de su amor. De este poder daban fe los hechos portentosos con los que Jesús corroboraba su anuncio. Pero había más. En ese contexto, las historias que contaba ejercían un efecto tan impresionante como el de los propios milagros. Eran narraciones llenas también de un poder especial: las parábolas. Ningún rabino había contado nada así. Jesús se hizo famoso por sus parábolas.

133. Pero ¿no conocemos también parábolas de los rabíes judíos?

Propiamente no. Los maestros de la Ley contaban historias para ilustrar una sentencia doctrinal o para hacer comprensible una exhortación moral. Ese tipo de narraciones difieren mucho de las

parábolas de Jesús. Las parábolas son otra cosa muy distinta de meros recursos pedagógicos. Los especialistas dicen que la originalidad de las parábolas es uno de los criterios que habla en favor de su historicidad, es decir, de que fueron una de las características más propias de la figura histórica de Jesús.

134. ¿Por qué son tan únicas las parábolas de Jesús?

Algunos teólogos del siglo XX han percibido muy bien el carácter especial de las historias con las que Jesús fascinaba a sus oyentes. Las parábolas de Jesús, a diferencia de las historias pedagógicas de los rabinos, no están al servicio de ninguna doctrina especial; no son ningún elemento auxiliar de una explicación que, una vez finalizada ésta, se podría echar en el olvido, porque ya habría cumplido su función aclaratoria de la sentencia o de la moraleja correspondiente. No, las parábolas son, más bien, acciones en las que, con su misma palabra, Jesús introduce a sus oyentes en una realidad nueva: la realidad del Reino de Dios. Sin esa precisa acción verbal, no se daría la comunicación que se pretende. Son imprescindibles. Por eso, antes que medios de comunicación o de aclaración de doctrinas, las parábolas son una especie de puesta en escena en la que los oyentes se encuentran confrontados con aquello que a Jesús más le importa: que el Reino de Dios ha irrumpido y que ha sonado la hora de entrar en él. Se puede decir que las parábolas son el mismo Reino de Dios en forma de interpelación lingüística concreta. Esta conexión tan estrecha del estilo parabólico con el interés primordial de Jesús por el Reino es otro de los indicios a favor de que el hablar en parábolas fue realmente una peculiaridad histórica suya. Algo original de Jesús (nadie como él hablaba así), al servicio de lo más suyo (el Reino de Dios): he ahí dos criterios de historicidad que se cumplen en las parábolas.

135. ¿Qué quiere decir que las parábolas son el Reino de Dios en acción?

Cuando cuenta sus parábolas, Jesús pone a sus oyentes ante la novedad inimaginable del Dios a quien él llama su Padre. Para ello no establece primero ninguna tesis o doctrina sobre nada. Lo que

hace es crear una tensión escénica entre una realidad cercana y conocida para quienes le escuchan, por un lado, y lo que sucede cuando Dios actúa en su Reino, por otro lado. De este modo estalla una gran sorpresa causada por el contraste entre esos dos mundos: el mundo de lo conocido y habitual para el oyente y el mundo del Dios del Reino. El contraste y la sorpresa *actúan* sobre el que oye y le implican en la narración. Primero queda asombrado y hasta conmovido; luego se ve en la tesitura de tener que optar, o bien rechazando lo nuevo, negando su confianza a la narración y al narrador, o bien, ofreciendo su confianza a la novedad y a quien se la ha presentado. Sucede algo semejante a lo que acontece con los signos milagrosos de Jesús: asombran y exigen una toma de postura, de confianza o de rechazo.

Pues bien, el inductor de todo ese movimiento puesto en marcha por la palabra de Jesús es precisamente el poder del Reino que se hace presente por medio de ella. Las parábolas son, así, el Reino de Dios en acción.

136. ¿Algún ejemplo de cómo actúa la presencia del Reino en las parábolas?

Jesús contó una vez con todo detalle la historia de unos jornaleros que fueron siendo contratados a lo largo de todo un día para ir a trabajar a una viña (cf. Mt 20, 1-15). Eso era algo normal. Sus oyentes sabían que era lo que ocurría con frecuencia en la época del duro trabajo de la vendimia. El relato resulta hasta aquí una concesión al sentido común, que capta la atención de los oyentes, al tiempo que les inspira la confianza de lo conocido. Pero de pronto sucede lo inesperado. Al concluir la jornada, el patrono no le paga a cada uno de acuerdo con el tiempo que ha estado trabajando, sino que los incorporados al final reciben el mismo jornal que los que habían aguantado la jornada entera bajo el sol. Lo nuevo ha irrumpido en la escena: es lo mismo que pasa con el Reino de Dios -les sugiere Jesús a sus asombrados oyentes-. Y nadie permanece impassible ante el fuerte contraste presentado entre los criterios comunes y los nuevos. "¡Injusto!" -protestarán algunos. "¿Qué modo de actuar es éste tan extraño?" -se preguntarán otros. Todos se sentirán implicados en la historia y tendrán

que reaccionar ante ella. ¿Confiarán en este modo de ver las cosas? O mejor, ¿darán crédito a quien así se las plantea? ¿Será realmente Dios poderoso para actuar como aquel patrono que desea mostrar inesperadamente su bondad en dar a todos sin ser injusto con nadie? ¿Será que, además de la justicia distributiva que, entre los hombres, da a cada uno lo suyo, existe también, entre Dios y los hombres una justicia superior que es la de la absoluta *gratuidad* de sus dones *para todos*? ¿Será que *nadie* puede ganarse el amor de Dios, pero que él nos lo ofrece a todos con abundancia desproporcionada a nuestros méritos? ¿Es ése el poder del Reino? ¿Se puede confiar en este Dios? ¿Quién puede hablar así de Él con autoridad suficiente? No fueron pocos los que desconfiaron de que Jesús tuviera tal autoridad. Para ellos su modo de hablar era tan nuevo como "peligroso". En cambio, quienes le otorgaron confianza empezaron a verse libres de una visión legalista y un tanto comercial de la religión y comenzaron a entender lo que significa la salvación de Dios.

Algo semejante acontece cuando Jesús cuenta la parábola del padre generoso, aquél a quien su hijo menor pidió un día su parte de la herencia y se marchó de casa para disfrutar a su aire de ella (cf. Lc 15, 11-32). La narración de las tropelías del muchacho enerva un tanto a los oyentes y les predispone en su contra. Es lo natural. Como también parece natural la reacción del hijo mayor cuando, un buen día, su hermano regresa a la casa paterna, una vez que ha despilfarrado ya todo. Lo admirable e inesperado ha sido el modo de reaccionar que ha tenido el padre. Porque él, además de haber estado esperando todos los días la vuelta de su hijo con la vista perdida en el camino por el que podría regresar, cuando, por fin, vuelve, le ofrece un banquete y una acogida tales, que el "sentido común" se siente inclinado a pensar que aquel hombre ha perdido la cabeza: porque da la impresión de que le trata como si volviera de una misión de servicio a la familia en lugar de haber despilfarrado herencia. Los oyentes se encontrarán de nuevo sorprendidos... y felices... o, por el contrario, disgustados. Jesús les invita, naturalmente, a sentirse felices de la salvación de Dios; les pone delante la realidad del comportamiento del Padre Dios con los pecadores. Pero es posible que algunos no sean capaces de aceptar esa gozosa realidad, prendidos como están en las redes de una reli-

giosidad de la mera eficiencia humana, del control y de los criterios estrechos sobre la bondad de Dios. De hecho, fue esto último lo que les sucedió a muchos de los oyentes de Jesús. No se decidieron a confiar en él y le abandonaron cuando los intereses político-religiosos decidieron llevarle al suplicio de la cruz.

137. ¿Pero eran las parábolas siempre tan claras? ¿Por qué, entonces, le pedían los discípulos a Jesús que se las explicara?

Los evangelios nos presentan, en efecto, a Jesús explicando el sentido de alguna parábola a los más cercanos a él: a los Doce y a otros seguidores suyos (cf. Mc 4, 10ss). Es más, ponen en su boca una frase, que en las traducciones habituales, suena tan dura como ésta: "a vosotros os ha sido comunicado el misterio del Reino de Dios; mas a los de fuera todo se les presenta en parábolas a fin de que miren, sí, pero no vean; oigan, sí, pero no entiendan; no sea que se conviertan y sean perdonados."

Dos observaciones al respecto.

Las explicaciones que Jesús ofrece de algunas parábolas a los más cercanos a él reflejan una realidad de su vida: que a los discípulos y a los Doce Jesús les hablaba también con frecuencia de otra manera distinta de las parábolas, como veremos enseguida. De todos modos, algunos especialistas piensan que las explicaciones concretas de los términos de las parábolas que aparecen en los evangelios, son, con mucha probabilidad producto de la reflexión de los evangelistas o de sus comunidades acerca de la historia parabólica que Jesús habría contado sin tales detalles. Las parábolas no necesitaban explicaciones demasiado detalladas.

Por otro lado, parece que, efectivamente, Jesús empleó las parábolas ante todo para impactar a "los de fuera", es decir, a aquellos que no pertenecían al círculo más confiado con él y que le ponían objeciones acerca de su comprensión de Dios y de la Ley. Eran su recurso misionero más eficaz. De todos modos, su éxito fue sólo relativo al comienzo y prácticamente nulo a medida que se acercaba la cruz. De esta situación sorprendente de la dureza de la mente humana es de la que parece que quieren dar cuenta los evangelios con la frase mencionada. Es una sentencia de estilo semítico que hay que entender bien. No se trata de que Jesús

empleara sus parábolas precisamente para ocultar el misterio del Reino a los de fuera. Lo contrario es lo real: quería conquistarlos y convertirlos con el poder de Dios. Pero este poder no avasalla la libertad de nadie. Según J. Jeremías, una traducción cuidadosa, que tenga en cuenta el trasfondo arameo de la frase sería ésta: "A vosotros os ha dado Dios el misterio del Reino; pero para los que están fuera todo es enigmático, de modo que ven y no ven, oyen y no entienden, a no ser que se conviertan y Dios los perdone." Queda así claro que, siendo interpelaciones fortísimas y claras, las parábolas necesitan ser acogidas favorablemente para ser entendidas; tampoco ellas producen automáticamente la conversión. Pero los que se convierten y otorgan su confianza a Jesús, empiezan a entender el misterio del Reino.

138. ¿De qué otros modos especiales les hablaba Jesús a los suyos?

El maestro de Nazaret, era un rabino muy particular. Ya hemos visto cómo eligió a sus discípulos: él tomaba la iniciativa y actuaba con la soberanía propia de quien se consideraba capaz de hacer depender plenamente de él la vida de los suyos. Su modo de hablarles estaba también dotado de esa misma soberanía.

Jesús, a diferencia de los maestros habituales, explicaba a sus discípulos cómo vivir de acuerdo con la Ley de Dios sin recurrir a la autoridad de las interpretaciones compartidas por los rabíes más famosos de una determinada escuela. Jamás se remite a ningún otro maestro para fundamentar sus puntos de vista.

Pero hay algo más llamativo todavía. Ni siquiera basa sus enseñanzas directamente en Moisés o en los profetas. No les contradice nunca. Es más, remite a sus enseñanzas a quienes dicen seguirlos. Por ejemplo, al joven rico que le pregunta por el camino de la vida eterna, Jesús le remite a las Diez Palabras o mandamientos de los libros de Moisés. En otro lugar dice que él no ha venido a abolir la Ley de Moisés. Pero argumenta y enseña siempre como quien tiene otra fuente de autoridad propia, distinta de la de los grandes maestros y profetas a quienes Israel veneraba como transmisores autorizados de la voluntad divina.

Jesús hablaba con autoridad propia en sus parábolas; pero tam-

bién y, de modo aún más claro, en la interpretación que hace de la Ley para instruir a sus discípulos.

139. ¿Hay algunos rasgos en la forma de la enseñanza de Jesús que denoten la particular autoridad con la que se sabía investido al hablar?

Sí. Jesús nunca introduce sus sentencias como hacían los rabinos: "Así está escrito, y esto significa, según maestro N., tal y tal..." Ni siquiera lo hace al estilo de los profetas, que se remitían a la autoridad de Dios: "Esto dice el Señor..." No. Jesús dice con frecuencia: "Pero yo os digo...", contraponiendo incluso sus enseñanzas a las de Moisés. O bien: "Yo os digo de verdad que...". Estos modos de hablar suponen -como dicen los expertos- una "cristología implícita", es decir, que aunque no lo diga expresamente, Jesús está suponiendo que él es el Hijo de Dios, no sólo un maestro y ni siquiera un profeta. La única alternativa a este supuesto es que -como sus enemigos interpretaron- Jesús fuera un blasfemo que usurpaba el lugar de Dios, al menos indirectamente.

140. ¿Hay algún indicio en su modo de hablar acerca del origen de la conciencia que Jesús tenía de su autoridad?

"Nuestro padre y nuestro rey" es una formulación con la que, en la tradición judía, el pueblo o la asamblea se podía dirigir a Dios. También es posible encontrar la fórmula "padre mío" en algunos comentarios bíblicos antiguos. Pero lo absolutamente singular es que Jesús en *todas* las oraciones atestiguadas por los evangelios se dirija a Dios invariablemente designándolo como "padre". Hay sólo una aparente excepción: cuando grita desde la cruz "¡Dios mío, Dios mío!". Pero aquí se trata de una cita de un salmo. E incluso en este caso, según cree J. Jeremías, la formulación griega da pie para pensar que refleja una utilización de la palabra original aramea *abbâ*.

Esta palabra, *abbâ*, que se suele entender como la expresión de suma confianza que un niño utiliza en relación a su padre, debió ser tan característica de Jesús que se ha mantenido en su forma aramea en escritos del Nuevo Testamento dirigidos a comunida-



des de habla griega (cf. Rom 8, 15; Gal 8, 6).

Por lo demás, es también muy significativo que Jesús no se inclu-ya nunca a sí mismo en la invocación que enseña a usar a sus discí- pulos: "Padre nuestro". Él llega incluso a diferenciar expresamen- te su relación con el Padre Dios de la propia de sus discípulos: "Padre mío y padre vuestro".

El modo de hablar de Jesús denota que se sentía vinculado a Dios como a su Padre de una manera absolutamente íntima, ori- ginal e incomparable. Ahí parece que hay que ver la fuente de la autoridad que denota su lenguaje. Él habla de Dios como quien goza de autoridad divina para ello.

B) ¿Qué decía Jesús?

Nos hemos acercado al modo de hablar de Jesús, tan original y tan revelador de una conciencia de autoridad divina. Natural- mente, al hacerlo ya nos hemos encontrado también con el conteni- do fundamental de lo que decía. Pero todavía es posible y conve- niente desentrañar mejor esa enseñanza, avalada por tal persona y confirmada definitivamente como proveniente de Dios mismo por su resurrección de entre los muertos.

Sin ánimo de decirlo todo, pero tratando de lograr claridad, distribuimos en cinco grandes temas el contenido de la enseñan- za de Jesús: 1) El Reino de Dios se acerca; 2) Dios es el Padre de todos; 3) La Ley sigue siendo válida como camino hacia Él; 4) Pero el Hijo es quien ofrece la salvación 5) y abre una nueva senda de libertad y felicidad en el amor a Dios y al prójimo.

141. ¿Cuál era el objeto principal de la predicación de Jesús?

Jesús hablaba de Dios continuamente. Pero si queremos ser más precisos, hemos de decir que no hablaba de Él como quien exami- na con curiosidad meramente teórica un objeto o una vida intere- sante. No, Jesús hablaba de Dios activamente, o mejor, hablaba de un Dios activo, presente con fuerza en el mundo desde siempre, como su origen continuo y providente orientador del futuro; empe- ñado en lograr que sus criaturas más queridas, "su Pueblo", vivie- ran en armonía con Él y entre sí. Por eso el objeto principal de la

predicación de Jesús era el Reino de Dios, es decir, la actividad poderosa de Dios en favor de su Pueblo. Y ¿qué decía Jesús respec- to a ese Reino? Lo siguiente: "El tiempo se ha cumplido. El Reino de Dios está cerca. Convertíos y creed la buena noticia" (Mc 1, 14- 15).

142. ¿Qué podían entender quienes oían a Jesús repetir que el Reino de Dios había llegado? ¿Sabían ellos algo de ese Reino?

Sí, por supuesto. Según Lucas, todavía después de la cruz y la resurrección de Jesús, de camino hacia el monte de la Ascensión, los suyos le preguntan: "¿es ahora cuando vas a restablecer el Reino de Israel?" (Hechos, 1, 6). Algo sabían de un Reino. Pero, como se ve, más que en el "Reino de Dios" del que hablaba Jesús, ellos pen- saban en el "Reino de Israel" de su tradición judía.

Jesús hablaba de un Reino diverso del esperado por la mayoría. Lo pone de relieve el mismo término empleado por él: "Reino de Dios", que no se encuentra, como tal, en los escritos primeros del Antiguo Testamento y sólo de modo parecido en los siguientes, bajo la fórmula "el Reino de Yahvé". En cambio, la idea de que Dios reina, porque es poderoso en la historia, sí era común en todo el Antiguo Testamento. Pero lo que se pensaba era que Dios ejercía su reinado dándole prosperidad social, económica y política al Reino de David, el rey por antonomasia de su pueblo, a quien había pro- metido una descendencia exitosa y eterna.

Claro que los hechos se opusieron tozudos, años y años, a aque- lla esperanza. El exilio, la corrupción interna y las sucesivas ocupa- ciones extranjeras, hasta la romana de los tiempos de Jesús, pare- cían contradecir la promesa. Sin embargo, el pueblo de la Alianza, a pesar de sus pecados y de sus infidelidades, siempre mantuvo la fe en la intervención divina en favor de Israel. Al menos como suspiro de los más piadosos, siempre había habido alguien que le pregunta- ra desgarrada y confiadamente a Yahvé, con el autor del salmo 74: "¿Hasta cuándo, Señor?".

Al oír hablar a Jesús de un Reino nuevo, muchos creyeron que, por fin, había llegado la restauración del Reino de David, inde- pendiente y libre del todo, para el culto de Dios, con la expulsión de los odiados ocupadores romanos de la tierra santa de Israel.

Había facciones armadas que pretendían colaborar con Dios en esa liberación: eran los llamados zelotas, una especie de guerrilleros piadosos. Otros, entre ellos la mayoría de los apóstoles, dejaban más el asunto en manos de Dios mismo. Tendría que llegar el Espíritu Santo, en Pentecostés, para hacerles abrir los ojos de modo definitivo a lo que Jesús anunciaba. Mientras tanto, hacían cálculos de los beneficios personales que a ellos mismos les reportaría la restauración político-religiosa del Reino y peleaban entre ellos por el primer puesto en la corte.

De modo que los discípulos sabían bastante poco de lo que Jesús predicaba al anunciar la irrupción del Reino de Dios. Pero él les mantuvo en vilo con sus palabras y con sus gestos de poder, preparándoles para comprender un día el sentido último de su reinado.

143. ¿Cuál era el sentido último del Reino anunciado por Jesús?

Jesús rehusó aceptar directamente el título de Mesías, porque sabía que iba ligado, en las expectativas de mucha gente, a la restauración político-religiosa del Reino de David. No niega que él sea el Mesías, pero tampoco lo acepta sin más ni, mucho menos, lo pregonaba. Porque su mesianismo es distinto. El Evangelio de San Juan (18, 33ss) interpreta así la actitud de Jesús: "Mi Reino no es de este mundo".

El Reino llega con Él y se establece con su muerte y resurrección, es decir, precisamente por la transposición de una esperanza intramundana a otra realmente escatológica.

El Reino es el del Padre, anunciado y hecho presente por el Hijo, que un día será consumado por el Espíritu; con lo cual, como vamos a ver, la salvación de Dios adquiere una carácter plenamente trascendente, pues alcanza a la comunión con Dios en su misma eternidad (lo cual no significa que no tenga nada que ver con el tiempo de la creación y de la historia) y llega a ser verdaderamente universal, pues queda abierto expresamente a todos los hombres y a todos los pueblos sin la mediación directa de Israel y de su Ley (lo cual tampoco significa que la Alianza de Dios con su Pueblo quede abolida).

144. ¿Qué quiere decir que Jesús anuncia e instauro el Reino del Padre?

Es verdad que Jesús no se predica a sí mismo, sino al Dios que llega con poder. En este punto él enlaza con las expectativas de Israel. Jesús anuncia una intervención de Dios. Pero no en el sentido del mesianismo puramente histórico-político de los zelotas, ni tampoco en el sentido de un final absoluto y abrupto de la historia del mundo, como pensaban los esenios de Qumran o el mismo Juan Bautista. El Nazareno presenta una visión propia de la actuación de Dios que va a acabar por llevarle a la cruz. Sin embargo, su mensaje podía remitirse en lo esencial a la fe de Israel en el Dios creador y salvador, a quien él llama siempre el Padre.

Las versiones de los zelotas y de los esenios no eran las únicas posibles en la interpretación de la tradición de Israel. Los profetas habían previsto la implantación de un reinado universal de Dios sobre todos los pueblos, que tendría lugar al final de los tiempos, por medio de Israel (cf. Isaías 52, 7 y Salmos 96, 10 y 97). Es precisamente esa hora final la que Jesús anuncia como ya presente o a punto de llegar, incluso sin la mediación de un Pueblo que no ha estado a la altura de su misión.

En efecto, el futuro de Dios se hace actual para aquellos que acogen la llamada de Jesús. Así lo manifiestan sus milagros y lo escenifican sus parábolas. Pero, al mismo tiempo, no pierde su carácter de futuro que viene y que ha de ser buscado y esperado. Porque la llamada de Jesús se orienta a hacer realidad la exigencia fundamental de la Ley: "Escucha, Israel: el Señor, nuestro Dios, es el único Señor. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu fuerza" (Dt, 6, 4s). A Dios, que es único, hay que entregárselo todo. Tanto más, cuanto que él se manifiesta como el único fiable, como el único amor incondicional, como el *abbâ*. De ahí que lo importante sea buscarle a él, que viene como Padre: "Buscad primero el Reino de Dios" (Mt 6, 33).

El Padre es el Creador que hace salir el sol sobre buenos y malos y que, en su bondad suma e incomprensible, busca con especial cuidado a quienes se alejan de él.

145. ¿Qué sentido sigue teniendo, entonces, la Ley para Jesús?

Como vemos, la Ley constituye un elemento de orientación intocable para Jesús. Ya sabemos cómo remitía al Decálogo a quien le preguntaba por el camino de la Vida. Los escribas le hacían preguntas acerca del mejor modo de cumplirla.

En cierta ocasión uno le preguntó por el primer mandamiento de todos. Jesús le respondió que era el de amar a Dios sin condiciones, citando el *escucha, Israel*, del que hablábamos en la pregunta anterior. Y, por su cuenta, añadió cuál era el segundo: el de amar al prójimo como a uno mismo. La respuesta de Jesús le pareció muy bien al escriba, que se sintió confirmado en sus ideas: ese doble amor - replicó citando a un profeta- "es más que todos los holocaustos y sacrificios" (cf. Mc 12, 28ss).

Resumir la Ley en aquellos dos preceptos era, al parecer, algo conocido entre los rabinos de la época de Jesús; no era del todo original del Nazareno. Lo propio de él era el contexto en el que hacía valer la Ley así resumida; a saber: remitiendo al Reino de Dios que él anuncia, es decir, al poder del Padre Dios que se muestra bueno con todos y ofrece la salvación a quienes se convierten *ahora* a Él, igual que se había mostrado ya desbordantemente generoso con todos en su obra creadora.

El rabino estaba de acuerdo con Jesús acerca de la Ley. Sin embargo, Jesús reaccionó diciendo escuetamente: "No estás lejos del Reino de Dios". Porque le faltaba comprender qué era lo definitivo, la base en la que la misma Ley se asienta: el amor de Dios que Jesús mismo anuncia y que se muestra en él.

La Ley debe ser cumplida, pero no desde ella misma y desde su mera tradición legal, sino desde su fuente permanente, que es el poder del amor de Dios. Jesús remitiendo al único Dios, ponía a la Ley en sus sitio: ella no es fuente, sino sólo medio de salvación. Sólo Dios salva. El Padre es en esto único: sólo él tiene ese poder real. "Y será Yahvé rey sobre toda la tierra: aquel día será único Yahvé y único su nombre" (Zacarías 14, 19).

Si Jesús se sentía en ocasiones autorizado a corregir, o mejor, a completar a Moisés, con sus famosos "pero yo os digo", era porque hablaba desde la fuente misma de la Ley: el poder del amor del Padre. La Ley es para Jesús un indicador imprescindible para seguir

el camino de la Vida, para poder entrar en el Reino. Pero no es ella misma la que conduce a la meta, sino el mismo Padre Dios.

146. ¿Algún ejemplo de cómo interpretaba Jesús la Ley?

El llamado Sermón del Monte es una composición en la que San Mateo, en los capítulos 5 y 6, recopila algunas interpretaciones del Decálogo o de otras disposiciones o costumbres legales de Israel que Jesús había hecho en diversas ocasiones.

Sobre el Decálogo, por ejemplo, Jesús precisa: "Habéis oído que se dijo a los antiguos: *No matarás* (...). Pero yo os digo que todo el que se encolerice con su hermano, será reo delante del tribunal." El mandato de la Ley señala un mínimo que no se debe nunca trasgredir. Pero, de por sí, apunta hacia el amor al hermano, que no es compatible con la cólera contra él. Es ese amor el que dinamiza el camino marcado por la Ley; un amor que sólo se encuentra allí donde se acoge el Reino de Dios que llega.

Sobre otras disposiciones de la costumbre legal judía leemos en San Mateo: "Oísteis que se dijo: *Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo*. Pero yo os digo: *amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persiguen*; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos y llueve sobre justos e injustos". Quienes entran en el Reino de Dios se hacen capaces de un amor universal, como el del Creador y Padre de todos, a quien Jesús presenta acercándose precisamente con más cuidado a los pecadores y a los "enemigos".

La clave se halla siempre para Jesús en el amor de Dios Padre, que es el que ha dado la Ley y quien, con el poder de su Reinado, se acerca precisamente a quienes se oponen a él.

147. ¿Qué significa para Jesús mismo lo que él hace al anunciar el Reino?

Un teólogo contemporáneo ha expresado de manera gráfica lo que sucedía con Jesús cuando anunciaba el Reino de Dios y daba señales de su cercanía con sus milagros, sus comidas con los pecadores y sus enseñanzas. Lo que Jesús hacía y decía revertía sobre su misma persona, es decir, arrojaba sobre él una luz que le presenta-



ba como el mediador de la irrupción del Reino de Dios y de su amor perdonador. No hacía falta que Jesús se predicara directamente a sí mismo como el Hijo de Dios, ni siquiera como el Mesías. Lo que hacía y lo que decía le exponía a la vista de todos como una figura absolutamente excepcional, unido a Dios y actuando con autoridad divina.

Jesús enseñaba que a las personas se las reconoce por sus frutos. Algo semejante se puede decir en este caso: lo que hacía y decía le daba a conocer como el enviado final del poder creador y redentor de Dios.

Pero ¿podía un hombre hacer algo así sin caer en una pretensión blasfema? Ahí radica la causa del drama de Jesús. Él siempre predicó al Padre. Pero lo hacía de una manera tan nueva y tan radical, que se exponía a la acusación de ser un impostor que se arrogaba autoridad divina. Y eso fue lo que sucedió.

La resurrección abrió los ojos a los discípulos y, con la ayuda del Espíritu Santo, ellos mismos sacaron todas las consecuencias de lo que Jesús había hecho: “Verdaderamente éste era el Hijo de Dios”. La frase que el centurión pronunció ante el crucificado era un adelanto de la confesión de fe de la Iglesia, perfectamente anclada en la verdad de la historia de Jesús de Nazaret. De este desarrollo de la fe en Jesús como el Hijo de Dios y de sus implicaciones se trata en otro capítulo contenido en *El Libro de Jesucristo*. Es el objeto de la llamada cristología dogmática.

148. Entonces ¿Jesús no sabía que él era el Hijo de Dios? ¿Lo descubrió luego la Iglesia por él?

Jesús se sabía unido al Padre de un modo único. Por eso podía hablar y actuar como lo hizo. Él conocía bien su identidad. Ya hemos hablado de esto al comentar el sentido que le dio a su muerte. Recordemos la parábola de los viñadores homicidas, que entonces traíamos a colación: “por fin les envió a su hijo... y se dijeron: matémosle”. En otras parábolas, de las que, como de ésta, casi nadie duda que hayan salido de sus labios, Jesús se presenta a sí mismo como enviado único del Dios único para salvar a los perdidos. Recordemos la del pastor que va en busca de la oveja perdida (Lc 18, 4-7).

Jesús conocía bien quién era y cuál era su misión. Otra cosa distinta es que, en cuanto hombre entre los hombres, no pudiera ni tal vez debiera manifestarla de modo abierto. ¿Podía un hombre ponerse a la altura de Dios sin contradecir su misión de obediencia? Pero se manifestó con claridad a través de sus enseñanzas y de sus obras.

La tarea de desarrollar el conocimiento de la persona de Jesús y de las consecuencias de su vida y de su muerte les quedaba a los suyos, para después de la resurrección y de la venida del Espíritu Santo. "Os conviene que yo me vaya", dice el Jesús del evangelio de Juan. Sólo con su ausencia se cerraría el ciclo de su presencia con el testimonio supremo de la resurrección seguida del testimonio del Espíritu Santo.

Fue todo este proceso el que permitió que los creyentes en el Dios único de Israel se atrevieran a dar el paso que tenían que dar: asociar a Jesús a la divinidad de Dios como el Hijo. Era una novedad inaudita. Pero no era una invención. ¿Qué judío iba a imaginar algo así? ¿Cómo iban tantos creyentes piadosos de Israel, no sólo los Doce, sino también el perseguidor Pablo a abdicar de su monoteísmo y de su reverencia por Dios, tan arraigada, que ni siquiera su nombre santo querían pronunciar para no profanarlo? ¿Un hombre, Hijo de Dios? La vida de aquel Nazareno, apuntaba chocantemente en esa dirección.

La comunidad cristiana primera no inventó después de la resurrección la fe cristiana en Jesús como el Hijo de Dios, sino que se encontró entonces en condiciones de sacar todas las consecuencias de lo que había sido la vida de Jesús de Nazaret. Quienes propalan la idea de la invención no conocen bien la verdad de la historia de Jesús.

149. Si Jesús sólo predica el Reino de Dios ¿es él quien ofrece la salvación?

Jesús es el predicador del Reino de Dios. Pero ése no es un anuncio cualquiera. Implica, como sabemos, autoridad divina para quien lo lleva a cabo. Que Jesús tenía realmente dicha autoridad es lo que se pone de manifiesto de modo definitivo con su resurrección. A partir de los hechos de la Pascua, la fe cristiana comprende

rá que la divinidad de Dios, sin dejar de ser única, está compartida por tres: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Los tres actúan asociadamente en todo. Por eso Jesús no es un mero anunciador de una salvación que da otro, sino que es él mismo quien la ofrece. El predicador del Reino, con parábolas y milagros, es en realidad él mismo el Reino cuya cercanía predica: su vida, muerte y resurrección acercan de modo insuperable a Dios al mundo, y viceversa, el mundo a Dios. El camino de la salvación queda abierto, en su persona, para todos los que abren sus vidas a su mensaje, a su influencia y a su Espíritu, en definitiva, a lo que San Pablo y la teología llamarán la gracia de Cristo.

150. ¿Hay una práctica y una enseñanza particular de Jesús sobre la oración?

Jesús practica la oración con mucha frecuencia. Jesús ora al comienzo de su vida pública de un modo prolongado y en solitario; ora antes de elegir a los Doce; ora antes de la transfiguración y también antes de la traición y desde la cruz. Se dirige a Dios siempre como a su Padre, en todas partes y a todas horas: durante la noche y a plena luz; en el campo y en las sinagogas. El evangelista Lucas subraya mucho la figura de Jesús orante. San Juan redacta una gran oración, que sitúa en el momento de la despedida, en la que sintetiza las grandes preocupaciones de Jesús en modo de oración de intercesión. Apunta así a que la vida entera del Nazareno es una gran oración.

En ese nivel de la vida es donde se halla la enseñanza principal de Jesús sobre la oración: más que en las palabras, en su vida de relación de confianza filial constante con el Padre. Naturalmente su confianza es la propia del Hijo eterno, diversa que la de las criaturas. Pero, en cuanto hombre, Jesús vive de una oración que proviene de la intimidad misma del seno de Dios, en el cual es el Hijo. A esa oración inicia Jesús a sus discípulos, recomendándoles evitar la palabrería y hacer pie firme en la confianza en Dios.

La oración del *Padrenuestro* es la pieza maestra de oración pensada por Jesús para los suyos. Resume su enseñanza y su vida misma. Se conservan dos versiones de ella: una más larga en San Mateo (6, 9-13) y otra más breve en San Lucas (11, 2-4). Es posible

que ésta última haya sido la fórmula empleada por el mismo Jesús:

*“Padre,
que tu nombre sea santificado,
que tu reino venga,
danos cada día nuestro pan cotidiano,
y perdónanos nuestros pecados,
pues también nosotros perdonamos a todo el que nos debe;
y no nos metas en tentación.”*

Esta sencilla fórmula se ha convertido en la oración más conocida del mundo, si bien, normalmente en la versión de San Mateo, que es la adoptada por la Iglesia en su oración litúrgica.

151. ¿El Padrenuestro es una oración judía o cristiana?

No es necesario plantear así la disyuntiva. Algunos se acercan también a Jesús con un afán diseccionador semejante (Wellhausen, Bultmann). ¿Era Jesús cristiano -se preguntan- o más bien un judío piadoso y excepcional?

El Padrenuestro puede ser rezado por los judíos. De hecho así se ha hecho en algunos actos de oración común entre cristianos y judíos. Sólo que ellos tendrán alguna dificultad en aceptar que la glorificación del Padre y la venida de su Reino que Jesús propone pedir al mismo Padre, se hayan cumplido de modo perfecto en el mismo Jesús, en su vida, muerte y resurrección. Es lo que piensa la Iglesia cuando reza la oración de Jesús. Vemos así cómo una oración de un judío se convierte en oración cristiana. Tal cosa es posible porque la vida de aquel judío era, ni más ni menos, que la del Hijo de Dios.

Jesús fue ciertamente un judío piadoso; pero por ser el Hijo de Dios en aquella carne judía, es, al mismo tiempo, el iniciador y el consumidor de la fe cristiana. En este último sentido él no es un cristiano, sino objeto de la fe de los cristianos. El creía en Dios, como buen judío, pero siendo el Hijo de Dios en la carne, estaba unido a él, como a su Padre, con un vínculo muy distinto de aquel vínculo de fe que une a los cristianos al Padre, al Hijo y al Espíritu.

152. ¿No resulta, a veces, la enseñanza de Jesús un tanto radical o extremista?

Quienes se hacen una imagen de Jesús como la de un simple prototipo excelente de humanidad tienden, con frecuencia, a silenciar las exigencias tremendas de su enseñanza. Hay muchas vidas de Jesús escritas por racionalistas que, además de eliminar como “no histórico” todo aquello que les parece “no científico” o excesivamente maravilloso, le presentan como si fuera un filósofo del “sentido común” y un abanderado del pensamiento más en boga o más del gusto de un determinado escritor o grupo. Pensemos, por ejemplo, en ciertas imágenes de Jesús que le hacen pasar por un demócrata “tolerante”, por un revolucionario “comprometido” o por un gurú de la “meditación profunda”.

Pero la verdad de la historia de Jesús no se casa con esas imágenes deformadas de su asombrosa y única personalidad. La historia de Jesús nos le presenta, más bien, como una persona inclasificable, que nos saca de nuestros esquemas previos y nos abre a horizontes insospechados. Por eso nos encontramos con frecuencia con afirmaciones del Nazareno que nos resultan chocantes e incluso escandalosas. No está bien pasarlas por alto o ignorarlas. Así, intentamos a veces justificar la imagen reducida o deformada de Jesús que nos hemos hecho o que nos han transmitido. Pero lo interesante es dejarse interpelar por *todo* lo que sabemos de Jesús: por su nacimiento, sus milagros, su muerte y resurrección y, también, por sus palabras sorprendentes. Algunas de estas palabras podrían ser las siguientes:

“Muchos son los llamados, pero pocos los escogidos”
(Mt 22, 14).

“Si alguien viene a mí y no odia a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos... y hasta la propia vida, no puede ser discípulo mío” (Lc 14, 26).

“El que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda por mí y por el evangelio, la salvará” (Mc 8, 30).

“Los publicanos y las prostitutas os llevan la delantera en el Reino de Dios” (Mt 21, 31).

“No penséis que he venido a traer paz a la tierra. No he veni-

- do a traer a la tierra paz, sino guerra" (Mt 10, 34).
"Allí será el llanto y el rechinar de dientes" (Mt 8, 12, etc.)
"Al que te abofetea en la mejilla derecha, preséntale también la otra" (Mt 5, 39).
"Al que tenga se le dará, y al que no, aun lo que tenga, se le quitará" (Mc 4, 24).
"Si tu mano te es ocasión de pecado, córtatela...; si tu pie es ocasión de pecado, córtatelo...; si tu ojo es ocasión de pecado, sácatelo... (Mc 9, 43-48).

Éstas y otras palabras de Jesús siempre nos resultan extrañas. En parte, a causa de su estilo semítico, que hace uso del contraste y de la exageración para poner de relieve una idea. Pero, la razón fundamental de la extrañeza de la enseñanza de Jesús no es ni su formulación ni una supuesta radicalidad. Es que son palabras que nos remiten al misterio de la persona más excepcional de la historia de la humanidad. Son palabras que nos confrontan con lo más definitivo, con la razón de ser o de no ser de nuestra vida, con Dios mismo. Por eso a veces nos inquietan, pero hemos de afrontar con valor la interpelación. Merece la pena.

153. ¿Cómo se explica el contraste entre la cierta dureza de la predicación de Jesús y la promesa de paz y felicidad que tanto repite?

Jesús contó un día una parábola que responde de sobra a esta pregunta:

"El Reino de los cielos se parece a un tesoro oculto en el campo, que un hombre encontró y ocultó; y de pura alegría por haberlo encontrado, va a vender todo lo que tiene para comprar aquel campo" (Mt 13, 44).

El tesoro tiene su precio. La paz y la felicidad, también. Jesús no es un radical de la ascesis y de los ayunos y penitencias. Jesús no niega nada de lo verdaderamente humano. Pero Jesús ofrece un tesoro tan valioso, que, como es natural, es necesario que quien desee poseerlo se encuentre también dispuesto a pagar el precio.

Hay que fijarse bien: lo primero es el descubrimiento del tesoro y la enorme alegría que el hallazgo comporta. Sólo después se tendrán ganas y fuerzas para venderlo todo e ir a comprar aquel campo que esconde el valioso hallazgo.

Quien no haya encontrado el tesoro del Reino de los cielos, se conformará con buscar la felicidad en llenar su cuenta bancaria y/o en ejercer algún tipo de poder sobre los demás. Y, por supuesto, no encontrará ningún sentido en renunciar a nada de lo que se supone que le ayudará a conseguir esos objetivos.

En el Sermón del Monte, San Mateo recoge una serie de dichos de Jesús que expresan las condiciones en las que es posible la felicidad del Reino de Dios, es decir, la que no se engaña ni se marcha:

*"¡Felices los que tienen espíritu de pobres,
porque el reino de los cielos es suyo!
¡Felices los afligidos,
Porque ellos serán consolados!
¡Felices los mansos,
porque ellos heredarán la tierra!
¡Felices los que tienen hambre y sed de la justicia,
porque ellos serán saciados!
¡Felices los misericordiosos,
porque ellos obtendrán misericordia!
¡Felices los de corazón limpio,
porque ellos verán a Dios!
¡Felices los pacificadores,
porque se llamarán hijos de Dios!
¡Felices los perseguidos por causa de la justicia,
porque el reino de los cielos es suyo!
¡Felices seréis cuando os insulten y persigan y digan toda clase de calumnias contra vosotros por mi causa! Alegraos y regocijáos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos."*

BIBLIOGRAFÍA

Lecturas aconsejadas sobre la verdad de la historia de Jesús de Nazaret

ALEXANDER MEN, *Jesús, el Maestro de Nazaret* (1992), Ciudad Nueva, Madrid 2002.

GIACOMO BIFFI, *Jesús de Nazaret, centro del cosmos y de la historia* (2000), San Pablo, Madrid 2002.

PIERO CODA, *Dios entre los hombres. Breve cristología* (1991), Ciudad Nueva, Madrid ²1997.

RICARDO BLÁZQUEZ, *Jesús, el Evangelio de Dios*, Marova, Madrid 1985.

RINALDO FABRIS, *Jesús de Nazaret. Historia e interpretación* (1983), Ediciones Sígueme, Salamanca, ³1998.

ROMANO GUARDINI, *El Señor. Meditaciones sobre la persona y la vida de Jesucristo* (1937), Ediciones Cristiandad, Madrid 2002.

VITTORIO MESSORI, *Hipótesis sobre Jesús*, Mensajero, Bilbao ⁴2000.

Algunos otros libros utilizados

CHARLES PERROT, *Jesús de Nazaret* (1998), Acento Editorial, Madrid 1999.

E. P. SANDERS, *La figura histórica de Jesús* (1993), Editorial Verbo Divino, Estella 2000.

FELIPE FERNÁNDEZ RAMOS (DIR.), *Diccionario de Jesús de Nazaret*, Editorial Monte Carmelo, Burgos 2001.

GERD THEISSEN / ANNETTE MERZ, *El Jesús histórico* (1996), Ediciones Sígueme, Salamanca ²2000.

GERHARD LUDWIG MÜLLER, *Dogmática. Teoría y práctica de la teología*

(1995), Herder, Barcelona 1998. esp. 257-387.

GIUSEPPE RICCIOTTI, *Vida de Jesucristo* (1941), Edibesa, Madrid 2000.

JOAQUÍN GONZÁLEZ ECHEGARAY, *Arqueología y evangelios* (1994), Editorial Verbo Divino, Estella ³2002.

ID., *Jesús en Galilea. Aproximación desde la arqueología* (1999), Editorial Verbo Divino, Estella ²2001.

JOHN P. MEIER, *Un judío marginal. Nueva visión del Jesús histórico: Vol. I: Las raíces del problema y de la persona* (1991), 1998; Vol II/1: *Juan y Jesús. El Reino de Dios*, (1994), ²2000; Vol. II/2: *Los milagros* (1994), ²2002, Editorial Verbo Divino, Estella; Vol III: *Companions and Competitors*, Doubleday, Nueva York 2001.

JOSEPH A. FITZMYER, *Catecismo cristológico. Respuestas del Nuevo Testamento* (1991), Ediciones Sígueme, Salamanca ⁴1998.

JOSEPH M. LAGRANGE, *Vida de Jesucristo según el Evangelio* (1928), Edibesa, Madrid 2000.

JOSEPH RATZINGER, "Jesucristo", en: *Introducción al cristianismo. Lecciones sobre el credo apostólico*, Ediciones Sígueme, Salamanca ¹¹2001, 163-271.

OLEGARIO GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Cristología*, B. A. C., Madrid 2001.

PETER STUHLMACHER, *Jesús de Nazaret -Cristo de la fe* (1988)-, Ediciones Sígueme, Salamanca 1996.

RENÉ LATOURELLE, *Milagros de Jesús y teología del milagro* (1986), Ediciones Sígueme, Salamanca ²1997.

RENÉ LAURENTIN, *Vida auténtica de Jesucristo* (1996), Vol. I: *Relato*; Vol II.: *Fundamentos, pruebas y justificación*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1998.

WALTER KASPER, *Jesús, el Cristo* (1974), Ediciones Sígueme, Salamanca ¹¹2002, esp. 115-264.



ÍNDICE

SUMARIO.....	7
INTRODUCCIÓN: Conocer a Jesús.....	9
I) - ¿CÓMO CONOCEMOS A JESÚS DE NAZARET?.....	13
1 - Los testigos: Jesús y la Iglesia.....	13
1. ¿“Yo creo en Jesús, pero no en la Iglesia”?.....	13
2. ¿Libres ya de la tutela y de la guía de la Iglesia para cono- cer a Jesús?.....	13
3. ¿Cuándo se empezó a pensar en un Jesús sin Iglesia?.....	14
4. Eran ateos los que pensaban así?.....	15
5. ¿Eran cristianos quienes comenzaron a separar a Jesús de la Iglesia?.....	15
6. ¿Qué principios protestantes están en la base de la con- frontación moderna entre Jesús y la Iglesia?.....	16
7. Pero ¿no es verdad que la Biblia es la fuente principal del conocimiento de Jesucristo? ¿Cómo pudo, entonces, con- vertirse en un obstáculo para entender de verdad su historia?...	16
8. ¿Cómo se aprovechó el positivismo moderno del biblicismo?.....	17
9. Pero el problema fundamental fue el materialismo mo- derno ¿verdad?.....	18
10. De modo que ¿tan importante es no separar a Jesús de sus testigos?.....	19
11. ¿Qué aporta el testimonio de la Iglesia para el conocimien- to de Jesús?.....	20
12. ¿Qué se entiende por el testimonio histórico de la Iglesia en orden al conocimiento de Jesús?.....	20
13. ¿Y que entendemos por el testimonio antropológico ecle- sial en orden al conocimiento de la verdad de la historia de Jesús?.....	22
14. ¿Y el testimonio teológico?.....	23
15. Y bien, ¿cuál es en concreto el testimonio de la Iglesia so- bre Jesús de Nazaret?.....	25

2 - Los escritos: Jesús y el Nuevo Testamento.....	27
16. ¿Dejó Jesús algo escrito sobre su vida y su obra?.....	27
17. ¿Cuáles son entonces las fuentes fiables acerca de su vida?.....	27
18. ¿Cuál es el valor histórico del Nuevo Testamento?.....	28
19. ¿Son menos históricos los escritos de San Pablo?.....	28
20. ¿Cuándo aparecieron los evangelios?.....	31
21. ¿Hasta entonces no se había escrito nada sobre la vida de Jesús?.....	31
22. La llamada "fuente Q" ¿es uno de esos relatos primitivos utilizados por los autores de los evangelios?.....	32
23. Pero ¿no estarán mediatizados por la fe todos estos escritos cristianos?.....	34
24. ¿Qué es lo que ha llevado a poner bajo sospecha la fiabilidad histórica de los evangelios?.....	34
25. ¿Por qué son fiables los evangelios desde el punto de vista histórico?.....	36
26. ¿Qué quiere decir que los evangelios son textos bien conservados?.....	36
27. ¿Y de los autores de los evangelios qué se puede decir?.....	37
28. ¿Cómo se percibe la unidad de fondo del testimonio histórico de los evangelios?.....	38
29. Pero ¿no podría ser que la falsificación se hallara ya en un estadio absolutamente primitivo del que se alimentarían las diversas fuentes o tradiciones evangélicas contaminándolas a todas desde su origen?.....	39
30. ¿Y no podría ser que algo tan "original" y tan "chocante" fuera, en realidad, una fábula excelentemente compuesta por algún gran genio poético?.....	40
31. ¿Cuál es el contenido de los evangelios? ¿Están redactados todos según el mismo esquema y la misma concepción?.....	41
32. Pero ¿por qué éstos y sólo esos escritos incluidos en el Nuevo Testamento serían las fuentes fiables para conocer la verdad de la historia de Jesús?.....	41
33. ¿Y los evangelios apócrifos? ¿Constituyen fuentes históricas fiables?.....	42

3 - La historia: Jesús y los historiadores.....	43
34. ¿Por qué es sorprendente que hubiera algún historiador no cristiano que se haya ocupado de Jesús poco después de su muerte?.....	43
35. ¿Quién escribió, entonces, sobre Jesús por aquel tiempo sin ser cristiano?.....	44
36. ¿Y qué dice Flavio Josefo sobre Jesús?.....	44
37. ¿Concuerda Josefo con los evangelios?.....	45
38. ¿Cuál es el valor principal del testimonio de Flavio Josefo?.....	46
39. ¿No hay más historiadores antiguos que mencionen a Jesús?.....	46
40. ¿Cuál es el valor histórico de estas menciones de los historiadores?.....	46
41. ¿Los judíos, a parte de Josefo, no escribieron por entonces acerca de Jesús?.....	47
II)- ¿QUÉ CONOCEMOS DE LA HISTORIA VERDADERA DE JESÚS DE NAZARET?.....	49
4 - El final: pasión y resurrección.....	51
42. ¿Cuándo murió Jesús de Nazaret?.....	51
43. ¿Cómo sabemos la fecha de la muerte de Jesús?.....	51
44. ¿Previó Jesús su muerte de cruz?.....	52
45. ¿Cuándo tuvo lugar la Última Cena? ¿Fue la habitual cena de Pascua?.....	54
46. ¿Por qué no le dejaron a Jesús celebrar ya aquella Pascua con todos?.....	55
47. Pero ¿qué sentido le dio Jesús a aquella celebración postrera?.....	56
48. ¿Entendió, entonces, Jesús su muerte como instrumento de una Nueva Alianza de Dios con su Pueblo?.....	57
49. ¿Cómo fue capaz de darle un sentido a lo que parecía un fracaso final?.....	59
50. Pero ¿no contradecía aquella muerte vergonzosa su predicación acerca de la bondad de Dios? ¿Cómo es que el Pa-	

dre bueno permitía un final así para su Hijo amado?.....	60
51. En definitiva, ¿cuál fue el motivo de la sentencia de muerte contra Jesús? ¿Un decreto eterno de Dios o la maldad de los hombres?.....	61
52. ¿Significó, entonces, la cruz de Jesús la muerte de la Verdad?.....	63
53. Si murió acusado por la legítima autoridad religiosa del Pueblo de Dios ¿cómo sabemos que Jesús no era culpable de la impostura blasfema que le imputaban sus jueces?.....	64
54. ¿Y cómo sabemos que Jesús resucitó realmente?.....	66
55. ¿Se descubrió vacía la tumba de Jesús?.....	67
56. Pero ¿basta la tumba vacía para demostrar que Jesús resucitó?.....	69
57. ¿Qué significa que el crucificado “fue levantado” del sepulcro y “se dejó ver” por los discípulos?.....	69
58. Pero ¿en qué consistían las apariciones? ¿Era un Jesús vuelto de nuevo a la vida de antes el que les salía al encuentro?.....	70
59. Entonces ¿Jesús resucitado es un espíritu sin cuerpo?.....	70
60. Pero, para nosotros, hombres del siglo XXI, ¿Tiene algún sentido eso de la resurrección de los muertos? ¿Podemos tomarlo por algo más que por un sueño imposible, precientífico?...	72
61. ¿Por qué es más adecuada o verdadera la resurrección que la reencarnación?.....	73
62. ¿Es la resurrección de Jesús un hecho histórico?.....	74
5 - El comienzo: nacimiento y familia.....	77
63. ¿Cuándo nació Jesús?.....	77
64. ¿Por qué no coincide el año del calendario con el del nacimiento de Jesús? ¿Cómo sabemos cuándo nació realmente Jesús de Nazaret?.....	77
65. ¿Sabemos cuándo dejó Jesús, Nazaret, para comenzar su actividad pública?.....	78
66. ¿Cuántos años permaneció, entonces, Jesús en su pueblo de Nazaret?.....	79
67. Pero ¿son en realidad fiables todas estas fechas basadas en los Evangelios?.....	80

68. ¿Y del día del nacimiento de Jesús podemos decir algo seguro?.....	80
69. ¿Por qué celebramos, entonces, su nacimiento el día de Navidad?.....	81
70. ¿Nació Jesús realmente de una mujer virgen?.....	82
71. ¿Son históricos esos pocos relatos que hablan de la concepción virginal de Jesús? ¿Cuál sería su fuente de información?.....	82
72. ¿Por qué no hay más testimonios de la concepción virginal de Jesús en el Nuevo Testamento, tratándose de algo tan original y maravilloso?.....	84
73. ¿Qué dice la concepción virginal de la verdad de la historia de Jesús?.....	84
74. ¿Cómo se compagina este hecho tan extraordinario en los comienzos mismos de la vida de Jesús con que todos, incluso su madre, parece que no acabaron de comprender quién era él hasta después de la resurrección?.....	85
75. Pero ¿No es poco creíble que una muchacha palestinese tuviera el propósito de mantener su virginidad en aquella cultura que tanto valoraba la maternidad y la paternidad? ¿No estaba ya, de hecho, prometida?.....	86
76. ¿Nació Jesús en Belén? ¿Por qué le llamaban, entonces “El Nazareno”?.....	87
77. ¿Por qué fueron José y María de Nazaret a Belén?.....	88
78. ¿Dónde y en qué trabajaban José y Jesús?.....	89
79. ¿Cuál era el nivel social de la familia de Jesús?.....	91
80. ¿Qué idioma o idiomas hablaba Jesús?.....	91
81. ¿Escribía, leía? ¿Cuál era la formación de Jesús?.....	92
82. ¿Tuvo Jesús hermanos carnales?.....	93
83. ¿No habría sido más estimulante para la imagen cristiana de la familia que Jesús hubiera tenido hermanos?.....	96
84. ¿Y los llamados “años oscuros” de Jesús en Nazaret? ¿Se habrá dedicado Jesús a viajar en ese tiempo?.....	97
6 - La luz: bautismo, tentación y transfiguración.....	99
85. ¿Fue bautizado Jesús por Juan el Bautista?.....	99
86. ¿Había sido Juan un esenio?.....	100

87. ¿Fue Jesús discípulo de Juan el Bautista?.....	101	o la Iglesia?.....	123
88. Pero, en realidad, ¿no empezó Jesús bautizando, a imitación de Juan?.....	102	111. ¿Cabe, pues, pensar que Jesús dio pie al antisemitismo que desprecia a Israel?.....	125
89. ¿Cuál fue, entonces, la relación entre Juan el Bautista y Jesús?.....	103	112. ¿Dónde se desarrolló la predicación y la actividad de Jesús?.....	125
90. ¿Qué significó para Jesús un bautismo que estaba destinado a la conversión de los pecadores? ¿Acaso que Jesús era un pecador más?.....	105	113. ¿Conocemos el tiempo y el lugar de cada una de las actividades de Jesús a lo largo de su actuación pública?.....	126
91. ¿Fue tentado Jesús por el mal?.....	106	114. ¿No podemos, al menos, hacernos una idea global del curso de los acontecimientos?.....	127
92. ¿Se retiró Jesús realmente al desierto?.....	107	115. Pero ¿no habla el Evangelio de San Juan de varios viajes de Jesús a Jerusalén?.....	128
93. ¿Fue tentado por el diablo o, más bien, víctima de su imaginación?.....	107	116. ¿Qué significa el “subir de Galilea a Jerusalén” en la vida de Jesús?.....	130
94. ¿Cómo podemos saber algo tan íntimo de Jesús cual son las tentaciones que sufrió?.....	109	117. Pero ¿qué había hecho Jesús para que las cosas se torcieran de aquella manera?.....	130
95. ¿De qué fue tentado Jesús?.....	109	118. ¿Qué es lo que nos induce a pensar que Jesús ha hecho milagros?.....	131
96. ¿Por qué le tienta el diablo a Jesús con la eficacia materialista?.....	110	119. Pero ¿puede el hombre del siglo XXI tomar en serio que Jesús haya hecho milagros?.....	132
97. ¿Y la tentación de magia religiosa? ¿Qué era aquello?.....	111	120. ¿Qué sería propiamente un milagro?.....	134
98. La idolatría del poder ¿fue el culmen de las tentaciones de Jesús?.....	112	121. ¿No pertenecen los milagros de Jesús al mismo género de supercherías que se narran en alguna literatura antigua?.....	135
99. ¿Cuál es el sentido de la victoria de Jesús sobre el tentador?.....	113	122. ¿En qué se diferencia la actividad taumatúrgica de Jesús de la magia?.....	138
100. ¿Qué fue la “transfiguración”.....	113	123. ¿Cuál era el sentido que Jesús les daba a sus milagros?.....	140
101. ¿Puede ser histórica una escena tan “fantástica”?.....	114	124. ¿Por qué no bastaron los milagros para “convencer” a sus adversarios?.....	142
102. ¿Por qué aparecen precisamente Moisés y Elías junto a Jesús?.....	115	125. ¿Y sus amigos? ¿Por qué abandonaron a Jesús habiendo visto sus milagros? ¿Para qué les sirvieron?.....	143
103. ¿Qué les dice la transfiguración a los discípulos?.....	116	126. ¿Qué otros hechos tuvieron un significado especial en la vida de Jesús, además de sus milagros?.....	144
104. ¿Glorifica la transfiguración a la muerte? ¿Fue Jesús un desesperado que se refugió en la muerte?.....	117	127. ¿Es cierto que Jesús se reunía en comidas con pecadores?.....	144
105. Entonces ¿había servido para algo aquella visión de la gloria de Jesús?.....	117	128. ¿Qué significado tenían aquellos banquetes de Jesús con los perdidos?.....	145
7 - Los hechos: milagros y elección.....	119	129. ¿Elegió Jesús un grupo especial de Doce discípulos?.....	146
106. ¿Qué fue lo que hizo Jesús, en pocas palabras?	119	130. ¿Por qué eligió precisamente a Doce?.....	147
107. ¿Cómo sabemos el tiempo que Jesús dedicó a su actuación como predicador?.....	120	131. ¿Fueron los Doce el comienzo de la Iglesia?	149
108. ¿Tuvo Jesús algún plan de acción?.....	121		
109. ¿Será entonces verdad aquello de que “Jesús predicó el Reino y luego vino la Iglesia”?.....	122		
110. ¿A quién se dirigía, entonces, Jesús en su misión? ¿A Israel			

8 - Los dichos: la felicidad de la salvación de Dios.....151

a) ¿Cómo hablaba Jesús?152

132. ¿Qué le dio fama a Jesús de ser un orador extraordinario?.....152

133. Pero ¿no conocemos también parábolas de los rabíes judíos?.....152

134. ¿Por qué son tan únicas las parábolas de Jesús?.....153

135. ¿Qué quiere decir que las parábolas son el Reino de Dios en acción?.....153

136. ¿Algún ejemplo de cómo actúa la presencia del Reino en las parábolas?.....154

137. ¿Pero eran las parábolas siempre tan claras? ¿Porqué, en tonces, le pedían los discípulos a Jesús que se las explicara?..156

138. ¿De qué otros modos especiales les hablaba Jesús a los suyos?.....157

139. ¿Hay algunos rasgos en la forma de la enseñanza de Jesús que denoten la particular autoridad con la que se sabía investido al hablar?.....159

140. ¿Hay algún indicio en su modo de hablar acerca del origen de la conciencia que Jesús tenía de su autoridad?.....159

b) ¿Qué decía Jesús?.....160

141. ¿Cuál era el objeto principal de la predicación de Jesús?...160

142. ¿Qué podían entender quienes oían a Jesús repetir que el Reino de Dios había llegado? ¿Sabían ellos algo de ese Reino?.....161

143. ¿Cuál era el sentido último del Reino anunciado por Jesús?.....162

144. ¿Qué quiere decir que Jesús anuncia e instaura el Reino del Padre?.....163

145. ¿Qué sentido sigue teniendo, entonces, la Ley para Jesús?.....164

146. ¿Algún ejemplo de cómo interpretaba Jesús la Ley?.....165

147. ¿Qué significa para Jesús mismo lo que él hace al anunciar el Reino?.....165

148. Entonces ¿Jesús no sabía que él era el Hijo de Dios? ¿Lo descubrió luego la Iglesia por él?.....167

149. Si Jesús sólo predica el Reino de Dios ¿es él quien ofrece la salvación?.....168

150. ¿Hay una práctica y una enseñanza particular de Jesús sobre la oración?.....169

151. ¿El Padrenuestro es una oración judía o cristiana?.....170

152. ¿No resulta, a veces, la enseñanza de Jesús un tanto radical o extremista?.....171

153. ¿Cómo se explica el contraste entre la cierta dureza de la predicación de Jesús y la promesa de paz y felicidad que tanto repite?.....172

Bibliografía.....174

Índice de figuras y esquemas

La fuente Q.....33

La Pascua judía.....58

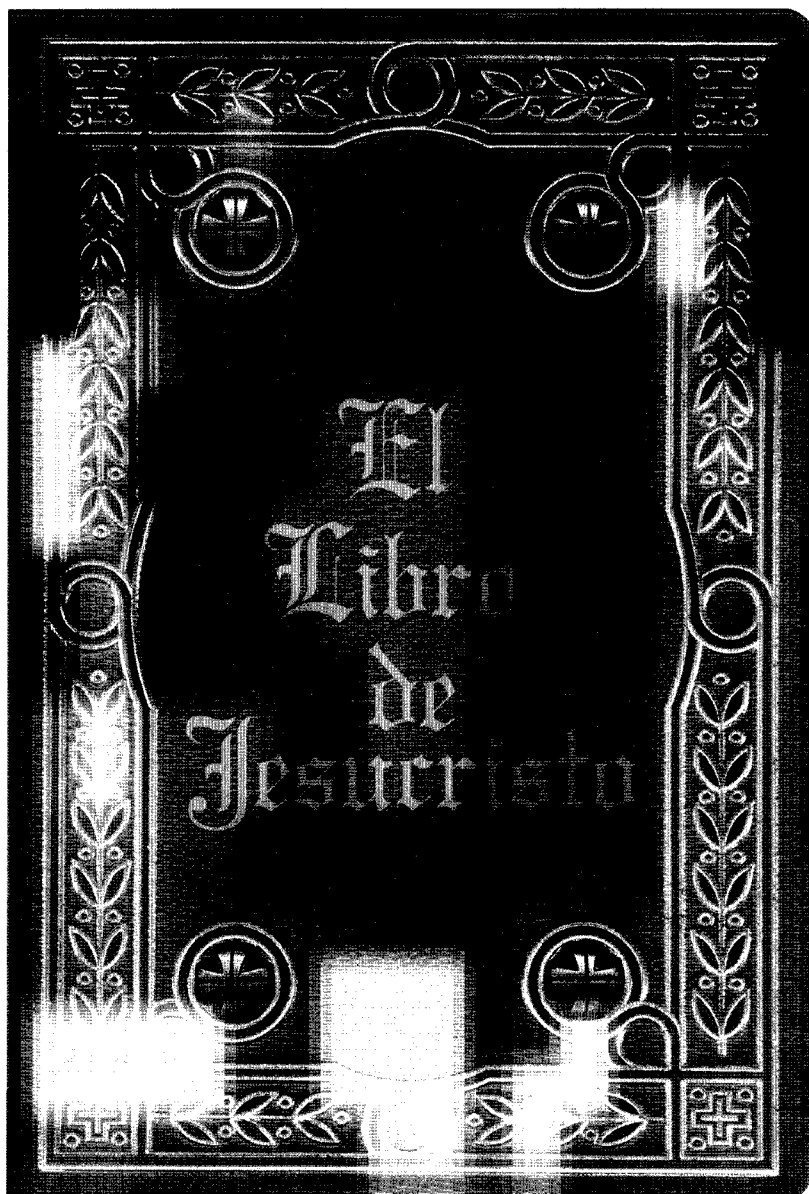
Jerusalén en tiempos de Jesús.....62

Nacimiento de Cristo e inicio de la era cristiana.....76

Fechas principales de la vida de Jesús.....76

Galilea en tiempos de Jesús.....150





Características de "El Libro de Jesucristo":

19 x 26 cm., 1.200 páginas a color y encuadernación artesanal bicolor, con cantos dorados, realida a mano.

CONTENIDOS DE "EL LIBRO DE JESUCRISTO"

PREÁMBULO.

No tengáis miedo "Abrid las puertas a Cristo". **Don Manuel Celada** (Editor).

NUNCIATURA APOSTÓLICA EN ESPAÑA

Excmo. y Rvmo. D. Manuel Monteiro de Castro (Nuncio Apostólico en España).

PRÓLOGO.

Excmo. y Rvmo. D. Ricardo Blázquez (Obispo de Bilbao. Presidente de la Conferencia Episcopal Española).

PRESENTACIÓN.

D. Joaquín Luís Ortega (Ex.Director de la BAC).

JESÚS DE NAZARET.

LA VERDAD DE SU HISTORIA.

Juan Antonio Martínez Camino (Catedrático de Cristología y Secretario General de la Conferencia Episcopal Española).

JESÚS DE NAZARET.

HIJO DE DIOS Y SALVADOR

D. Eloy Bueno de la Fuente (Decano de la Facultad de Teología del Norte. Burgos)

I- LA RESURRECCIÓN DE JESÚS PASCUA DE LA NUEVA ALIANZA.

- 1.- El relato bíblico narra una historia de alianza.
- 2.- El horizonte de una alianza nueva.
- 3.- El camino de la nueva alianza.
- 4.- La nueva alianza realizada en Cristo, el nuevo Adán.

II- JESÚS EL HIJO.

- 1.- Las preguntas desde la experiencia.

- 2.- La Pascua, contenido de las afirmaciones de fe acerca de Jesús.
- 3.- La identidad de Jesús desde su función: los primeros tanteos.
- 4.- Jesús el Señor.
- 5.- Jesús el hijo del Abba.
- 6.- Jesús el hijo único.

III- JESÚS ES DIOS.

- 1.- La designación de Jesús como Dios en el Nuevo Testamento.
- 2.- Fórmulas binitarias y trinitarias.
- 3.- La divinidad de Jesús como cristología narrativa.
- 4.- Jesús, el hijo preexistente.
- 5.- Los difíciles caminos del dogma.
- 6.- La memoria de la tradición eclesial.
- 7.- El Concilio de Nicea (325).

IV- JESÚS EL HIJO ENCARNADO.

- 1.- La encarnación en el centro del debate cristológico.
- 2.- La encarnación, clave de bóveda del Nuevo Testamento.
- 3.- ¿Por qué tuvo lugar la encarnación? El horizonte de la respuesta.
- 4.- Sentido y raíz de la encarnación.
- 5.- La kénosis de un Dios tan humano.

V- JESÚS DIOS Y HOMBRE: UNA PERSONA EN DOS NATURALEZAS.

- 1.- La paradoja de Jesús.
- 2.- Hacia el Concilio de Éfeso: La unión hipostática.
- 3.- La concepción virginal de Jesús.
- 4.- La unión hipostática en el concilio de Calcedonia.
- 5.- La precisión acerca de la unión hipostática.

- 6.- La conciencia humana y la voluntad humana de Jesús.

VI- JESÚS EL SUMO SACERDOTE DE LA NUEVA ALIANZA EN EL TIEMPO DE LA ESPERA.

- 1.- La paradoja del sacerdocio de Jesús.
- 2.- El sacerdocio veterotestamentario: Una prefiguración transfigurada.
- 3.- La vida de Jesús como acto sacerdotal.
- 4.- La reflexión postpascual: Un sacerdocio cósmico y universal.
- 5.- La presencia del que está viniendo.
- 6.- La parusía en la confesión cristológica.

JESÚS DE NAZARET.

MARÍA DE NAZARET

P. Enrique Llamas Martínez OCD (Presidente de la Sociedad Mariológica Española).

- I.- Cristo y María, comunidad de salvación, a la luz de la predestinación.
- II.- María en todo relativa a Cristo.
- III.- María, por su relación a Cristo, forma parte esencial de nuestra salvación.
- IV.- Cristo-María y San José.

JESÚS DE NAZARET.

EN LA LITERATURA ESPAÑOLA ACTUAL.

D. José Antonio Carro Celada (Ex. Director de la Revista Ecclesia).

El compromiso de retratar a Dios y a un niño.
Un recién nacido adorable.
El lugar de Belén en el atlas.
La adolescencia jamás contada.
Fotografos del "Ecce Homo".
Novelas sobre Jesús y un Jesús de novela.
Jesucristo sobre un escenario.
"En aquel tiempo" es este tiempo.

JESÚS DE NAZARET.

EN EL ARTE DE 2000 AÑOS.

P. Juan Plazaola Artola S.J. (Profesor emérito de historia del arte, en la facultad de filosofía y letras de Deusto).

- 3.1 La evolución dogmática.
- 3.2 La evolución de la mentalidad.
- 3.3 La evolución de la sensibilidad estética.
- 4.- La secularización del arte.
- 5.- La imagen de Cristo en la apertura al mundo moderno.
- 5.1 El antirrealismo.
- 5.2 La exaltación de la materia.
- 5.3 El expresionismo.

CRISTO: CAMINO, VERDAD Y VIDA.

La unicidad y la universalidad salvífica de Jesucristo en la Iglesia.

Conferencia pronunciada con la ocasión del Congreso Internacional de Cristología organizado por la Universidad Católica San Antonio de Murcia.

Emmo. y Rvmo. Sr. Don Joseph Ratzinger. (Hoy Su Santidad el Papa Benedicto XVI).

SANTO, ES DECIR, HOMBRE.

Dña. Cristina López Schlichting (Comunión y Liberación) directora de la Tarde con Cristina, Cadena COPE.

CON JESÚS CAMINO DEL CALVARIO

VÍA CRUCIS 14 ESTACIONES.

P. Félix del Buey OFM Originales de la Custodia Franciscana, en Jerusalén.

Recorrido fotográfico e histórico por 800 iglesias, santuarios y lugares de culto y amor a Jesucristo, repartidos por las ciudades y pueblos de España.

JESUCRISTO EN LA ARCHIDIÓCESIS DE SEVILLA.

Mons. Carlos Amigo Vallejo OFM, Cardenal Arzobispo. Sevilla.

JESUCRISTO EN LA ARCHIDIÓCESIS DE OVIEDO

Mons. Carlos Osoro Sierra, Arzobispo de Oviedo.

JESUCRISTO EN LA ARCHIDIÓCESIS DE TOLEDO

Mons. Antonio Cañizares Llovera, Cardenal Arzobispo de Toledo.

JESUCRISTO EN LA ARCHIDIÓCESIS DE BURGOS

Mons. Francisco Gil Hellín, Arzobispo de Burgos.

JESUCRISTO EN LA ARCHIDIÓCESIS DE VALLADOLID

Mons. Braulio Rodríguez Plaza, Arzobispo de Valladolid.

JESUCRISTO EN LA ARCHIDIÓCESIS DE BARCELONA

Mons. Ricardo María Carles Gordó, Cardenal Arzobispo Emérito de Barcelona.

JESUCRISTO EN LA ARCHIDIÓCESIS DE TARRAGONA

Mons. Lluís Martínez Sistach, Arzobispo Metropolitano de Tarragona.

JESUCRISTO EN LA ARCHIDIÓCESIS DE MÉRIDA-BADAJOS

Mons. Antonio Montero Moreno, Arzobispo Emérito de Mérida-Badajoz.

JESUCRISTO EN LA ARCHIDIÓCESIS COMPOSTELANA

Mons. Julián Barrio Barrio, Arzobispo de Santiago de Compostela.

JESUCRISTO EN LA ARCHIDIÓCESIS DE MADRID

Mons. Antonio María Rouco Varela, Cardenal Arzobispo de Madrid.

JESUCRISTO EN LA ARCHIDIÓCESIS DE VALENCIA

Mons. Agustín García Gasco, Arzobispo de Valencia.

SEGUIMIENTO A JESUCRISTO DEL MILITAR CRISTIANO

Mons. Francisco Pérez González, Arzobispo Castrense de España.